

MESAS DE COMUNICACIONES

LA MISIÓN AD GENTES EN EL CONTEXTO DEL CONTINENTE ASIÁTICO

Excmo. y Rvdmo Sr. D. **George PHIMPHISAN**, C. Ss. R.
Obispo de Udon Thani. Thailandia
Presidente de la Federación de Conferencias Episcopales de Asia

I. Introducción

Se me ha asignado la tarea de presentar un análisis de la realidad de la misión en Asia como un campo donde se desarrolla la misión y como una responsabilidad en la tarea misionera de la Iglesia. Es una tarea de envergadura, porque Asia es un continente muy extenso de variadas culturas, filosofías, historias e idiomas. Además, Asia no tiene plataformas políticas comunes, y los países se encuentran en diferentes niveles de desarrollo económico. Intentaré ofrecerles una visión general de la situación en Asia así como los retos y oportunidades de la labor misionera. Me guiaré tanto por mi experiencia personal como por la experiencia de otros misioneros que han trabajado en el territorio asiático.

II. MISIÓN AD GENTES

En la VI FABC (Federación de Conferencias Episcopales Asiáticas), Asamblea Plenaria de Manila en 1995, el Papa Juan Pablo II declaró el Tercer Milenio de la Iglesia como el Milenio de Asia:

“Así como en el primer milenio la Cruz fue plantada en territorio de Europa y en el segundo milenio en el de América y África, podemos afirmar que en el Tercer Milenio de la cristianidad se va a recoger una gran cosecha de fe en este amplio y vital continente” (cf. *Ecclesia in Asia*, 1).

La octava encíclica del Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* (titulada en inglés “La Misión de Cristo Redentor”), es un documento de grandes implicaciones especialmente para cuantos hemos recibido el encargo de Cristo de predicar la Buena Nueva a todas las naciones (Mt 28, 19-20). Este documento lanza principalmente esta pregunta: ¿Cómo pueden los cristianos consagrarse a llevar la misión de Cristo a las naciones no cristianas del mundo? Está inspirada en el decreto conciliar del Vaticano II de 1965 *Ad gentes Divinitus* (Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia). La misión “*ad gentes*” consiste en su condición de estar dirigida a los ‘No-Cristianos’ (n. 34). Por ello este Congreso es un momento clave para revisar algunos de los pensamientos del Santo Padre sobre la “misión *ad gentes*”.

¿Qué impulsó al Papa a escribir esta encíclica?

Juan Pablo II ha estado en contacto con multitud de pueblos del mundo como ningún otro Papa o líder cristiano contemporáneo ha hecho. Ha completado 53 “viajes apostólicos” como Supremo Pontífice desde 1978. Se ha dirigido a cientos de líderes no cristianos, de todos los países y todas las regiones. Todos le han causado un impacto imborrable: “Mi contacto directo con los pueblos que no conocen a Cristo me ha convencido más aún de la urgencia de la actividad misionera” (n. 1).

El Papa ha visto el triste declive de las misiones contemporáneas. Escribe: “La actividad misionera dirigida especialmente a ‘las naciones’ (*ad gentes*) parece estar palideciendo” (n. 2). Conoce el efecto adverso de este declive y dice: “El impulso misionero ha sido siempre un signo de vitalidad, al igual que su declive es un signo de crisis de fe” (n. 2).

La experiencia de primera mano sobre las inquietantes condiciones de los pueblos en territorios de misión y las masas de gente que vive en absoluta pobreza en casi todo el mundo ha alarmado al Papa. Por ello, escribe: “El número de los que no conocen a Cristo y no pertenecen a la Iglesia aumenta constantemente” (n. 3). Destaca que este número se ha duplicado desde 1965.

En tal situación, Juan Pablo II pide a los misionólogos y a otras personas –incluidos cuantos estamos reunidos en este Congreso– nuestra ayuda: “Pido encarecidamente a los teólogos y periodistas profesionales que intensifiquen el servicio que ofrecen a la misión de la Iglesia” (n. 36).

Fijémonos ahora en los pueblos “*ad gentes*” de Asia.

III. LA SITUACIÓN DE ASIA

Nuestra descripción de Asia sigue las divisiones fronterizas entre Sur, Sureste y Este de Asia. Excluye Oceanía, así como partes del continente asiático que pertenecen al Oriente Medio y la antigua Unión Soviética. El territorio de Asia al que me refiero en esta presentación abarca 22 países, habitados por 3,3 billones de personas o el 55% de los 6 billones de habitantes en el mundo.

Los países del Sur de Asia incluyen Bangladesh, India, Sri Lanka, Nepal y Pakistán. El número de habitantes de esta región se estima en 1,3 billones, o el 40% de la población total de Asia. El Sureste de Asia incluye Camboya, Vietnam, Laos, Myanmar, Malasia, Singapur, Brunei Darussalam, Indonesia, Filipinas y Tailandia. La totalidad del Sureste de Asia tiene 524 millones de personas, o casi el 16 % de la población total de Asia. El Este de Asia tiene cuatro de las más ricas economías de Asia. Sin embargo, la gran mayoría se encuentra en China. La población de China, unida con el Norte de Corea, sobrepasa 1,3 billones. Pero la población total de esta región, que incluye Mongolia, Hong Kong, Taiwan, Macau, Japón y Corea del Sur, es de casi 1,5 billones de habitantes, alrededor del 45% de la población total de Asia. [Fuente: Gunaratne (ed.), *Handbook of the Media in Asia*, 2000.]

Alrededor del 85% de los no cristianos del mundo viven en Asia. Los católicos (105,2 millones en 1997) representan sólo el 2,9% de los 3,3 billones de asiáticos. Significativamente, bastante más del 50% de todos los católicos de Asia se encuentran en un único país –Filipinas–; en consecuencia, los católicos en muchas naciones de Asia son una pequeña –incluso pequeñísima– minoría. El Islam tiene unos 700 millones de seguidores en Asia. Las naciones islámicas más amplias del mundo se encuentran en Asia: Indonesia y Bangladesh; cada una de ellas tiene bastante más de 100 millones de musulmanes. [Fuente: Kroeger and Phan, *The Future of the Asian Churches. The Asian Synod and Ecclesia in Asia*, 2002.]

Asia no es sólo un continente de diversidad, sino también de contrastes y extremos. La riqueza, el poder y los recursos han sido el privilegio de una pequeñísima minoría. Asia alberga algunos de los países industrializados más desarrollados del mundo, pero es también donde se encuentran los países más pobres y atrasados. Los ingresos diarios varían desde los 1000 dólares de unos pocos hasta 1 dólar de muchos otros. Muchos países de Asia se enfrentan hoy en día a gravísimos problemas como la educación y la sanidad para los pobres, viviendas inadecuadas y falta de posibilidades de empleo.

A. REALIDADES RELIGIOSAS

Asia es el lugar de nacimiento de las grandes religiones del mundo, incluida la Cristiandad. Les herencias espirituales como el Taoísmo, Confucionismo, Zoroastrianismo, Jainismo, Sikhismo y Shintoísmo, así como muchas religiones tradicionales o tribales, tienen su origen en Asia.

B. REALIDADES Y RETOS SOCIALES

El proceso del llamado “desarrollo” ha visto cómo el materialismo, el consumismo y el secularismo ganan terreno, especialmente en áreas urbanas. Estos valores van minando las tradiciones culturales, sociales y religiosas en Asia.

El aumento de la industrialización, el desarrollo urbanístico y turístico en Asia, han introducido problemas como la degradación del medio ambiente, el crimen organizado, la prostitución y la explotación de los trabajadores. La reducción de las posibilidades económicas y los medios de vida en áreas rurales han causado un incremento en la emigración, amenazando seriamente los valores y la vida familiar. La frivolidad de las chicas jóvenes, e incluso niñas, hacia el comercio sexual se ha hecho desenfrenado en las llamadas “mega-ciudades” para atender la demanda del desarrollo turístico. Esto constituye la primera preocupación de la Iglesia hoy día.

C. EFECTOS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Los medios de comunicación como algunas películas, música y ciertas publicaciones también van en detrimento de las tradicionales culturales asiáticas. Los medios a menudo están controlados, manipulados y acaparados por personas con intereses políticos, económicos e ideológicos. Por consiguiente, los mensajes de los medios no siempre sirven al bien común. Los medios de comunicación también constituyen un sutil instrumento a través del cual se fomenta el individualismo, el materialismo, la violencia y el hedonismo. Estos valores influyen de una forma negativa en las tradiciones asiáticas, particularmente en el matrimonio y la familia, y suponen un gran reto para el trabajo de evangelización.

D. REALIDADES Y RETOS POLÍTICOS

Las ideologías políticas en Asia se manifiestan en diferentes formas de gobierno, por ejemplo democráticas, teocráticas, militaristas y ateas. Algunos países reconocen alguna religión estatal que les permite poca o ninguna libertad religiosa a sus seguidores. Otros relegan a los miembros de grupos minoritarios como ciudadanos de segunda clase, con poco respeto a sus derechos humanos fundamentales. En algunos lugares, se impide a los cristianos practicar libremente su fe y proclamar a Jesucristo ante los demás. Son perseguidos y se les niega su legítimo lugar en la sociedad.

Algunos de los gobiernos más corruptos del mundo se encuentran en Asia. La gente de estos países está indefensa contra los líderes y prácticas corruptas. Sin embargo, están emergiendo grupos cívicos que intentan dismantelar estructuras injustas y conseguir igualdad de oportunidades en educación, así como en la distribución de los recursos. Grupos minoritarios étnicos, sociales y culturales que han estado inactivos durante mucho tiempo están tomando conciencia de su dignidad y de sus derechos. Ahora asumen su propia identidad y buscan una mayor participación en el proceso llamado vida.

IV. REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO DE EVANGELIZACIÓN “*AD GENTES*” EN ASIA

“En el mundo cultural tan diversificado de Asia, la Iglesia se enfrenta a múltiples retos filosóficos, teológicos y pastorales. La Iglesia de Asia se encuentra ella misma entre quienes muestran un intenso anhelo de Dios, y debemos enfocar nuestra atención a este anhelo y alentar a la Iglesia de Asia a proclamar con vigor, de palabra y de hechos, que Jesucristo es el Salvador” (EA, 9).

PROCLAMACIÓN DE JESUCRISTO EN ASIA

La *Redemptoris Missio* enfatiza la centralidad de la proclamación de Cristo Crucificado y Resucitado en la vida y en el mensaje de la Iglesia hacia los no cristianos. El Papa Juan Pablo II sitúa la importancia de la proclamación del Evangelio como prioridad de las primeras misiones a las misiones “*ad gentes*”. Por ello escribe en *Ecclesia in Asia*:

“La proclamación es potenciada no por un impulso sectario ni por un espíritu de proselitismo ni por un sentido de superioridad, sino como obediencia al mandato de Cristo, en el conocimiento de que cada persona tiene derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios. Dar testimonio de Jesucristo es el servicio supremo que la Iglesia puede ofrecer a los pueblos de Asia. El profundo anhelo de lo Absoluto desvela las verdades y los valores que asegurarán su desarrollo humano integral”. (EA 20).

Mientras que cuantos participan en debates consideren las religiones como ideologías competitivas, multitud de argumentos, proposiciones competitivas, montones de pruebas y multitud de intereses contrapuestos seguirán formando parte de un “club de debate”. Las tradiciones religiosas de Asia están acostumbradas a fuertes debates. Pero la gente se resiente. Buda censuraba a aquellos que son “listos, sutiles y experimentados en la controversia” les llama “*hair-splitters* que se retuercen como gusanos en disputa”. (*The Buddha*, de Michael Carrithere). Se pueden perder energías con la palabra pero se fracasará para convencer.

Personas pastoralmente experimentadas en Asia pueden testificar que los debates de filosofía e historia no marcarán la búsqueda de la vida interior asiática, pero las palabras de Jesús siempre llaman la atención. Los intensos trabajos que la Iglesia realiza en favor de la educación, la sanidad y el bienestar social son muy valorados, pero llega al corazón la profundidad religiosa, el intercambio de experiencias espirituales. La gente acude donde hay una atmósfera espiritual, y no están movidos por estructuras elaboradas ni sistemas organizados.

La Iglesia está convencida de que en lo más profundo de las culturas y religiones asiáticas existe sed de “agua viva”. (cf. Jn 4, 10-15; EA 18).

“La presentación de Jesucristo como único Salvador exige usar una *pedagogía* que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio... «La presentación de Jesucristo debería hacerse como la respuesta plena al anhelo expresado en las mitologías y en el folclore de los pueblos de Asia». En general, se han de preferir los métodos narrativos típicos de las culturas asiáticas. De hecho, la proclamación de Jesucristo se puede realizar de modo muy eficaz mediante la narración de su vida terrena, como hacen los evangelios... La Iglesia, como subrayaron los padres sinodales, debe estar abierta a los nuevos y sorprendentes modos de presentar hoy en Asia el rostro de Jesús” (EA, 20f).

“Si conociérais el don de Dios...” (Jn 4, 10), dijo Jesús a la mujer del pozo. Una barrera de tres frentes, sin embargo, se levantaba entre ellos: el hecho de que ella era una pecadora, una mujer y una samaritana. Pero se hizo evidente que “el don de Dios” atraviesa culturas, rompe barreras y cruza fronteras, suaviza las controversias y transforma los corazones.

¿Qué más ocurrió para que la samaritana, quien con rapidez había cerrado sus puertas a Cristo, se convirtiera de repente en una nueva conversa? Llegaron incluso a decir: “Ahora creemos, no por lo que dices, sino porque nosotros mismos le hemos escuchado y ahora sabemos que Él es realmente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42). Ocurrió así porque ha llegado el tiempo en que “por el poder del Espíritu de Dios, el pueblo venerará al Padre tal como es, ofreciéndole la verdadera alabanza que Él quiere” (Jn 4, 23). La historia de Asia ha sido testigo de la fe cristiana de una forma similar a la de siglos pasados, incluso hoy en día sigue ocurriendo entre los seguidores de religiones tradicionales. Leemos así en *Ecclesia in Asia*:

“Contemplando a Jesús en su naturaleza humana, los pueblos de Asia encuentran sus más profundas dudas aclaradas, sus esperanzas satisfechas, su dignidad elevada y sus desesperación vencida. En él, los verdaderos valores de todas las tradiciones religiosas y culturales, como el agradecimiento y la sumisión a la voluntad de Dios, la compasión y rectitud, la no violencia y la rectitud, la piedad filial y la armonía con la creación, encuentran su plenitud y realización” (EA, 14).

Mahatma Gandhi, al conocer el Sermón de la Montaña por primera vez, sintió como se reafirmaban todas las enseñanzas de su infancia. No lo percibió como un mensaje extraño; sintió que el mensaje del Evangelio era más íntimo y familiar para él que otras muchas enseñanzas que había ido descubriendo a través de los años.

“A través de la cultura, el ser humano se enfrenta cara a cara con el Evangelio. La cultura moldea a las personas y así como las personas y las sociedades cambian, también la cultura cambia. Por ello, la evangelización y la inculturación están natural e íntimamente relacionadas. La construcción del

Reino de Dios llega a la gente que está profundamente ligada a una cultura, y la construcción del Reino no puede evitar elementos cogidos de las culturas humanas. En el encuentro de las diferentes culturas del mundo, la Iglesia transmite sus verdades y sus valores y renueva las culturas desde dentro. También toma de las diversas culturas los elementos positivos que ya existen en ellos. A través de la inculturación la Iglesia, por su parte, se convierte en un signo más comprensible y un instrumento de misión más efectivo. Este proceso de encuentros culturales es por tanto una urgencia hoy en la situación multiétnica, multireligiosa y multicultural de Asia, donde el cristianismo es visto todavía demasiado a menudo como ajeno” (EA, 21).

“Mai Thanh”, la experiencia personal de una vietnamita, resume sutilmente el drama asiático de la división entre el Evangelio y el cristianismo:

“Era el otoño de 1946. Nubes oscuras cubrían el cielo de mi país, roto aquí y allí por el triste rugir de los cañones. Era la guerra entre el ejército francés y Vietnam, que había proclamado su independencia el otoño anterior bajo el mandato de Ho Chi Minh, fundador del Comunismo Indochino y Presidente de la República Democrática de Vietnam. Yo tenía 18 años. Movida por la certeza de encontrar la luz de mi vida en Cristo, tomé la decisión de pedir a mi padre permiso para recibir el Bautismo cristiano.

‘Eso es imposible’, contestó mi padre, visiblemente sorprendido. ‘Si quieres seguir siendo mi hija, júrame que nunca cometerás esta infidelidad’. Yo guardé silencio.

‘Si estás decidida a convertirte en católica, no podemos vivir bajo el mismo techo. Tienes que elegir: uno de nosotros tendrá que abandonar la casa’. No me atreví a hablar ni a moverme. Papá cogió su paraguas y salió de la casa sin decir una palabra”.

Esta realidad, de la que todavía somos testigos en algunas partes de Asia, es un verdadero reto.

V. DESARROLLO Y OPORTUNIDADES POSITIVAS EN ASIA HOY.

¿Cuáles son los factores efectivos hacia una fructífera acción misionera? ¿Cómo aprovechamos nuestra presencia en estos variados sectores de la misión?

A. VALORES ASIÁTICOS Y VALORES DEL EVANGELIO

Los valores asiáticos están inherentemente armonizados con los valores del Reino de Dios. No contradicen las enseñanzas de los Evangelios. Algunos de estos valores son:

1. *Respeto hacia los mayores.* La Biblia dice: “Hijos, sed obedientes a vuestros padres en el Señor, ese es vuestro deber”. El primer mandamiento que tiene una promesa vinculada es: “Honrarás a tu padre y a tu madre”, y la promesa es: “...y prosperarás y tendrás una larga vida en la tierra”. La mayoría de los idiomas asiáticos usan pronombres personales para resaltar el respeto a los mayores. Este respeto se demuestra y fortalece durante las celebraciones comunitarias y familiares. En Tailandia, durante la celebración del Año Nuevo, los miembros de la familia y de la comunidad se reúnen alrededor de los mayores para honrarlos y recibir sus bendiciones.
2. *Vida de familia y de comunidad.* Los asiáticos son un pueblo de clanes. Valoran la familia, la amistad y la comunidad. Esto se demuestra de varias formas: llevando un negocio familiar, teniendo reuniones familiares y comunitarias. Por ello, para los asiáticos es fácil aceptar y apreciar la espiritualidad trinitaria que profesan a Dios como una comunidad de tres personas a las que aman.
3. *Respeto por la vida y el entorno.* Las religiones y las culturas asiáticas enseñan el respeto hacia todas las formas de vida. Para los asiáticos es natural vivir en armonía con la naturaleza. En Tailandia es habitual ver templos budistas en medio de un espeso bosque. Los seguidores del hinduismo no se atreverían a dañar a la más pequeña de las criaturas. Los miembros de cultos indígenas y de carácter religioso en el Alto Luzón, en Filipinas, también tienen el mismo respeto hacia la creación.
4. *Predisposición natural a lo “espiritual”* (meditación, armonía, unidad con un “Ser Supremo”). El hecho de que las grandes religiones del mundo hayan nacido en Asia, habla de la predisposición de los asiáticos hacia lo divino. Tienen una inclinación natural al silencio y a la meditación, así como a la práctica del yoga, zen y ascetismo.

B. LA JUVENTUD ASIÁTICA

Asia es un continente joven. Casi el 58% de los asiáticos tiene menos de 30 años, y éste es un reto especial para la Iglesia. La juventud está abierta a casi todo lo que es nuevo y alberga un tesoro de ideas que, para ellos, hará que la vida sea más excitante e interesante. El joven siempre se siente predispuesto a asumir una causa y a convertirse en héroe, pero también es capaz de aceptar ideas supremas y necesita buenos líderes y el ejemplo testimonial de los mayores. *Ecclesia in Asia* reconoce que los jóvenes “no son sólo el objetivo pastoral de la Iglesia, sino también los agentes y colaboradores de la misión de la Iglesia” (EA, 47).

La juventud podría llegar a ser la principal fuerza de la actividad misionera de la Iglesia. En Myanmar/Burma, el gobierno cerró campus universitarios porque fomentaban ideales democráticos que amenazaban la estabilidad política. Alrededor de

20.000 jóvenes en Filipinas se organizaron para afrontar el problema de la vivienda. Ellos mismos recaudaron el dinero y construyeron 350 casas en un año. La juventud está comenzando a aceptar el reto de la evangelización en Asia. Grupos cristianos juveniles, como Jóvenes por Cristo y la Juventud de Cristo en Acción, con 20.000 miembros cada uno, envía misioneros no sólo a Asia, sino también a otros continentes.

C. LOS LAICOS

Son una fuerza emergente en la Iglesia. Desde la llegada de la renovación carismática de la Iglesia católica, el laicado ha asumido un papel más activo e intenso en la vida de la Iglesia. Dirigen liturgias, organizan programas de formación y espiritualidad, crean grupos de formación bíblica y se implican en trabajos de desarrollo social. Ya no es extraño ver seminarios llenos de laicos solteros y casados realizando retiros y cursos bíblicos durante los fines de semana.

D. INSTITUCIONES CRISTIANAS

Las instituciones cristianas son un cauce efectivo para establecer un contacto preliminar con los no cristianos. A través de ellas los no cristianos pueden tomar conciencia de los valores del Evangelio y encontrar a Jesús a través del testimonio de vida de los misioneros y de los evangelizadores católicos.

1. *Educación.* El cristianismo en Asia es conocido por la calidad de su educación. Hay más de 300 escuelas católicas en Tailandia, con mayoría de estudiantes no cristianos. Las escuelas son un importante campo para sembrar las semillas del cristianismo.
2. *Servicio sanitario.* Los grupos católicos y las Congregaciones dirigen el servicio sanitario y la atención a huérfanos, víctimas del SIDA, discapacitados, etc.
3. *Programas de desarrollo social.* Muchos misioneros organizan programas en comunidades y pueblos alejados. Realizan un acercamiento hacia los hombres y mujeres rurales dirigiendo seminarios, organizando proyectos de autofinanciación, atención a jóvenes y niños, etc.
4. *Modernos medios de comunicación.* Un “excelente instrumento de evangelización”, en palabras de Juan Pablo II en *Ecclesia in Asia*, es la estación de radio de onda corta “Radio Veritas Asia”, que está bajo la Federación de Conferencias Episcopales Asiáticas (FABC).
5. *Sociedades Misioneras Nativas.* Asumiendo los retos del Santo Padre, muchos países de Asia han iniciado Sociedades Misioneras para enviar misioneros a diversos países. En Tailandia, donde hay alrededor de 350.000 católicos en una población de 62 millones de habitantes, tenemos nuestra propia Sociedad Mi-

sionera. Uno de los primeros en unirse a ella fue mi propio seminarista. Por entonces él era todavía un diácono y nuestra diócesis tenía sólo cuatro sacerdotes diocesanos, a quienes yo ordené. No fue fácil dejar marchar a un trabajador tan aventajado en mi diócesis, pero aun así le pregunté si quería unirse a la Sociedad Misionera. Le dije: “la necesidad de nuestra diócesis es enorme, pero la necesidad de la Iglesia es aún mayor. Que Dios te bendiga”. Él se arrodilló y lloró. Casi de inmediato, el sacrificio que yo hice fue recompensado. Tres sacerdotes de la Sociedad Misionera de España se unieron a mi diócesis. ¡Envié uno a la misión y el Señor me devolvió tres!

VI. ACTITUD DE LOS MISIONEROS

A. SERVICIO

La actitud de los evangelizadores en este grande y viejo continente debe ser el de un “servidor”. Debemos ser como el mismo Jesucristo, que vino a servir y no a ser servido.

B. APERTURA

Debemos estar abiertos para escuchar y aprender de las antiguas tradiciones de Asia. Dios nos habla de muchas maneras y lo mismo ocurre con otras expresiones de fe distintas de la cristiandad. Por ello no debemos juzgar a nuestros hermanos y hermanas no cristianos. Sobre todo, no debemos sentirnos superiores a ellos.

C. TESTIMONIO DE VIDA

Debemos dar testimonio de nuestra fe a través de nuestra forma de vida. El Santo Padre dice: “A la gente de Asia no le interesa escuchar lo que la gente enseña; quieren ver esta enseñanza en la acción y en la vida de los cristianos” (cf. EA 23, 42). Una reflexión genuina del amor de Cristo en nuestros actos y palabras convence más que la mera retórica.

D. PERSECUCIÓN Y RESISTENCIA

El evangelizador debe anticiparse a la persecución y a la resistencia especialmente donde aún no se ha escuchado el Evangelio. Debe verse como una prueba de fe. Debemos confiar en Aquel que envía a los evangelizadores a la misión, la única Verdad, Jesucristo Nuestro Señor.

VII. CONCLUSIÓN

Como religioso, he observado que muchas Órdenes religiosas tienen miembros procedentes de Asia. También muchas Congregaciones religiosas han enviado miembros asiáticos como misioneros a otros continentes –Europa, América y África–.

Aunque la cristiandad tuvo sus comienzos en Asia, los éxitos misioneros en los pasados dos milenios han estado en otros continentes. Las palabras del Santo Padre sobre el Tercer Milenio como el Milenio de la Iglesia en Asia no son únicamente un reto sino también una profecía. Es hora, pues, de que unamos nuestras manos en un esfuerzo común para llevar a la cristiandad a su punto de partida.

Hemos recibido nuestra fe a través del esfuerzo misionero de famosos misioneros como San Francisco Javier. Ahora es tiempo de propagar este don de fe a lo largo y ancho de nuestro propio continente de Asia. Pero también debemos continuar la misión en Europa y América en los años venideros.

Algunos signos de una fe creciente en Cristo son evidentes en Corea del Sur, con el incremento de bautismos y profesiones de fe. La creciente popularidad de la Biblia en Japón es otro ejemplo, así como la participación activa de los laicos filipinos en la vida y la misión de la Iglesia y el testimonio de fe por parte de trabajadores filipinos en el extranjero.

Sin embargo, debemos reconocer que el principal agente de la misión es el Espíritu Santo. Su acción es palpable en la misión *ad gentes*... en la elección de regiones y pueblos que serán evangelizados (cf. Hch 16, 6ss; n. 21 de RM). Este tema está ampliamente elaborado en *Redemptoris Missio* cuando dice el Papa: “El Espíritu está trabajando en el corazón de cada persona. La presencia y actividad del Espíritu afecta no sólo al individuo sino también a la sociedad y a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones (RM, n. 28). Más aún, “es el Espíritu quien siembra la ‘semilla de la Palabra’. [El Espíritu] está presente en las diversas costumbres y culturas, preparándose para la plena madurez en Cristo”.

Les agradecemos la fe que han compartido con nosotros. Les pedimos que continúen ayudándonos mientras crecemos, para que en el futuro podamos unir nuestras fuerzas y acercar a Cristo a más gente, sin reparar en razas, color y forma de vida. Oremos todos al Único Dios Verdadero y profesemos nuestra fe en Jesucristo, el único y verdadero Salvador de la humanidad.

(Traducido del original en inglés)

ÁFRICA, EL CONTINENTE OLVIDADO Y LA EVANGELIZACIÓN

Rvdo. D. **Fidel GONZÁLEZ-FERNÁNDEZ**

Misionero comboniano

*Rector Mayor del Pontificio Colegio Urbano
de Propaganda Fide. Roma*

Hoy está triunfando en el mundo lo que ya Pío XI llamaba “imperialismo internacional del dinero”. En el caso específico de África, el antiguo «continente de los esclavos» continua siendo la eterna colonia, explotada y olvidada. Y para colmo de males, dividida por un emjambre de guerras de múltiples raíces y de pestes endémicas de todo tipo. En el nuevo orden mundial que se ha ido delineando en los últimos años la situación se ha agravado todavía más. Los expertos de la OCSE (Organización de los 29 países más industrializados del mundo) y de la BAD (Banco Africano para el Desarrollo) hace un par de años (2002) nos ofrecieron un despiadado diagnóstico sobre la situación africana con cifras dramáticas: entre 1950 y 2000, la población africana creció del 8 al 13 por ciento del total mundial, pero el PIB disminuyó del 3’5 a poco más del 2 por ciento, las exportaciones del 7 al 2 por ciento y las inversiones extranjeras del 6 al 1 por ciento. Lanzaban en consecuencia un llamamiento a través del informe *African Economic Outlook*: África cada vez más marginal en el ámbito de la economía mundial. “El peso de África en la economía mundial – se decía – ha disminuido de manera inquietante a lo largo de los últimos cincuenta años, tanto desde el punto de vista del PIB como de las exportaciones e inversiones extranjeras. Las únicas cifras del continente africano que continúan aumentando son las de su población”. Según datos del 2002, África contaba con 861.505.626 habitantes, con una densidad de población del 28,28 por km² ¹.

¹ La superficie considerada (continente e islas incluidas: 53 países independientes y el Sahara – en proceso de difícil autodeterminación) es de 30.439.136 km². Datos de un informe sobre el desarrollo mundial 2002 del Banco Mundial y el Informe sobre el desarrollo humano 2002, del PNUD; en *Mundo Negro*, (Madrid), Mayo-Junio 2003.

Vamos a intentar dar unas pinceladas sobre esta situación africana para ver sus implicaciones en la presencia evangelizadora de la Iglesia.

1. - ¿UNA OSCURA SITUACIÓN MUNDIAL?

En un libro que apareció a finales del siglo XX y que llevaba por título *Manifiesto para un oscuro final de siglo*, Max Gallo, antiguo consejero de Mitterrand, reconocía la caída de las fáciles euforias de los años noventa. El Norte está cada vez más al Norte con el veinte por ciento de la población mundial que posee el 75 por ciento de las riquezas del globo, y el Sur cada vez más al Sur con el ochenta por ciento de la población mundial y sólo el 25 por ciento de sus riquezas.

Con otro análisis de matriz distinta el ya conocido politólogo Francis Fukuyama subrayaba su tesis sobre *el fin de la historia*, la nueva homologación y el control absoluto de la vida mundial por parte de los creadores de un Nuevo Orden, que se ha venido imponiendo tras la “caída del comunismo” a finales de los años ochenta del siglo XX.

Paradójicamente da razón a Max Gallo François Fetjo. Este historiador húngaro, ve un mundo que está entrando en una fase de anarquía en el que América va intentar jugar el papel del gendarme sin éxito. Sin embargo y pese a todo, Fetjo al final da un papel preponderante a Occidente. En definitiva los tres politólogos, aunque con análisis diversos llegan a la misma y desesperanzadora conclusión: hoy se está forjando un mundo sin historia, que es lo contrario a la *experiencia cristiana*.

Solamente que, tras el 11 de septiembre del 2001, las cosas se han complicado con nuevos y trágicos acontecimientos y situaciones en la escena mundial. Desde entonces, si tomamos esa fecha como un símbolo, muchas cosas han empeorado la situación y nuevos, violentos y dramáticos conflictos como en Afganistán, Irak, en el Medio Oriente y en África, junto con el crecimiento del violento fundamentalismo islámico, con acciones de despiadada violencia en medio mundo, ponen de relieve la fragilidad de muchos esquemas.

Pero a pesar de los choques violentos en curso, lo que hoy se busca en muchas esferas del poder político y económico mundial es un acuerdo práctico en la gestión del Poder en sus últimas decisiones, –véase por ejemplo el papel del Banco Mundial y de las grandes organizaciones económicas–, como en definitiva existió, aunque aparezca contradictorio, durante los tiempos de la división mundial en bloques tras la Segunda Guerra mundial, a partir de Yalta. Escribía el filósofo italiano Augusto Del Noce en su diario en 1984: “Yalta ha generado el monstruo de las dos cabezas, y estas dos cabezas pueden, o deben insultarse, pero nada más; no disponen de un cuerpo propio; se alimentan de la vida del mismo monstruo; distantes entre sí no pueden encontrarse; ni pueden, ni desean sugerir al monstruo el suicidio”. Con nombres distintos todo parece como si el viejo Orden de Yalta haya querido “cambiar todo para que todo siga como antes”, como decía Tocqueville de la Revolución Francesa.

¿Puede hablarse por lo tanto de una especie de control ejercido por un Nuevo Orden Mundial encabezado teóricamente por los Estados Unidos de América, con sus aliados y sus “confederados”? América tiene en pie de guerra a medio millón de hombres que puede mover con rapidez a cualquier punto del globo, si allí se ve amenazado el Nuevo Orden Mundial, como sucedió en el Golfo y recientemente en Afganistán y luego se ha repetido en Irak. Muchos estados, también europeos, pese a las últimas divisiones durante la guerra de Irak y las oposiciones de Potencias como Francia y Alemania, apoyan, generalmente complacidos, este papel de “policía” del Nuevo Orden que los americanos se han asumido. Este Poder en el fondo es admirado, odiado, temido e imitado por el resto del mundo. Parecería una contradicción, pero es realmente así. La imagen de la Estatua, ide cartón!, de la Libertad levantada en la plaza de Tien An Men de Pekín durante la revuelta de los estudiantes de mayo del 1990 es significativa y emblemática.

2. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE ESTA SITUACIÓN

¿Cuáles son los rasgos más característicos de esta situación que pesan actualmente sobre el caso de África?

- Ante todo hay que recordar que en Europa existen dos “occidentes”: el de las potencias que se asoman al Atlántico y al Mediterráneo y el de las potencias centro-europeas, incluidas los estados bálticos, Rusia y los nuevos estados resurgidos tras la caída del comunismo soviético.

Otros «occidentes» desde el punto de vista del Orden económico serían Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Japón, Corea del Sur, Japón, Filipinas y otros países asiáticos meridionales, e Israel...

En relación con África, estos grupos tienen intereses muy distintos. Luego están los complejos bloques asiáticos con colosos como India, China, Pakistán, Indonesia.

Un bloque con una identidad religioso-política precisa lo constituyen los países que reconocen en el Islam su matriz religiosa, árabes y no árabes (como en el caso de Pakistán e Indonesia, Iran, Irak y algunas repúblicas desgajadas del antiguo imperio soviético...).

A unos les basta que África ofrezca sus productos y permanezca quieta, sin desarrollarse demasiado. A otros les interesa que esté no solamente quieta, sino también en paz, para que sus empresarios, y sus técnicas puedan hallar mercados. Otro grupo intenta jugar en África una baza de influencias que recorten las posibilidades del mundo árabe en los conflictos medio-orientales. Luego está el mundo árabe que proyecta islamizar el Continente africano, obteniendo ya algunos éxitos.

- El Nuevo Orden propiciado por este variado y complejo “mundo occidental” tiene una fe ciega en el mercado libre como verdadero y perenne motor de la civili-

zación. Habría sido el protestantismo secularizado, la libertad de conciencia promovida por ilustrados y liberales, y el liberalismo individualista los verdaderos factores del progreso de los pueblos. Si el mundo latino quedó a la zaga del nórdico, la culpa la habría tenido el catolicismo, que sofoca y «remitiza» las conciencias.

Habría que hacer una crítica a fondo sobre estas tesis, pero, a parte de su inconsistencia histórica, hay en ellas algo de verdad. Paradójicamente en el momento en el que el marxismo cae desde un punto de vista político, triunfa su tesis de que es la economía lo que mueve la historia. No es la ética ontológica y objetiva, sino el interés el que guía la política mundial. Esta es la ley fundamental del capitalismo acristiano. Por ello no podrá jamás, por naturaleza, conjugarse con el catolicismo. Se trata de dos tipos de visión del hombre inconciliables: por una parte el primado absoluto de la economía y de la hegemonía del mercado, que ha llevado a una cadena ininterrumpida de explotación del hombre y de los pueblos; y por otra el primado absoluto de la persona que el catolicismo siempre ha sostenido. Esta «cultura católica», que nace de la fe cristiana, tiene una ilimitada capacidad de diálogo con lo humano. El catolicismo ha originado siempre así iniciativas concretas y particulares sin perder su capacidad de propuesta universal. En esta capacidad del catolicismo se injertan sus iniciativas continuas de solidaridad humana.

- Otra de las características de este proyecto de “Nuevo Orden Mundial” es la imposición de su ética laica con sus criterios subjetivos de bien y de mal coincidentes con el *útil*, el *placer* y lo *económico*.
- Una consecuencia inmediata y práctica de la aplicación de este principio es la de dividir la vida de los ciudadanos del mundo en dos categorías según los meridianos y los paralelos del mundo bajo los que vivan.
- Esta ética económica y mercantilista está produciendo ya un odio difundido hacia el mundo occidental en los ciudadanos del Sur. Tras la caída del bloque comunista soviético, el miedo se ha desplazado hacia el “Sur” del mundo, hacia el “Este” medio oriental, asiático, y hacia el mundo “islámico”. Lo confesaba hace algunos años el alemán Manfred Woerner, secretario general de la Alianza Atlántica, en una entrevista al periódico francés *Liberation*, en la que declaraba la necesidad de transformar la estructura y el papel de la NATO precisamente en vistas a este nuevo enemigo.
- Los nuevos intentos de creación de un “Nuevo Orden Mundial” se caracterizan por su empeño en imponer por doquier la propia homologación ideológica y económica, y por su intolerancia con todos los que no entran en sus esquemas. Por ello o la Iglesia Católica entra a formar parte de ese mundo como una especie de capellana palaciega, o es expulsada de este nuevo club. Basta seguir la prensa occidental en sus juicios sobre las intervenciones o actuaciones del Papa o de los episcopados sobre temas que hieren su ética para darse cuenta de cómo el proceso ya ha empezado o los ataques mordaces y sistemáticos a la vida de la Iglesia y a su papel en el mundo occidental, subrayando todo tipo de escándalo grande o pequeño que sea para restarle autoridad moral. Tal homo-

logación cultural es la que dicta las leyes de la información, los temas que hay que dar, el modo de darlos y los muchos que hay que silenciar.

Pero lo que algunos han llamado “nuevo orden internacional” no es otra cosa que un “nuevo desorden internacional”. En este «desorden», que alimenta necesariamente odios, resentimientos, y el resurgimiento de fundamentalismos e ideologías en letargo se está hundiendo desde hace años la utopía soñada del 1989 tras la caída del muro de Berlín; el 11 de septiembre y las guerras, atentados terroristas y demás secuelas son señales evidentes de ello. Aquella ideología en su utopía de un gobierno del mundo, en su celebración ético-religiosa de un “orden mundial” ha legitimado intervenciones, como la de la guerra del Golfo Árabe, la de Afganistán, Irak y otras en actuaciones discutidas, así como el nacimiento de un nuevo tipo de pacifismo profundamente ideologizado. Pero está a la vista de todos como todas esas intervenciones bélicas han arrastrado a los biligerantes en una especie de pantano o de arenas movedizas de los que no se sabe cómo salir.

3. LA DESINFORMACIÓN SOBRE ÁFRICA

Los medios de comunicación social nos están acostumbrando a imágenes escafofrantes de la realidad africana, que parecen como llegadas de una historia lejana. Junto a las víctimas de las tragedias africanas yace otra de la que casi nadie se da cuenta: la de la información sobre la realidad del Continente.

Sobre África se habla poco, mal y con parcialidad. La información europea sobre África ha creado un continente irreal, plagado en un pasado reciente de figuras de dictadores sanguinarios y a la vez trágicamente cómicos como Amin Dada y Bokassa, de dictadores ambiciosos como Mobutu, de dictadores sangrientos como Mengistu de Etiopía, los sargentos-comandantes en las recientes o actuales tragedias de las guerras civiles en Uganda, Sudán, Rwanda, Burundi, Congo, Liberia, Sierra Leona, Costa de Marfil –sólo por citar algunos casos–; de tragedias mal explicadas como las de Rwanda y de la Región de los Grandes Lagos, de Uganda, Sudán, etc.; de gentes salvajes y crueles, combinadas con salsas de folklore, playas en Kenya, junto con enfermedades temibles como el SIDA, ébola, paludismo cerebral, pobreza y sequías periódicas, hambrunas continuas, todo ello mezclado con tambores y exuberancia. Son lecturas simplonas e increíblemente parciales.

¿Cómo se explica una tal desinformación? Porque se ignora que la vida de un pueblo es el resultado de todas las cualidades y los defectos de sus componentes. Si luego se habla, por ejemplo, de un conflicto hay que tener también en cuenta no sólo el elemento fuerza, intereses, y medios a disposición de los bandos, sino también la confrontación entre las capacidades totales de cada grupo. Hay que escudriñar en los entresijos de la historia y de los ánimos de un pueblo para poder entenderlo.

Con frecuencia al viajero o al periodista que visita superficialmente África se le escapan la verdadera naturaleza y entidad de los problemas, y sólo reproduce as-

pectos de su corteza más llamativa, que no siempre es la más real. Se da por ello una especie de simplificación de los problemas africanos. Esta visión occidental se ha impuesto también a los mismos africanos. Basta leer su prensa. Es la mayor victoria del neocolonialismo o de las diversas ideologías que predominan en el mundo actual, que han impuesto ya a los colonizados su propia visión de la historia y de los problemas que les afectan.

África ha sido colonizada, posee inmensas riquezas, sepultadas o explotadas, da lo mismo. La colonización y las posibilidades de aquella riqueza habrían podido levantar suficientes hospitales, escuelas, universidades, o creado numerosos puestos de trabajo convertidos en propulsores de un crecimiento social y cultural adecuados. Pero esto no ha sucedido. Se ha fomentado el comercio y el uso de las armas. Paradójicamente la técnica occidental ha sembrado el continente de tragedias y ha fomentado el «tribalismo» y no las pertenencias nacionales, porque se comerciaba con las armas en vez de “construir escuelas y hospitales”.

Las consecuencias de esta cultura de la violencia son terribles. Las revoluciones africanas, los golpes de estado y los numerosos conflictos que ensangrientan actualmente el continente cuestan muchas más vidas y traen secuelas más terribles que las que puedan producir enfermedades como el paludismo o “pestes” como el SIDA, ébola, brotes de colera y otras semejantes. Así estos conflictos ya endémicos cuestan más millones de víctimas y causan más estragos que treinta guerras del Golfo, de Afganistán o de Irak juntas!

En estos momentos todo parece como si África hubiese sido puesta entre paréntesis ante los graves problemas del Este o del Medio Oriente. Lo ha recordado en numerosas ocasiones Juan Pablo II durante sus viajes por tierras africanas o sus discursos a los embajadores ante la Santa Sede. Hoy a África van sobre todo las empresas comerciales en respuesta a sus propios intereses. Parece como si se hubiese firmado una entente mundial del silencio sobre los dolores de África. Vamos a intentar dar una rápida radiografía de estos dolores.

4. LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

En 1960, el año en que se produce el llamado «boom» de las independencias, África tenía 240 millones de habitantes. En 2000 contaba con unos 789.617.709 millones de habitantes, con un crecimiento demográfico de un 2,6%, una densidad de población del 25,92. En 2002 la población había crecido a 861.505.626 habitantes, con una densidad de población del 28,28. Esta población está muy desigualmente repartida entre sus 53 Estados independientes y un territorio, el Sahara Occidental, que está todavía en proceso de autodeterminación². Según las previsiones en el

² Datos de un informe sobre el desarrollo mundial 2002 del Banco Mundial y el Informe sobre el desarrollo humano 2002, del PNUD; en *Mundo Negro*, (Madrid), Mayo-Junio 2003.

2025 tendrá unos mil millones, con un ritmo de crecimiento del 3,0 por ciento anual (y se va ya hacia el 3,2 en algunas zonas). Actualmente 10 países tienen 407 millones de habitantes (el 63,65 por 100 de la población total), 9 países cuentan con menos de un millón, y otros 9 entre uno y tres millones; hay 15 que tienen entre 10 y 20 millones, y sólo 10 países cuentan con más de 25 millones³.

En África sucede el fenómeno inverso al mundo occidental. Aquí el índice demográfico tiende a disminuir y la población a envejecer, allí a crecer y a rejuvenecer. El fenómeno en África es natural, y no se debe a inmigraciones. Se trata de la diferencia entre su tasa de natalidad y de mortandad, que se ha reducido. Una de las consecuencias es la gran juventud de la población africana: el 46 por ciento de los sus habitantes tiene menos de quince años y sólo el 2,8 por ciento supera los sesenta y cinco.

De los habitantes actuales de África y según datos de comienzos de 1990 que ya han sido superados con creces, unos 223 millones vivían en zonas urbanas (de cada 100 habitantes 64 vivían en las zonas rurales y 34 en las ciudades), con 31 ciudades con más de un millón de habitantes, entre las que sobresalen El Cairo con ya más de 17.500.000, Lagos con 10 millones y Alejandría con 8.500 millones, y 100 ciudades con una población superior al medio millón o rondando el millón. Pero en la actualidad (2003) los habitantes de las ciudades rebasan ya el 42 por ciento. Actualmente un cuarto de la población urbana ha nacido en la ciudad y está formada en su gran mayoría por niños. Esto supone un cambio cultural profundo, un desarraigo de la tradición y la muerte de un cierto tipo de cultura tradicional, y un inter-tribalismo racial y cultural.

Con la urbanización se crea una forma nueva de conciencia social. La gente adquiere elementos materiales y no materiales de cultura, modelos de comportamiento e ideas que se originan y son característicos de la ciudad. La urbanización en África está corriendo el centro de la vida cultural y religiosa desde el campo a la ciudad. Señala también el predominio de los jóvenes, la conversión de las ciudades en mercados de productos, de trabajo, y en bolsas de finanzas, pero también en mercados de ideas. Las ciudades, que ya sustituyen hoy a lo que en la antigua tradición eran los lugares sagrados de iniciación tradicional (bosques y selvas o sabanas), son hoy los lugares obligados de la nueva iniciación de los jóvenes, que no están tranquilos en sus poblados ni se sienten maduros hasta que no pasan por el crisol de la ciudad. Es la iniciación a la gran religión universal de la “secularización” en la que muchos “pierden y homologan su alma”. Además las ciudades son cada vez más ríos de deshumanización, de miseria y de todo tipo de lacras sociales. Todo ello produce una gran movilidad humana; el ansia de la inmigración del cam-

³ Sigo los datos ofrecidos por “Mundo Negro” (Madrid), 441-442 (Mayo-Junio) 2000. Se citan como fuentes: *África South of the Sahara 2000. Informe sobre el desarrollo mundial 1999-2000*, del Banco Mundial. *Informe sobre el desarrollo humano 19999*, del PNUD.

po a la ciudad, de la ciudad de un país a otro más prometedor, y de África el ansia de querer huir a Europa, a América o a algunos países árabes del petróleo en busca de una dudosa fortuna. Las corrientes inmigratorias hacia el mundo occidental son fenómenos incontrolados e imparables, con toda la problemática que ello representa y a la que asistimos en España e Italia y demás países europeos a diario.

5. LA SALUD DE LOS AFRICANOS

La salud de los africanos va muy mal, especialmente en los niños. África tiene la tasa más alta de mortandad infantil del mundo, y los africanos son los que tienen menos esperanza de vida al nacer. La mortalidad infantil antes de los 5 años es la más alta del mundo: 172‰ contra la media de 90‰ en el ámbito de países en vías de desarrollo (6‰ en los países industrializados). De cada dos niños menores de 5 años que mueren en el mundo, uno es africano; hace cuarenta años era solamente uno de cada diez niños muertos. Mientras en el resto del mundo la mortalidad infantil ha decrecido, no es así en África. En África la esperanza media de vida al nacer es de 47 años, contra la de 64 en el resto del mundo. De los 40 millones de enfermos de SIDA y sero-positivos que hay en el mundo, 24,5 son africanos. La malnutrición en África es dramática; en 17 de sus países más del 35% de su población está desnutrida.

Los conflictos armados, el éxodo de millones de personas (5 millones de refugiados) y la crisis económica en general son algunos de los factores que inciden más negativamente sobre la salud de los africanos. Uno de cada 5 africanos vive en zonas de conflicto bélico. El Consejo de Seguridad de la ONU dedica una media del 70% de su tiempo a las crisis africanas. Estas situaciones facilitan la difusión de todo tipo de enfermedades. Entre las enfermedades que hoy cosechan más víctimas en África están el paludismo, la tuberculosis, la lepra, las enfermedades infantiles, las parasitarias, y el SIDA, ébola, etc...

Algunas enfermedades que en el pasado cosecharon miles de víctimas, como la viruela y la fiebre amarilla han sido prácticamente ya erradicadas debido a un plan sanitario mundial; otras como la enfermedad del sueño están en vías de serlo. A partir de los años sesenta, con las independencias, todo daba a entender que la población africana mejoraba sus condiciones de salud, aunque quedaban numerosas zonas aún endémicas. Pero aquellas bolsas de población con “mala salud”, debido a los continuos conflictos bélicos, enseguida se multiplicaron. Los países con una cierta estabilidad política pudieron mantener en pie las antiguas estructuras sanitarias, pero la mayoría, afectados por los conflictos internos y el progresivo abandono exterior, vieron como aquellas se derrumbaban una a una. Se destruyeron las cadenas de control sanitario, se produjo como consecuencia el incremento de la mortalidad infantil, el retorno del paludismo, ahora más resistente a los viejos medicamentos convencionales, el recrudecimiento de la lepra, la tuberculosis, y final-

mente el azote del siglo: “pestes” crónicas como el SIDA, el ébola y otros brotes semejantes. Un caso típico es el de Uganda donde existen carreteras nacionales conocidas como “las rutas del Sida”, o fajas de la población como los militares, camioneros o prostitutas, e incluso distritos como el de Rakai (en el sur del país) con casi un 80 por ciento de seropositivos. La mortandad infantil de lo que antiguamente se conocía como la «perla de África» (Uganda) supera actualmente el 100 por mil y la juvenil el 30 por mil⁴.

6. MAL LIDERAZGO E INCAPACIDAD DE LOS GOBIERNOS

África cuenta con 53 Estados soberanos, todos ellos miembros de las Naciones Unidas. Desde 1960 han mandado en África más de dos centenares de jefes de Estado y de Gobierno. Los dirigentes de los primeros años fueron en su mayoría avezados luchadores por la descolonización. Muy pronto los militares aparecieron en la escena política, con frecuencia para apoderarse sin más del poder como puntas de icebers tribales que yacían latentes bajo el complicado océano geopolítico africano. Actualmente prevalecen en África los regímenes militares y los partidos únicos. Dos de cada tres presidentes africanos son militares, sin contar los precedentes del mundo civil que se han auto-nombrado “comandantes” o “generales”. Esto quiere decir que la ley en la mayor parte de estos países se apoya sobre las metralletas. El sistema genera siempre inseguridad, nuevos golpes, arrogancia de los jefes de turno, corrupción y favoritismo tribal. Como es lógico todo esto ha creado también una cadena ininterrumpida de movimientos de guerrilla que se alternan en el poder.

Existe además un enorme distanciamiento entre la cúpula del poder y las bases ciudadanas. El liderazgo en África nació ya corrompido desde sus comienzos en casi todos los países, con una sola ambición: adueñarse y mantener el poder a toda costa. Por ello los distintos regímenes nunca han dudado en usar los métodos más eficaces (golpes de estado militares) sin algún escrúpulo para controlar absolutamente todos los detalles de la vida del país. Para ello necesitan y se sostienen con las metralletas, la sospecha y la violencia. Un periodista guineano, Severo Moto, ha escrito que los jefes africanos actúan “como si tuvieran plena conciencia de que gobiernan ‘en pecado’”. No imaginan la posibilidad de salir del poder y seguir viviendo. «Lo malo es que a todos los presidentes africanos, cuando dejen de serlo, siempre los matan» escribía el mismo periodista citando al presidente de Guinea Ecuatorial, Obiang Nguema.

Progresivamente, tras las independencias, se constata un vacío de conceptos de sociedad y de estado, de solidaridad y de bien común precisos y por ello de progra-

⁴ Según datos recogidos en agosto del 2003, en el norte de Uganda (zona en estado continuo y endémico de guerra desde hace 20 años, la mortandad infantil se calcula en 6 niños muertos de cada 10 nacidos.

mas consecuentes en los dirigentes de los nuevos Estados; sin embargo se da una carga notable de demagogia, que coincide con frecuencia con la destrucción del legado colonial, sin construir nada a cambio, distanciándose en los discursos de la antigua metrópoli, y cebándose privadamente con sus ayudas. De hecho en muchos casos las antiguas metrópolis continúan desempeñando el mismo control de antaño, aunque con diferente ropaje. En el pasado, cuando los nuevos dirigentes adoptaban una determinada ideología, y generalmente era la marxista, ésta se reducía a blandir consignas demagógicas. Casi siempre, tras la caída del comunismo mundial, la mayoría de estos líderes políticos se han dado prisas en abandonarla como ha sucedido en Mozambique, Congo-Brazzaville, Benin, Etiopía, Angola, Zimbabwe... Lo mismo se puede decir de la llamada “autenticidad africana” tan proclamada en los años setenta por personajes como el occidentalísimo Mobutu Seseseko del entonces por él llamado Zaire, o el tercermundismo de la mayor parte de los líderes africanos. Yalta y Bandung (el tercermundismo neutralista y pacifista) hace años que han sido sepultados y quedan ya lejos. Sólo que a muchos dirigentes africanos este entierro les ha cogido por sorpresa.

Roberto Longo, uno de los autores de *African Economic Outlook*, explicaba que “los beneficios de la globalización no se han dejado sentir en el continente africano, ya sea porque su economía está cada vez más aislada de la del resto del mundo, ya sea por una incapacidad institucional y administrativa de muchos gobiernos o por la falta de capital humano”. El mismo juicio lo repite Jean-Paul Ngoupandé, experto político-económico y ex-ministro centroafricano, que hablando de la situación asiática ve la diferencia con la de África en cuanto que mientras allí los gobiernos propician generalmente la competitividad económica, en África los gobiernos la dificultan, porque el Estado es corrupto y nada transparente. “África, afirmaba, tiene que volver a entrar en la discusión e intentar subirse al tren de la globalización. De otro modo, quedaremos marginados”⁵.

7. EL FIN DE UN DESARROLLO

La economía africana, a partir de los años sesenta, ha retrocedido alarmantemente hasta el punto de colocar a un elevado número de países en el furgón de cola de los menos desarrollados. El continente cuenta con algunas de las bolsas de pobreza mayores del mundo, con países cuya renta anual por cabeza no supera los 300 dólares (Tanzania, Chad, Guinea Ecuatorial, Madagascar, Malawi, Congo, Guinea Bissau, Etiopía y Mozambique), otros 9 países no llegan a los 400 dólares, 14 no alcanza los 700, 14 no pasan los dos mil, 6 fluctúan entre los dos y los cinco mil, y solamente dos superan los 5.000 (Libia y Reunión).

⁵ Tomo la cita de un escrito del africanista italiano Rodolfo Casadei, en *Huellas*, (Madrid), enero 2003, p. 21.

Uno de los principales informes del Banco Mundial, *Global Economic Prospects 2003*, muestra cómo en el África subsahariana “las inversiones extranjeras crecen alcanzando los 6,6 miles de millones –millardos– de dólares, cifra que equivale a casi el 4% de todas las inversiones extranjeras en el tercer mundo, el PIB y la exportación sigue descendiendo. El primero representa ahora, con sus 306 miles de millones –millardos– (una cifra inferior al PIB de Holanda, que es de 364 miles de millones –millardos– de dólares); apenas el 1,1% del total mundial; el segundo descendió en el 2000 (últimos datos disponibles), hasta alcanzar el irrisorio valor del 1,4% del total mundial. Para comprenderlo mejor, comparemos los datos de otras regiones: África subsahariana, con sus 659 millones de habitantes, produce un PIB inferior al de los holandeses, que son un total de 16 millones; exporta poco más que Malasia, país de 23 millones de habitantes (92 miles de millones de dólares, de exportación frente a 88); y recibe inversiones extranjeras que son apenas dos tercios de lo que recibe Corea del Sur, que con 47 millones de habitantes, atrajo 9,2 miles de millones –millardos– de dólares de inversión en el 2000”⁶.

Las causas de esta situación son múltiples, como la caída en picado del precio de algunas materias primas (lo que más exporta), y el elevado aumento del precio de los bienes de equipo y manufacturados (lo que más importa). Pero se dan además otros factores. En África existe una gran diversidad económica, política y cultural, con claros contrastes entre un país como Nigeria, con sus más de cien millones de habitantes, y las 21 naciones que tienen menos de cinco millones de habitantes. Un puñado de países exporta petróleo, y el resto debe importarlo totalmente; algunos tienen buenas reservas mineras, otros no cuentan con nada; algunos gozan de acceso al mar, y un buen número vive la inconveniencia de carecer de costas.

De los 39 países que las Naciones Unidas clasifican como los más pobres del mundo (con una renta que no superaba los 420 dólares anuales en 1988) 26 se hallan en el África sub-sahariana. En África no existe una relación lógica entre los cuantiosos recursos naturales y la situación de pobreza que padecen la mayoría de los países. Tampoco en los años dorados de las independencias se preveía que 40 años después el continente africano sufriera una crisis económica de características tan generalizadas. Ha decaído desde entonces la economía de exportación al heredar una estructura económica de tipo colonial en la que los sectores más dinámicos y productivos eran los de exportación. Les fue bien al principio debido a la economía mundial en expansión. Pero una mala planificación del desarrollo, una mala inversión del dinero público en los sectores de la educación, sanidad, construcción, agricultura, y en las infraestructuras económicas (carreteras, energía eléctrica etc.), y una mala industrialización llevaron a la lenta paralización de aquellas esperanzas. A partir de los años setenta África baja con rapidez; decrece en 15 países africanos

⁶ Rodolfo Casadei, en *Huellas*, (Madrid), enero 2003, p. 21.

el crecimiento de la renta *per capita*; aumenta la población, se consume más y se produce menos; empezando como es lógico por la alimentación, los beneficios de las exportaciones se concentran cada vez más en menos manos y nace una élite muy rica de africanos a costa de la miseria de miles de pobres.

En 1980 el 60 por ciento de la población africana vivía ya por debajo del umbral de la pobreza. Hoy tal cifra hay que hincharla aún más. La deuda exterior, que en 1980 era de 170.000 millones de dólares, hoy rebasa con creces los 200.000 millones, igual al 58 por ciento del PNB del continente. De esta deuda más de 140.000 millones corresponde al África sub-sahariana. Los acreedores de África son sobre todo entes públicos, gobiernos europeos y agencias internacionales como el Banco Mundial. Estas deudas son un círculo vicioso, ya que obligan a los gobiernos africanos endeudados a pedir nuevos préstamos al Fondo Monetario Internacional y a aceptar sus condiciones y programas. Esto ha comportado una limitación de los préstamos estatales, una reducción de la disponibilidad de crédito interior, una disminución del déficit estatal que suele comportar recortes de gastos en los productos de primera necesidad, la sanidad y la escuela. El problema de la deuda indica claramente que la economía internacional actúa en perjuicio de África.

Estrechamente relacionado con el problema de la deuda está el comercio. A medida que los ingresos obtenidos de las exportaciones no pueden afrontar los costes crecientes de las importaciones, los gobiernos africanos se ven obligados a solicitar préstamos. Esta grave dependencia de África de la exportación de materias primas significa que tendrá que producir y exportar cada vez más solamente para poder importar su actual consumo. Pero resulta que hoy África exporta menos que ayer. Así el volumen global de las exportaciones africanas en el mundo pasó del 3,9 por ciento en 1970 al 3,4 por ciento en 1980, y aunque en 2003 exporte más, en el contexto este aumento es relativo, con un nivel muy inferior a la media del Tercer Mundo. África se debate por lo tanto entre un problema de subsistencia o de exportación.

Guerras, conflictos y calamidades naturales han hecho saltar los sistemas agrícolas y han originado más de 5 millones de refugiados. Las epidemias han diezmando a la población humana y animal. Las vías de comunicación se han deteriorado. Se han cerrado industrias. Ha cesado la producción de muchos productos básicos. Se han puesto en marcha políticas gubernamentales inadecuadas, y ha fracasado masivamente la política agraria. Estos problemas y la importación exagerada de bienes de consumo, incluso alimentarios, han matado la iniciativa y han convertido tierras fértiles en eremos. Quien produce para exportar es ayudado con créditos, y subvenciones, quien produce para vender y consumir en el propio país tiene los días contados. Por ello África produce poco, y para mandarlo fuera en su mayor parte. La exportación constituye cada vez menos una ganancia para las naciones africanas. Sus precios reales siguen bajando en los mercados internacionales, y una vez que las compañías internacionales que controlan el comercio de las mercancías han percibido su dinero, queda bien poco para los campesinos productores.

Ya en 1981 el Banco Mundial publicaba un informe muy crítico de las políticas económicas internas de los Gobiernos africanos. El informe fue rebatido por éstos, alegando que no tenían suficientemente en cuenta la coyuntura internacional, hostil a África, exageraba la estrategia fundada en el incremento de la exportación y había poca claridad en lo referente a la prioridad que debía darse a la producción interna de alimentos. Los Gobiernos occidentales criticaban en África lo que ellos mismos habían generado. Últimamente los Gobiernos occidentales y el Banco Mundial se han comprometido a adoptar un nuevo sistema que tenga en cuenta las exigencias reales a las que nos hemos referido. Pero el nuevo orden político y económico vigente en el mundo no ayudará ciertamente a este continente a despegar de una vez. La solución de los problemas de África no reside solamente en un reformismo interior. Se necesita tomar medidas necesarias. Ya hace unos 13 años en un Informe del Instituto Católico para las Relaciones Internacionales (cfr. en *Mundo Negro*, 329 [1990], p. 37) se calificaba de cínica la pretensión occidental de que los Gobiernos africanos se embarcasen en reformas arriesgadas, mientras ellos reducían la ayuda financiera requerida para aliviar una situación monetaria paralizante. Las cosas no solamente no han cambiado, sino que se han deteriorado aún más.

8. 10 RAZONES DE UN ESTADO DE MISERIA SEGÚN RENÉ DUMONT

Existe en todo este asunto una responsabilidad internacional. Ya el conocido agrónomo francés René Dumont, autor del famoso ensayo publicado en 1962 “África negra ha empezado mal”, publicaba a finales de los años noventa otro ensayo titulado “*En favor de África, yo acuso...*” en el que analizaba las causas del subdesarrollo africano, que él sintetizaba en 10 puntos:

- el plan de fondo de Occidente de mantener a toda costa, y sacrificando lo que fuese su influencia política y económica, con el apoyo de dictaduras y el mantenimiento en estos países de una economía dominada, apta para abastecerse, asegurando mercados privilegiados;
- la unión de los intereses de los dirigentes africanos corrompidos y de sus corrompedores occidentales;
- el estilo de cooperación occidental que ha favorecido la puesta en marcha de proyectos costosos que beneficiaban sustancialmente sólo a quienes los apoyaban o financiaban, ensanchando aún más las barreras nacientes entre ricos y pobres en aquellos países;
- el apoyo de la Banca mundial (hasta el *Informe Berg* de 1981) a los cultivos de exportación, “los únicos que permiten rembolsar los préstamos” en detrimento de los cultivos de sustento local, y la degradación consecuente introducida en África;

- pobres, negándoles todo proteccionismo en el campo del desarrollo, de la salud y de la escuela;
- la fuga de una buena parte de las ayudas internacionales, que va a parar en los salarios y honorarios de los técnicos, expertos y oficinas internacionales (y en los bolsillos de los dirigentes políticos y económicos de estos jóvenes países);
- la ideologización y la abstracción de los proyectos que no tienen en cuenta en absoluto la realidad africana;
- el hecho de que una buena parte de dichos proyectos haya fracasado o ido a la quiebra arruinando la iniciativa local y sin haber cubierto las necesidades básicas de las personas *in loco*;
- la promoción y el favorecimiento de proyectos de desarrollo rural totalmente inadecuados, descuidando también el medio ambiente, favoreciendo las erosiones y la degradación del suelo y el avance del desierto;
- la política abstracta y elitista de unos pocos que han ignorado, arruinado y despreciado a la masa de los campesinos africanos, y que ha desestructurado la sociedad tradicional africana que había sabido vivir y administrar tradicionalmente el propio territorio.

9. EL ANALFABETISMO DE UN CONTINENTE

El desafío más grande para África es ella misma. Puede dar al mundo un conocimiento de ciertos valores humanos, sociales y espirituales, que son un patrimonio de la humanidad. Desgraciadamente en la homologación actual que África sufre, con su alma se van también esos valores, su rostro más bello y humano. En este aspecto necesitaría promover la escuela, pero la educación ha estado menos desarrollada en África que en otros sitios. De los mil millones de analfabetos que se calcula existen en el mundo, más de 160 millones son africanos⁷. Desgraciadamente el sistema internacional no concibe el desarrollo más que en función de la integración a la economía mundial. Se olvida, como declaraba hace años a la revista *Mundo Negro* el antiguo Secretario General de la UNESCO Amadou Mahtar M'Bow (*M.N.*, n. 329, 78), que el desarrollo debe permitir a las poblaciones no sólo mejorar sus condiciones de vida, sino también –y sobre todo– asumir la llamada de su propio destino.

En África uno de cada tres africanos está en edad escolar, mientras que en América Latina y Asia es uno de cada cinco y en Occidente es uno de cada seis. En los comienzos del Tercer milenio África cuenta con más de 200 millones de niños

⁷ Cfr. Datos sobre la educación en África, en *Mundo Negro* (Madrid), Mayo-Junio 2003, p. 108, que ofrece los datos de la UNESCO, Unión Internacional de Telecomunicaciones.

en edad escolar. Se trata de una explosión masiva de la demanda potencial de servicios educativos. Teniendo en cuenta el dato harían falta 131,8 millones de puestos escolares nuevos; ya a mediados de los años ochenta se contaban con 51,3 millones de puestos escolares en primaria y 11 millones en secundaria. En 1983 la escolarización de un niño de primaria costaba alrededor de 50 dólares anuales, y 250 dólares en secundaria. Los costes han lógicamente aumentado; por ello, conservando el mismo nivel, lo que no es así siendo mucho superior, pero a falta de datos, podemos calcular que el coste global para los dos citados ciclos no es inferior a los 4.000 millones de dólares. Es decir a 9.400 millones de dólares. ¿Se encuentra hoy y se emplea ese dinero para este fin educativo y se tiene la voluntad de hacerlo?

La crisis económica de los países africanos repercute negativamente sobre la escuela, pero sobre todo se plantea cómo educar a unos jóvenes para que sean capaces de entender su destino como hombres. El fenómeno de la urbanización masiva y salvaje influye negativamente también sobre la educación y la escuela como lugar educativo. El mundo rural se convierte en un desierto sin escuelas, y las ciudades africanas están llenas de escolarizados improductivos, diplomados en paro, y de candidatos a la delincuencia. Pero además el enjambre de guerras civiles nos está poniendo ante nuestros ojos el drama, o mejor la tragedia, de miles de niños secuestrados, drogados, envilecidos y convertidos en niños soldados, asesinos inconscientes y embrutecidos por la violencia. Los casos de Sierra Leona, Liberia, Uganda, Rwanda, Congo y otros países son ya tristemente famosos.

Ciertamente el problema de la escuela va más allá del de los números. Lo que más inquieta es su actual incapacidad formal de formar hombres integrados en la vida y amantes del propio destino, como lo demuestra el hecho que los estudiantes frustrados o a mitad de camino son en la África actual la cantera de todas las desilusiones más amargas.

10. UN JUICIO DESDE LA EXPERIENCIA CRISTIANA

¿Qué posición deberían tomar los cristianos ante esta cadena de situaciones candentes? Según datos estimativos de comienzos del Tercer Milenio⁸ de 861.505.626 millones de habitantes de África, 230.060.401 (el 26,70 por ciento) pertenecen al mundo de las religiones tradicionales; 344.639.668 (40,00 por ciento) son musulmanes; 144.167.735 (16,74 por ciento) pertenecen a las iglesias coptas no católicas, protestantes y sectas paracristianas; y 142.637.822 (16,56 por ciento) son católicos.

⁸ Sigo los datos ofrecidos por *Mundo Negro*, (Madrid), Mayo-Junio 2003. Los datos están tomados del *Anuario estadístico de la Iglesia 2000*. Las cifras de pertenencia religiosa de musulmanes, religiones tradicionales y otros cristianos son estimativas. En Egipto, Eritrea y Etiopía los cristianos no católicos son en su mayoría copto-ortodoxos.

La Iglesia católica contaba en 1990 con 408 diócesis, regidas por 376 obispos africanos (en los tiempos del Vaticano II no llegaban a los 40), con 9.208 sacerdotes seculares y 9.908 religiosos (en su casi total mayoría misioneros), 5.442 hermanos religiosos (una buena parte también misioneros), 40.613 religiosas (incluidas las misioneras) y 8.324 seminaristas de teología.

Las estadísticas católicas de comienzos del Tercer Milenio son las siguientes, siempre según el *Anuario estadístico de la Iglesia 2000*: 495 circunscripciones eclesiales; 14 cardenales (hoy, 2003, algunos han muerto y han sido nombrados otros nuevos); 601 obispos; 16.962 sacerdotes diocesanos y 10.203 religiosos (27.165 en total); 361 diáconos permanentes; 7.256 hermanos religiosos (incluidos los misioneros extranjeros); 52.583 religiosas (incluidas las misionera extranjeras); 1.222 misioneros/as seglares; 385.897 catequistas; 20.383 seminaristas mayores. Estas estadísticas son aproximativas, sobre todo en las últimas categorías⁹.

Hija de su tiempo, la Iglesia africana ha sido marcada por la evolución del continente. Inculturación, compromiso sociopolítico y diálogo con las religiones tradicionales y el Islam son palabras hoy corrientes en el diccionario de muchos misioneros. ¿Qué valor tienen? ¿Pertencen también ellas al mundo vacío de las ideologías? La Iglesia Católica ha celebrado ya un Sínodo especial consagrado a África; en África se celebran Asambleas periódicas de su Episcopado y numerosas reuniones pastorales: ¿cuál es el juicio y la propuesta que los cristianos africanos ofrecen ante el mar de problemas que hemos reseñado?

Sería demasiado simplista acusar al colonialismo de todos los males de África. Ciertamente no se puede negar la existencia de un poder político-económico que a partir sobre todo del siglo XIX ha sido cada vez más determinante en la gestión de las crisis de los pueblos. Ayer se llamaba colonialismo liberal, luego entente de Yalta o división de bloques ideológicos y económicos; hoy puede llamarse con otros nombres, pero ciertamente existe un estado de cosas complejo que está condicionando la vida de África.

Con guante blanco o con guante de hierro los diversos “poderes” que han dominado la escena del Continente se han caracterizado siempre por sus modos violentos. En sus diversas modalidades siempre se ha caracterizado por el hecho de querer excluir explícitamente al cristianismo como presencia estable y como capacidad de recrear unas relaciones nuevas entre las partes. Por principio los ideológi-

⁹ Cfr. En *Mundo Negro*, (Madrid), Mayo-Junio, 2003, p. 129. La Iglesia Católica en África cuenta con varios organismos asociativos, especialmente en cuanto se refiere a sus Conferencias Episcopales que son los siguientes: ACEAC (Asociación de Conferencias Episcopales del África Central); SEAM o SECAM (Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar); IMBISA (Reunión de los Obispos de África Austral); CERAO (Conferencias Episcopales de la Región del África Occidental Francesa); AECWA (Asociación de Conferencias Episcopales del África Occidental Anglófona); AMECEA (Asociación de los Miembros de las Conferencias Episcopales del África Oriental).

as modernas siempre negaron a la fe cristiana el acceso a la palestra pública. Al máximo se escuchan las intervenciones del Magisterio como a una voz que habla por deber de rito.

Y sin embargo es una voz profética ante la pasividad y la homologación impuesta por estos poderes. A esta voz profética se podrían aplicar las palabras que escribía Adorno en *Minima Moralia*: “*Así, cuando esperamos en la salvación, una voz nos dice que la esperanza es vana, y sin embargo es solamente ella la que nos permite respirar. Toda contemplación no hace otra cosa sino la de dibujar de nuevo pacientemente, con figuras y planteamientos siempre nuevos, las ambivalencias de la obsesión de modo que desde las figuras de la apariencia salga también a flote finalmente, sin apariencia, la salvación*”.

Los cristianos no pretenden ofrecer una estrategia fabricada ideológicamente. “*La respuesta cristiana, como decía ya Juan Pablo II a los obispos del Brasil en el verano del 90, –que es la única que puede satisfacer al hombre– no es un razonamiento, un conjunto de normas, una ideología política. Al contrario, es el testimonio de Jesucristo, aquí y ahora, en la misma realidad y novedad de hace casi dos mil años*”.

Charles Peguy escribía: “*Este mundo moderno no es solamente un mundo de mal cristianismo, esto no tendría importancia, sino que es un mundo descristianizado. El desastre es que nuestras mismas miserias no son ya más cristianas. Existía la maldad de los tiempos también cuando los romanos. Pero vino Jesús. No gastó sus años en llorar y en cuestionar la maldad de su tiempo. Fue al grano. De una manera muy sencilla. Haciendo el cristianismo. No empezó a estigmatizar, y a acusar a nadie. Salvó. No estigmatizó el mundo. Salvó al mundo*”.

11. EL PRIMER CRITERIO PARTE DESDE LA CONCRECIÓN DE LAS PERSONAS Y COSAS

Ante el cuadro africano que hemos intentado dibujar un cristiano tiene que preguntarse si bastan los criterios de la economía o de la política como respuesta a esos problemas cruciales que ven como protagonista y sujeto al hombre africano.

Nuestro mundo hoy está lleno de abstracciones. A él pertenecen el mundo de las ideologías y de las teorías. Como escribía P. Crazzolara (un misionero que vivió en África durante 67 años, conocido lingüista y antropólogo africano con el que viví durante dos años) refiriéndose al mundo de la antropología africana: “*Con frecuencia los antropólogos crean teorías, siglas y nombres, pero las teorías, las siglas y los nombres ficticios quedarán siempre como ficticios que nada tienen que ver con la realidad*”¹⁰.

¹⁰ Testimonio recogido por el que esto escribe.

La propuesta cristiana no puede tener como criterio la abstracción de las ideologías. Con frecuencia las planificaciones son las enemigas número uno de la experiencia cristiana y de sus obras concretas. El Acontecimiento cristiano no habla de ideas, sino de personas y de cosas.

12. EL PROBLEMA CRUCIAL: PAÍSES ARTIFICIALES «SIN HISTORIA COMÚN»

África tiene un corazón acogedor. Y sin embargo este corazón africano hace años que está sangrando. En sus viajes a África Juan Pablo II ha repetido repetidamente dos palabras: “Paz” y “Perdón”. África “*no tendrá paz*”, ha dicho el Papa durante su séptimo viaje misionero a África en la Burundi ensangrentada por feroces matanzas tribales, *hasta que el Evangelio no sea anunciado por doquier*”. El Evangelio genera una cultura nueva de la justicia, y con ella de la paz, como había afirmado ya Pablo VI. El perdón es la condición para salir de la “fosa de los leones” en la que los países africanos se ven encerrados.

Hay una oración a la Virgen, Madre de la Iglesia, difundida por un grupo de cristianos ugandeses y nacida durante unos momentos dramáticos de su historia, en la que se pide a María “*que la Iglesia sea una fuente de vida nueva para las naciones en África, y que Cristo done a todos los africanos el mismo gusto de vida nueva que El nos ha dado a nosotros*”. En los tiempos de oro de la trata oriental de los esclavos y en los albores del colonialismo, durante el Vaticano I (1869-70), uno de los apóstoles de África, Daniel Comboni (que será canonizado el 5 de octubre del 2003), que ya intuía los caminos tortuosos y dramáticos por los que se quería conducir a los pueblos africanos, hablaba a los Padres conciliares del imperativo de conciencia para la Iglesia de promover “*la regeneración de África en Cristo*”, y de la necesidad de crear un movimiento que comprometiese a toda la Iglesia en el proyecto de tal *regeneración*. Aquel misionero hablaba entonces de “*una nueva civilización de la caridad y del amor*” que daría un rostro más humano a una África aplastada bajo el peso de sus miedos y terrores paganos, humillada y explotada por la esclavitud, amenazada por el engañoso colonialismo que se acercaba, y lusingada por un cierto tipo de espejismo postmoderno, y hoy destrozada y triturada por múltiples conflictos tribales, de partido y de intereses económicos. La presencia de la Iglesia en África, decía él, tenía como objetivo la renovación de aquellas tierras en Cristo. África, escribía Comboni al Concilio, debía convertirse en Iglesia y brillar con todo su esplendor “*en la corona de la María*”, Madre de la nueva humanidad.

Ante todo la renovación de África tiene que comenzar por África misma, y aquí se inserta el papel de la Iglesia. Hoy África necesita pasar del África de los Estados al África de las Naciones. Todos saben muy bien que las fronteras africanas fueron trazadas por el colonialismo europeo. Estas fronteras difícilmente se

cambiarán. En primer lugar porque el status quo creado por el colonialismo de ayer forma parte del Nuevo Orden Internacional sostenido por las Potencias de hoy, continuadoras de aquel. En segundo lugar se trata también de un acuerdo sagrado tácitamente aceptado por los nuevos Estados africanos: las antiguas fronteras coloniales no se tocan, aunque dividan pueblos, naciones o tribus, o aunque unan en un mismo Estado tribus o pueblos tradicionalmente enfrentados entre sí como sucede en la mayoría de los países africanos. Estos Estados africanos son una especie de “*fosa de los leones*” donde pueblos sin lazo alguno entre ellos, incluso enemigos, deben vivir juntos, y tienden a desgarrarse mutuamente. Esto explica las continuas guerras, las luchas tribales y la imposibilidad real de enfrentarse con los problemas sociales, económicos y políticos en cada país. En África las guerrillas y los conflictos tienen generalmente un origen social cualitativamente distinto que en otros lugares del globo. Con frecuencia el elemento tribal, aunque se le barnice ideológicamente, domina lo ideológico y lo social. Desde siempre aquel factor ha sido aprovechado como instrumento de dominio por las compañías comerciales y los poderes coloniales de los distintos bloques que han dominado sucesivamente la vida africana. En los tiempos de la trata de esclavos, los negreros usaron siempre las rivalidades tribales como instrumentos para la caza de esclavos; en el siglo del colonialismo, la presencia inglesa, francesa, belga, portuguesa o alemana empezaba siempre con el apoyo de un reyezuelo en lucha contra otro, por la petición de un protectorado que se iba luego convirtiendo en colonia. El invitado por necesidad se instalaba luego como dueño. Lo mismo sucede hoy con los nuevos poderes e intereses económicos; no se tratará ya de “reyezuelos” tribales; serán grupos de poder emergente, capitanes de partidas, grupos sociales o tribales, pero el fondo es el mismo.

Es por lo tanto necesario para la salvación puramente física y moral que una solidaridad nacional surja en estos Estados. La nación se construye sobre elementos culturales como la lengua, la tradición y las costumbres, pero sobre todo sobre la voluntad de estar juntos. Esta voluntad conserva siempre un valor de fondo, mayor que todos los demás elementos. Cuando se da esto se tiene una nación aunque los contenidos culturales de sus componentes sean distintos. La Iglesia cumple con su vocación misionera en esta situación solamente si es fuente de esta solidaridad.

En la historia de la formación de las naciones europeas la identidad cristiana encarnada en los santos y en los grandes hombres y pensadores cristianos jugó un papel fundamental. Es necesario que lo mismo suceda en África. Este es el verdadero proceso de inculturación del cristianismo en las situaciones concretas del continente. Pues las propuestas políticas y económicas que hoy se ofrecen son incapaces de crear tal unidad.

Por ello la propuesta de la experiencia cristiana quiere ofrecer un método preciso para este trabajo de gestación de solidaridad. Es “*un plan para la regeneración de África con los mismos africanos*”, como ya proponía en el lejano 1864 Daniel

Comboni a toda la Iglesia. Podría parecer una pretensión desmedida. La medida de la pretensión es Jesucristo mismo como único salvador de todo lo humano (Cfr. Juan Pablo II en la *Redemptoris Missio*, cap. I). Cuando los cristianos se adhieren a esta «pretensión» absoluta de Jesucristo se genera en ellos un empuje admirable, capaz de enfrentarse, de juzgar y de generar vida en situaciones concretas de violencia y de muerte. “*Estamos dando origen a una nueva tradición por encima de nuestros viejos clanes...*”, escribía un joven catequista de la misión de Kitgum en el norte de Uganda en los momentos más violentos de la guerra civil ugandesa. Por todo ello la salvación de África empieza desde dentro, en África misma.

13. LA VOZ DEL PAPA

Juan Pablo II ha realizado numerosos viajes al continente africano y visitado más de la mitad de sus países. En sus discursos ha tocado todos los temas y se ha dirigido a todos los públicos. La misión precisa que el Papa está indicando a la Iglesia con relación a África es precisamente ésta: la de crear un puente, aparentemente imposible, entre la urgencia de sus necesidades concretas y su impotencia para cambiar el sesgo que toman las cosas. Además ha planteado el problema de África como un problema de conciencia para el mundo de la política y de las finanzas.

Recordemos algunos aspectos de su testimonio.

13.1. Ante un África absorbida por el secularismo occidental

África, a la que llamaban en los años sesenta el continente de la esperanza, parece ser hoy para muchos un caso desesperado. La tratan como a un enfermo de SIDA. Se reconoce el mal, se le dice una palabra de consuelo y se le manda a morir a casa. Esta África, envuelta y abandonada en su miseria, no es la África de la imaginación europea o la de los carteles turísticos, ni el África de las discusiones abstractas sobre la inculturación.

Algunos creen que el problema de África es fundamentalmente un problema socioeconómico. Por ello cifran su esperanza en los programas sociales de desarrollo. Lo hicieron ya los padres de las experiencias de “identidad” africana, o del «socialismo» africano como Julius Nyerere de Tanzania, un estadista católico animado con verdadero espíritu de generosa honestidad y que al final decidió por retirarse (uno de los rarísimos casos que se pueden contar en la joven historia política africana). Otros han pedido prestado al Este europeo modelos económicos y sociales que han arruinado a sus países arrastrándoles hacia la miseria y hacia guerras civiles atroces como en Mozambique, Angola o Etiopía. Los más se han dejado encantar por las sirenas del neocolonialismo y por su modernidad. Su secularismo está imponiéndose también en África casi por ósmosis y por asimilación de Occidente.

Algunos hablan de que sólo a través de la democracia se podría llegar a una solución. Hasta ahora todas estas propuestas han acabado en el fracaso.

13.2. Un nuevo principio básico en las relaciones internacionales

El Papa ha tenido esta África real delante al lanzar una angustiosa llamada a todos los Jefes de Estado del mundo, primero desde Uagadugú (Burkina Faso) durante su sexto viaje africano el 29 de enero de 1990: “*Ayudemos a África sin explotarla*”, dijo entonces. Volviendo a Roma envió una copia de tal llamada con una carta explicativa a los 120 embajadores acreditados ante la Santa Sede y a los responsables de las Grandes Potencias, pero ha seguido batiendo los tambores en el mismo sentido aprovechando todas las oportunidades que se le ofrecen.

Burkina Faso se encuentra en plena región del Sahel, “*El Gran Desierto*” que es lo que en árabe significa “*sahel*”. No tiene precedentes el drama humano y ambiental de la región del Sahel, y el del África en general, arrojada en sus tragedias, “en sus andrajos”, y abandonada por la opulencia del Norte como un caso perdido o “no interesante”. La desertificación de la zona saheliana avanza a casi 100 kilómetros por década, las guerras fratricidas y tribales cosechan anualmente millares de víctimas silenciadas, el hambre azota a muerte regiones enteras como Sudán, Etiopía o Somalia. Más de cinco millones de prófugos (de Sudán, de Uganda, de Congo, de Rwanda, de Burundi, de la República Centro Africana, de los varios países en guerra civil en África Occidental: Costa de Marfil, Sierra Leona, Liberia..., de Angola, de Mozambique); no hay país que no los tenga propios o ajenos; viven hacinados en escuálidos campos repartidos por la geografía africana. Pertenecen a mil tribus, a más de veinte países en estado de guerra civil ya crónica.

Ante este cuadro el Papa se ha mostrado siempre preocupado, como señalaba en su tiempo el cardenal francés Etchegaray presentando la primera gran llamada del Papa a los Jefes de Estado. El Papa ha puesto un principio nuevo como base de las relaciones internacionales: no el interés inmediato, sino “*una ayuda mutua gratuita, donde no se cambián solamente mercancías*”. “*La cooperación internacional debe superar la simple relación de intercambios de productos y la búsqueda de ganancias: en aquello que debe convertirse en el encuentro de pueblos antes de ser una colaboración técnica, será natural respetar, en cada grupo humano, las estructuras sociales y familiares, sus convicciones morales y espirituales. Es esta una condición indispensable para que cada cual conserve su dignidad*” (El segundo texto pertenece al discurso de Juan Pablo II a los diplomáticos acreditados en Burundi durante su viaje a Bujumbura [Burundi] el 6 de septiembre de 1990).

Ya en tiempo de los profundos cambios en el Este europeo el Pontífice subrayaba la actitud de compartir y de gratuidad en esta «política» en los que todos los Estados están llamados a dar desde su propio ser. El Papa, ha explicaba ya enton-

ces el cardenal francés, “*sabe mejor que nadie que los vientos de liberación que soplan en el Este pueden ser contagiosos en otros lugares, y que no puede existir una competición entre pobres, y que los países del frío, encerrados hasta ahora en un círculo cerrado, entrarán también ellos un día en la cadena de solidaridad con los países del sol. Ya es hora que exista un Norte alargado que incluya los países del Este y del Oeste que miren al Sur*”.

La mirada del Papa sobre África no ha excluido los otros polos sureños de la miseria, en América Latina y Asia. Las causas de la amarga realidad del creciente empobrecimiento con el que se enfrentan los pueblos africanos, en el fondo coincide con las de aquellos. Existe una triste “solidaridad de la miseria”, producida por un conjunto de factores enlazados entre sí que sólo pueden ser rotos por otra solidaridad cualitativamente diferente. Las llagas abiertas por las mordeduras del hambre o de la injusticia no son incurables. “*Lo que falta, añadía el cardenal Etchegaray, no son ni las fuentes ni los medios técnicos; es la voluntad política de rechazar un sistema en el que el superconsumo de los unos se nutre con el subdesarrollo de los otros*”.

13.3. La caridad siempre genera obras

Las llamadas del Papa no son un lamento estéril. La caridad siempre genera obras. Ya el 22 de febrero de 1984 había creado, tras una de sus visitas a la Región del Sahel, la “Fundación Juan Pablo II”, en favor de la misma. Tal fundación inició su trabajo con un capital de 200 millones de dólares, depositado al efecto en varios bancos. La sede de la Fundación se encuentra precisamente en Uagadugú, y desde 1984 ha financiado ya proyectos por un valor de varias decenas de millones de dólares. Este capital se basa en las limosnas que la gente envía al Papa constantemente con esta finalidad. Existe un Consejo de Administración que se reúne una vez al año en uno de los países del Sahel para examinar los proyectos presentados por un comité de expertos, que en sus comienzos estuvo dirigido por el senegalés Nicolás N’Diaye. Se continúan aprobando numerosos proyectos, con particular atención a los que se proponen la formación de las personas, pues como ya señalaba en sus comienzos el cardenal Etchegaray, entonces responsable del organismo vaticano “*Justitia et Pax*”: “*la estrategia de la Fundación se basa sobre la confianza en el hombre africano, considerado como principal fuente de riqueza del Sahel: resistiendo a la tentación de recurrir a medios rápidos, pero pasajeros, se empeña en un camino más lento, pero más eficaz: la formación de personas capaces de encontrar por sí mismas soluciones a sus problemas. El drama del Sahel es de tales dimensiones que las urgencias podrían absorber todas las energías, dejando al margen a sus habitantes y sin que intervengan en absoluto en esta lucha. El desafío de la formación es un desafío en favor del hombre. Es el riesgo más precioso que se corre. La misión de la Iglesia es sostenerlo con todas sus fuerzas*”. Otras iniciativas de este

estilo, y con estas dimensiones, las encontramos en España (*Manos Unidas, CESAL*), en Italia (con varios servicios cualificados de voluntariado como el *AVSI*), en Alemania, Bélgica, Francia, etc.

13.4. Líneas de fondo

A través de los discursos y de los gestos del Papa se pueden ver una serie de líneas de fondo. Ante todo para Juan Pablo II el catolicismo es el Acontecimiento siempre nuevo, capaz de “acontecer” en todas las culturas y que al mismo tiempo supera los límites espacio-temporales de cada una de ellas. En una mirada a Occidente, antiguamente cristiano, el Papa intenta disociar el catolicismo del actual occidental agnóstico y secularizado. Aunque el Occidente es lo que es porque ha existido en él el cristianismo, los dos caminos se han comenzado a disociar desde hace un par de siglos con la consolidación de la cultura del racionalismo.

Aquí radica la dificultad de que a las llamadas del Papa (recuérdese el caso de la guerra del Golfo y recientemente en el caso de Irak) les falta una ribera política mundial donde apoyarse. Lo que queda predominantemente de cristianismo político es su versión protestante-calvinista, que ha triunfado precisamente en USA, la única nación “confesadamente” cristiana que queda en el mundo. De aquí se entiende la dimensión «religiosa» que los políticos americanos suelen dar a sus guerras y a sus políticas incluidas las económicas, como en los tiempos de la guerra fría contra el comunismo, con el apoyo de las mil sectas enviadas a América Latina, y durante las últimas guerras del Golfo, de Afganistán y de Irak.

En Europa nos hallamos ya en una edad post-cristiana, donde la cultura dominante ha perdido la memoria de las raíces cristianas de Europa. En África, donde el catolicismo no supera el 15 por ciento de la población total, tal memoria cristiana nunca ha existido, e incluso la minoría cristiana corre el riesgo de ser tragada por la cultura post-cristiana neo-pagana, secularizada e híbrida de múltiples componentes, sin haber pasado a fondo, ni por una experiencia cristiana, ni por una experiencia de modernidad.

Nos encontramos ante un África que se seculariza. Su cultura antigua y resignada permitía al africano soportar la muerte. Tenía el sentido de lo trágico y de lo fatal-inevitable. Los *lwos* del África centro-oriental tienen una frase que pronuncian ante todo tipo de desgracias: “*iGum marac!*”, que podríamos traducir “¡hay que resignarse!” (el “*imala suerte!*” nuestra).

Por todo ello el problema de fondo de África no es sólo ni la falta de pluralismo o democracia, ni la mala aplicación de los sistemas sociales y económicos, ni el fracaso de los planes de desarrollo mal aplicados o mal planteados, ni siquiera la corrupción escandalosa de sus dirigentes. El punto de partida está precisamente en la creación de un sujeto nuevo.

La salvación está en el empeño de construir lugares de misericordia y una presencia capaz de transformar la vida. Más que crear análisis ininterrumpidos sobre los males de África, que ya llenan bibliotecas enteras, hay que llenar África de lugares humanos nuevos donde el africano aprenda a través de una experiencia lo que es la vida nueva, el gozo de la misma, y la libertad auténtica. ¿Pero de dónde hay que partir para construir tales lugares de humanidad nueva? Se llega así a la propuesta constante de Juan Pablo II, también en África.

13.5. Solo a partir de Cristo

“Cristo es el sólo que puede sanar las heridas del mal y del pecado, porque sólo Cristo, a través de su cruz y resurrección, puede reconciliar al hombre pecador con Dios y con los demás hombres” (Juan Pablo II en Tanzania). A los obispos tanzanos les dijo que la verdad se comunicaba de experiencia en experiencia, y citó el lema del cardenal Newman: *“Cor ad cor loquitur”* (“El corazón habla al corazón”). *“La misión, había dicho en otra ocasión durante aquel viaje, está trazada, determinada para siempre por la persona de Jesucristo, hijo de Dios... Apóstol, príncipe de los apóstoles, ha fundado su Iglesia sobre los apóstoles. Esto es para nosotros y será siempre el fundamento constitutivo...”*.

La historia no ha acabado, como afirmaba en estos últimos años el liberal nipón-americano Fukuyama. Va adelante, impregnada por la gracia. Lo que quiere decir, aplicado a África, que la verdadera lucha no es la política o la social, ni siquiera la victoria de la democracia o la implantación de este o aquel sistema económico o de desarrollo. La lucha de África es otra, contra otras fuerzas, y no sólo políticas. Se trata de una lucha por el Reino de Dios en la que entran en liza fuerzas mundanas y extra-mundanas, como escribe san Pablo a los Efesios (1, 2 y 6, 10-20).

13.6. Gracia, fe e “inculturación”

Pero África no puede encontrar en sí sola la fuerza de resistir a los males que la cercan desde fuera o que la minan desde dentro. La salvación según la fe cristiana llega siempre desde un Otro más grande que el hombre. Lo dijo el Papa en Moshi durante su viaje en Tanzania: *“Este es un solemne himno de acción de gracias por el don de la salvación que nos llega de Dios a través de Jesucristo. La Buena Noticia ha llegado a esta región de Tanzania, démosle gracias. La salvación es obra del amor de Dios”*. Y luego añadió haciéndose eco por enésima vez de las palabras de Pablo VI en Kamapala en julio de 1969 a todos los obispos de África con el ya histórico *“Ahora os toca a vosotros africanos ser misioneros de vosotros mismos”*: *“Vivid, dijo Juan Pablo II, una fe profundamente cristiana en la cotidianidad y de manera auténticamente africana”*.

La fe tiene que convertirse en cultura. Este milagro sucederá a través de la adhesión a una experiencia de misericordia y de perdón. La única posibilidad de construir algo nuevo, nos cuenta la plurisecular experiencia de la Iglesia, sólo puede provenir del perdón. Es la única arma para combatir el odio que domina a más de media África. Las palabras de Juan Pablo II en Burundi, apenas todavía víctima de una espiral de violencia tribal genocida entre sus hijos, pueden aplicarse a toda África. *“Paz, la paz de Cristo esté con vosotros. Pienso en las pruebas que han señalado a vuestro pueblo, que le han arrastrado a conflictos que han lacerado las comunidades y herido a demasiadas familias. Ahora el camino de la reconciliación y de la concordia se ha abierto ante vosotros. ¡Aligerad el paso, que nadie dude en alcanzar el sendero de la fraternidad para que estas colinas no vean ya jamás la repetición de la violencia!”*.

Pero esta reconciliación que el Papa pide no pide olvidarse del pasado. *“Hay que mirarlo con realismo”*. Pero esa mirada, para que no genere un nuevo odio, tiene que nacer *“del amor presente de Cristo”*. Sin esta mirada el África se desintegrará.

Estos son los presupuestos señalados por el Papa para la construcción de la *“civilización del amor”* de la que tanto habla. En Yamoussoukro, en Costa de Marfil, el 10 de septiembre de 1990, indicaba donde está la verdadera esperanza para el resurgimiento de África. Tomó la imagen de la basílica mastodóntica y polémica que estaba bendiciendo. Las culturas, los proyectos, y las mismas iglesias materiales son solamente signos, a veces lejanos de la realidad. *“Los materiales de los templos construidos por las manos de los hombres, sea cual sea su valor, están sometidos a las leyes del tiempo, pueden ser destruidos. Sólo el santuario fundado sobre Jesucristo para el culto en el Espíritu y en la Verdad es indestructible. Porque su promesa es cierta: ‘Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’”*. Con otras palabras, el Papa señalaba cual era el sujeto del desarrollo en África y el método prioritario.

Respetando aquellos puntos de partida nacen las soluciones políticas y económicas técnicas, globales y concretas. Con África no basta, ni la tregua, ni la entente tácita de todos. La crisis actual de África no se resuelve con remiendos en cada brote de violencia o en cada punto de crisis que existe, sino en el ofrecimiento de una solidaridad gratuita por parte de los hermanos del Norte, especialmente por parte de Europa que tiene vínculos históricos con África que no puede olvidar y deudas que tiene que pagar. Alrededor de un gran proyecto e interés común podrían ir resolviéndose las distintas crisis que ensangrientan y empobrecen actualmente a África. Debería ayudar en el fomento de toda una génesis de obras de solidaridad que ayude en el seno de la misma África a la creación de un nuevo sujeto, artífice y protagonista de su destino histórico, creador de historia.

Es necesario por ello desarrollar un nuevo tipo de relaciones entre dos penínsulas tan cercanas, la europea y la africana. En este proceso el Acontecimiento cristiano, que la Iglesia de Jesucristo proclama, tiene algo esencial que decir.

TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS EN EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **José Vicente CONEJERO GALLEGO**

Obispo de Formosa. Argentina

SALUDO

Anunciar decididamente, como los Apóstoles, que “Jesús es el Señor” y que “no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación” (Hech 4,12), en el Continente Americano –como en cualquier otro lugar del mundo– es imposible sin la fuerza y el impulso del Espíritu Santo (cf 1Cor 12,3).

Invoquen conmigo al Espíritu de Dios, “el Espíritu de la Verdad” (Jn 16,13), para que *nos introduzca en toda la verdad*; ponga en mis labios sus palabras, abra nuestro entendimiento y fortalezca nuestro espíritu misionero.

Realizo esta comunicación a la luz de tres grandes misterios cristianos: el trinitario, el pascual y el eucarístico.

I. EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO

“Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado” (Mt 28,19-20). .

Dar a conocer y hacer presente entre los hombres, el designio trinitario del amor misericordioso del Padre, la entrega generosa de su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, y la paz del perdón de los pecados por la acción del Espíritu Santo, en medio de los pueblos, razas y culturas de los inmensos territorios de América, es una acción que sólo puede llevarse a cabo con la *“confianza que brota de la fe, o sea, de la certeza de que no somos nosotros los protagonistas de la misión, sino Jesucristo y su Espíritu”* (RM 36).

El Concilio Vaticano II para presentar a los hombres el misterio de la Iglesia, su naturaleza y su misión universal, comienza por el misterio de la Santísima Trinidad, “*el misterio central de la fe y de la vida cristiana*”(CEC 234; cf LG 2-4; AG 2-4).

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el “designio benevolente” (Ef 1,9) que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, “predestinándonos a la adopción filial en él”(Ef 4,1-5), es decir, a “reproducir la imagen de su Hijo” (Rm 8,29), gracias al “Espíritu de adopción filial” (Rm 8,15). Este designio es una “gracia dada antes de todos los siglos” (2Tm 1,9-10), nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la creación, en toda la historia de la salvación después de la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu Santo, cuya prolongación es la misión de la Iglesia (cf AG 2-9)” (CEC 257).

Es en el misterio Trinitario, fuente, modelo y meta de la comunión y de la misión de la Iglesia, donde podremos inspirarnos para mirar, interpretar y realizar nuestra acción evangelizadora. De este manantial brotan y se fundamentan: la dignidad de las personas como hijos de Dios Padre, la igualdad de todos los hombres, hermanos en Jesucristo y la comunión vivificadora del Espíritu Santo.

1.1 La dignidad de los hijos de Dios. Un gran desafío de la Iglesia en América, ya sea en su acción misionera “ad gentes”, en su atención pastoral, como en la nueva evangelización, es la tarea de la dignificación de las personas. Aún hoy, sigue vigente el clamor por la justicia, que tanto la Conferencia de Medellín como de Puebla, 1968 y 1979 respectivamente, manifestaban:

“Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos” (Puebla 87).

Hoy como ayer, los rostros concretos de niños, jóvenes, indígenas, campesinos, obreros, desempleados, marginados, excluidos, ancianos, golpeados por la creciente pobreza, “son rasgos sufrientes de Cristo y continúan interpelándonos (cf Puebla 31-39).

“Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, imagen y semejanza del Creador y a sus derechos inalienables como hijos de Dios” (Puebla 40).

Juan Pablo II, en Santo Domingo, el 12 de Octubre de 1984, al dar inicio a la Novena de Años del Vº Centenario de la Evangelización en el Continente, señalaba con claridad objetivos bien precisos para alcanzar la civilización del amor:

“Hacia la civilización del amor. El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización, nos convoca pues a una nueva evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor –como la de los orígenes– una potencial santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza”(Juan Pablo II. *Discurso a los Obispos del CELAM. 12 de Octubre de 1984. III. 4*).

1.2 La igualdad de hermanos en Jesucristo. Si hay en el Continente una realidad que salta a la vista, es la inicua y gravísima desigualdad entre las personas, que en estos últimos años en lugar de ir mermando se ha ido, lamentablemente, agrandando y profundizando. Afirmamos los Obispos argentinos en nuestro último Documento “Navega mar adentro”:

“Se ha hecho presente en nuestra patria, la destructiva gravedad de los pecados sociales que claman al cielo... el aumento de la brecha que se abre entre unos pocos privilegiados con grandes posibilidades y la marginación de multitudes excluidas hasta de los mínimos recursos para llevar una vida digna. Lo que antes era pobreza ahora es miseria.”(NMA 36).

Pensemos que el 10% más rico de la ciudad de Buenos Aires gana hoy 195 veces más que el 10% más pobre. (Fuente: Consultora Equis, sobre datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos –Indec–. La Nación, Bs As. Lunes 28 de Julio de 2003. Sección Economía, pág. 1).

Estas desigualdades, en países constituidos mayoritariamente por bautizados, son escandalosas. Reconocemos que la labor evangelizadora y educativa de la Iglesia “no ha logrado que los valores evangélicos se traduzcan en compromisos cotidianos” (NMA 38). Jesucristo al hacernos participar de su filiación divina nos ha hecho hermanos, para vivir en la igualdad de la fraternidad.

1.3. La comunión vivificadora del Espíritu. Frente a la corrupción persistente y la injusticia institucionalizada; frente a las divisiones y fracturas de grupos y sectores, provocadas por regímenes totalitarios de un ayer, aún reciente, y por el actual sistema neoliberal que, con su salvaje perversidad y descarada legalidad, genera millones de miserables y excluidos en nuestros pueblos; frente al individualismo paralizante, se hacen más que nunca necesarias la justicia, la búsqueda constante del bien común, el diálogo entre los diversos sectores... a fin de generar y promover una mayor comunión entre nosotros. Claro está que esta unidad y comunión sólo son posibles por la acción del Espíritu Santo.

Hoy hemos tomado mayor conciencia del contenido fundamental de nuestro mensaje evangelizador:

“Lo que siempre hemos de destacar cuando anunciamos el Evangelio: JESUCRISTO RESUCITADO NOS DA EL ESPÍRITU SANTO Y NOS LLEVA AL PADRE.

LA TRINIDAD ES EL FUNDAMENTO MÁS PROFUNDO DE LA DIGNIDAD DE CADA PERSONA HUMANA Y DE LA COMUNIÓN FRATERNA.” (NMA 50).

II. A LA LUZ DEL MISTERIO PASCUAL

“Así estaba escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto”(Lc 24,46-48).

La acción evangelizadora de la Iglesia lleva siempre la marca de Jesús crucificado y resucitado. Si él, siendo inocente, para alcanzar la perfección “aprendió por medio de sus propios sufrimientos a obedecer la voluntad del Padre” (cf Heb 2,10), cuánto más nosotros, pobres pecadores, hemos de aceptar el camino del sufrimiento. “Cristo padeció por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas” (1Pe 2,21), hasta alcanzar un día en Él, la gloria de la resurrección.

2.1 Padecimientos bajo los poderes del mal. Ante la actual crisis de civilización, así describimos los Obispos Argentinos la situación en la que se encuentran el mundo y la Iglesia:

“Al comenzar el nuevo milenio, la humanidad entera se encuentra sumergida en grandes dificultades: la alarmante extensión de la pobreza y la escandalosa concentración de la riqueza, la corrupción de las clases dirigentes, los conflictos armados de insospechables consecuencias, los nuevos fundamentalismos, las formas inimaginables de terrorismo y la crisis de las relaciones internacionales. Son evidentes las contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace, el relativismo, el menosprecio de la vida, de la paz, de la justicia, de algunos derechos humanos fundamentales, de la preservación de la naturaleza, que desafían a todos por igual y exigen respuestas comunes. Estos problemas también inciden de manera acuciante en nuestra patria” (NMA 22).

Ante este panorama de la presencia del misterio de inequidad, nos vienen a mente aquellas palabras del Apóstol: “nuestra lucha no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio” (Ef 6,12).

Ya el Papa Juan Pablo II, en su encíclica “*Sollicitudo rei socialis*” (30 diciembre 1987), realizaba una lectura teológica de los problemas modernos (nn. 35-40), y para analizar y diagnosticar en profundidad la situación del mundo, creía necesario introducir categorías de orden ético, si es que de veras queremos llegar hasta las raíces últimas que nos aquejan (n. 36).

2.2 Miserias y sufrimientos a redimir. Hay también otra clase de males personales y familiares, domésticos podríamos denominarlos, que también están llamados a ser redimidos y purificados, y que ocasionan mucho dolor y destrucción en las familias. El consumo de drogas y el alcoholismo, los juegos de azar, la infidelidad matrimonial, la agresión y la violencia familiar, el permisivismo y la frivolidad, promovidos por muchos medios de comunicación social, la falta de honestidad y del cumplimiento a la palabra dada, el facilismo y la poca cultura del trabajo, etc.

Todas estas, y muchas más, expresiones y comportamientos del “hombre viejo” que hay que hacer morir en nosotros para “pasar de la muerte a la Vida”. Realizar en nosotros el misterio pascual de Cristo consiste en identificarnos con El, “haciendo morir en nosotros al pecado y vivir para Dios en Cristo Jesús” (Rom 6,11). Cuán lejos estamos aún, en el proceso evangelizador, de aplicar en la vida concreta el doble aspecto del misterio pascual realizado por Cristo: la liberación del pecado, por su muerte, y el acceso a la nueva vida de la gracia, por su Resurrección (cf CEC 654).

El envío misionero de Jesús Resucitado a los Apóstoles, está íntimamente ligado a la recepción del Espíritu Santo, para el perdón de los pecados (Jn 20, 21-23). Jesús es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

2.3 Dones y esperanzas que vislumbran la Vida Nueva. Mas no todo es negativo. A Dios gracias, son también muchos los dones y signos de esperanza, de los hombres y mujeres, especialmente de muchos jóvenes, de estos pueblos del Continente Americano, que ya presagian la gloria de nuestra resurrección, y que, también, pueden ser ofrecidos, humildemente, a la Iglesia universal y a la humanidad.

Además de los valores presentes en las culturas de los pueblos indígenas como “semillas del Verbo”, podemos apreciar, en general:

- El sentido religioso de la vida y su capacidad de contemplar los misterios de Dios; la predisposición de acogida en el corazón a la Palabra de Dios y la sabiduría propia de los pobres, a ejemplo de la Virgen María, cuya devoción a ella “pertenece a la íntima *identidad propia de estos pueblos*”, como lo señaló Juan Pablo II (cf Puebla 283). La amistad y el sentido de fiesta. La fe y la esperanza vividas en comunidad. Los pobres, que constantemente interpelan a la Iglesia, son un potencial evangelizador (cf Puebla 1147).
- Por lo que concierne a la caridad, *“afloran de modo espontáneo, particularmente desde los sectores más pobres, muchas expresiones de solidaridad, con raíces humanitarias y evangélicas, las que con un voluntariado audaz y sacrificado van extendiendo redes solidarias, verdaderos puentes de ayuda y cercanía entre los que pueden y se conmueven, y los que necesitan y agradecen”* (NMA 39).

Cristo, crucificado y resucitado, que quita el pecado del mundo y da la nueva vida, se va haciendo presente en medio del pueblo, sobre todo, por medio del sacramento de la Eucaristía.

III. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN Y DE LA MISIÓN

“Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, diciendo:”Beban todos de ella, porque esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados” (Mt 26,27-28)

La Eucaristía, “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (LG 11), condensa y resume nuestra fe cristiana. Ahora, nos acercamos a ella, como al misterio que significa y realiza la *comunión*, con Cristo y los hermanos, y la *misión*, el envío para que se cumpla la voluntad de Dios en la vida de los hombres (cf CEC 1331-1332).

3.1 De la dispersión y la división a la unidad. Cristo vino al mundo *“para congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos”* (Jn 11,52) y oró al Padre insistentemente por la unidad: *“Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”* (Jn 17,21). Más aún, ofreció su vida por la unidad del género humano, *“restableciendo la paz, reconciliándonos con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona”* (Ef 2,16).

La disgregación, promovida por el individualismo que dispersa y divide, “que daña y destruye los vínculos entre las personas y grupos, hasta afectar las relaciones sociales e institucionales” (NMA 47), no sólo está instalada en la sociedad civil en general, sino que lamentablemente aparece, con cierta frecuencia, en el seno de nuestras mismas comunidades cristianas, mermando eficacia a la acción evangelizadora.

La celebración de la Eucaristía fortalece la unidad del Cuerpo místico de Cristo. Ella hace la Iglesia. Y al unirnos a Cristo, con su Palabra, con su Cuerpo y con su Sangre, por la fuerza de su Espíritu, constructor de la unidad, nos unimos más estrechamente entre nosotros (cf CEC 1397). Así lo expresamos en la liturgia eucarística:

“Mira con amor, Padre de bondad, a quienes llamas a unirse a ti, y concédeles que, participando del único sacrificio de Cristo, formen, por la fuerza del Espíritu Santo, un solo cuerpo, en el que no haya ninguna división”.

(Plegaria Eucarística sobre la Reconciliación I)

3.2 La misión de la Iglesia al servicio de la solidaridad y la fraternidad universales. La Iglesia no vive para sí misma, sino para Aquel que entregó su vida para instaurar la solidaridad y la fraternidad entre los hombres. De este modo, la misión de la Iglesia no es otra, sino la de su Fundador.

Qué bien lo expresa la conclusión de la *Gaudium et Spes* cuando se compromete a establecer el diálogo con todos los hombres, sin excluir a ninguno, porque “to-

dos estamos llamados a ser hermanos”. El diálogo debe promoverse en el seno de la Iglesia Católica, con los demás cristianos, con los creyentes, con los que no reconocen a Dios y cultivan los valores humanos, incluso, con los que se oponen y persiguen a la propia Iglesia. Ella, “*en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero*” (GS 92).

La Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América, con motivo del Año Santo Jubilar, celebrada en el Vaticano en 1997, con su posterior Exhortación Apostólica Potsinodal “*Ecclesia in America*” con el tema, “*Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*” y la invitación a una comunión más intensa entre las Iglesias particulares del Continente, (cf EinA 37), están promoviendo la comunión y la unidad de todos en el Señor.

Esta tarea de “ser y vivir para los demás”, contribuyendo a crear un mundo más fraterno y solidario, se refuerza y fortifica con la nueva “espiritualidad de comunión”, tan diafanamente expresada en la *Novo Millenium Ineunte* y que progresivamente se va implementando en nuestras Iglesias de América. Es la fuerza y creatividad del amor del Espíritu Santo en nosotros: “*A partir de la comunión dentro de la Iglesia, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo, que incluya a todos los excluidos*” (NMA 88).

Cada celebración Eucarística recrea y realiza la comunión con Dios y con los hombres entre sí, y nos lanza e impulsa a la misión universal.

3.3 Del encuentro con Jesucristo vivo al Banquete de las Bodas del Cordero.

La Iglesia en América, que centra su atención pastoral y su acción evangelizadora en Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, de quien debe hablar cada vez más (cf. EinA 67), sabe que “la Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo y el centro vivo permanente en torno al cual se congrega toda la comunidad eclesial” (ibíd. 35). Pero la escasez de sacerdotes plantea serios problemas para que los fieles participen asiduamente en la Eucaristía, lo que reclama una urgencia y prioridad mayor de fomentar las vocaciones sacerdotales.

El Encuentro con Jesucristo vivo debe llevar a cada cristiano y a las comunidades eclesiales a la maduración de la fe, para que ésta sea profesada, celebrada y vivida. En el itinerario integral y, a la vez gradual, de la santidad personal y comunitaria, vocación a la que estamos llamados, es importante “reconocer el potencial misionero de todo el pueblo bautizado como protagonista, no sólo destinatario, de la Nueva Evangelización” (NMA 76).

La Comunión y la Misión, dimensiones esenciales del misterio de la Iglesia, en las que todos debemos participar, se renuevan y vigorizan en el Sacramento de la

Eucaristía. *“Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen” (EE 60).*

Bueno será también tener siempre en cuenta que la Iglesia peregrinante:

- *“No alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas... y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente, en espera de la manifestación de los hijos de Dios (Rom 8, 19-22)” (LG 48).*
- Mantiene una viva unión, en una misma caridad, con la Iglesia celestial, los difuntos y los bienaventurados, quienes contribuyen a dilatar su edificación y a remediar nuestra debilidad (cf LG 49).
- Que celebrando el sacrificio eucarístico, es como más excelentemente nos unimos a la Iglesia celestial, *“entrando en comunión y venerando la memoria, primeramente de la gloriosa siempre Virgen María, mas también del bienaventurado José, de los bienaventurados Apóstoles, de los mártires y de todos los santos” (LG 50).*
- Recuerde a sus hijos, que ellos no tienen una morada permanente en este mundo, que al promover la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres, en especial entre los más pobres y desgraciados, no se conforme con las cosas de este mundo, ni que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno (cf Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*).

Entonces, los hijos de Dios, constituidos en una sola familia en Cristo, por la gracia del Espíritu, se alegrarán y regocijarán, porque *“han sido invitados al banquete de bodas del Cordero” (Ap 19,9).*

CONCLUSIÓN

¿Qué decir a todo esto? Que estamos aquí, en Burgos, convocados por el Espíritu Santo y reunidos en el nombre de Jesús, con el beneplácito del Padre. Los Tres están en medio de nosotros.

Bien sabemos que un día el Maestro nos llamó y nos dijo como a los apóstoles, *“Siganme, y yo los haré pescadores de hombres” (Mc 1,17)*, y después de estar con El y permanecer a su lado, ahora nos dice: *“Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes” (Jn 20,21).*

“ES LA HORA DE LA MISIÓN”

La “misión” siempre es verdadera, oportuna y eficaz, cuando se realiza desde el encuentro vivo con Jesucristo y en comunión con los hermanos. Como Él fue enviado por el Padre al mundo y ungido por el Espíritu Santo; también nosotros, sus discípulos, somos enviados por Él y su Iglesia a todos los pueblos de la tierra, con la fuerza del mismo Espíritu.

Hoy, el Continente de América es destinatario de la misión “ad gentes”, pues, son muchos los ambientes de la sociedad americana donde Cristo aún es desconocido; pero más aún, todavía, la Iglesia en América está llamada a ser, con mayor fuerza, sujeto y agente de la misión *ad gentes*, dentro y fuera de sus fronteras continentales (cf EinA 74).

Mi humilde “comunicación” no ha pretendido sino espigar una serie de textos bíblicos y del Magisterio, desde el contexto del Continente de la Esperanza, América, tratando de responder al “*porqué*, al *cómo* y al *para qué*” de la Misión Evangelizadora, a la luz de los misterios Trinitario, Pascual y Eucarístico.

LA MISIÓN:

- *Porque Dios, Uno y Trino, origen, camino y fin, es amor y “quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,4).*
- *Como Cristo, crucificado y resucitado, la realizó: “amando hasta dar la vida”; caminando “por su mismo sendero; es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección” (AG 5).*
- *Para que, perdonados nuestros pecados y hechos partícipes de la naturaleza divina, tengamos felicidad y vida en abundancia, la Vida Eterna.*

No nos rompamos más la cabeza que, como afirma nuestra Santa Teresa, “... *no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced*” (Moradas IV, 1,7).

Finalizo con una estrofa de un himno de la Liturgia de las Horas :

“Que fielmente cumplamos en tu Iglesia
nuestra parte en tu obra salvadora,
y, al llegar a la tarde de la vida,
en gozo eterno el Padre nos acoja”.

Santa María, Madre y Servidora de la Misión Evangelizadora, ruega por nosotros. Gracias.

LA CULTURA, ÁMBITO DE LA MISIÓN AD GENTES

Ilmo. Sr. D. Eloy BUENO DE LA FUENTE
Decano de la Facultad de Teología. Burgos

Hablar de la cultura como ámbito de la misión *ad gentes* es una idea que empieza a abrirse camino en los ambientes misioneros, misionológicos y eclesiales, pero que debe ser asumido y pensado en toda su radicalidad a fin de que vaya penetrando en el conjunto del pueblo cristiano. Pues en ello –hay que afirmarlo sin matizaciones ni edulcoraciones– está en juego el futuro de la misión y el futuro mismo de la Iglesia y del cristianismo. Evidentemente ello no significa la relativización de las iniciativas o esfuerzos que se vienen realizando. Pero exige situarlos en un contexto nuevo, desde unos presupuestos más amplios y realistas, de modo que sea posible afrontar la nueva etapa de la misión.

1. DELIMITACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA

El tema de la cultura en la reflexión misionológica es susceptible de ser afrontado desde distintos ángulos de vista y desde niveles diversos. Todos ellos son válidos y legítimos, más aún, necesarios e irrenunciables. Interesa sin embargo desde un principio situar la perspectiva que nos parece más adecuada y urgente, pues es la que mejor responde a las necesidades del presente y la que mejor refleja a la realidad de los hechos (por ello, desde nuestro punto de vista, es el que a largo plazo más intensamente repercutirá en la teoría y en la praxis de la misión universal de la Iglesia).

Por un lado forma parte de la acción misionera de la Iglesia la tarea de la inculturación de la fe en las diversas culturas en las que nace y se consolida una comunidad cristiana. De un modo u otro es una preocupación y una dimensión que ha acompañado siempre a la expansión del cristianismo. Ha habido ciertamente

ocasiones y circunstancias en las que este aspecto no ha sido tenido en cuenta, e incluso no han faltado casos en los que se ha desatendido de modo tan palpable que ha podido ser considerado por Juan Pablo II como uno de los motivos por los que la Iglesia tiene que pedir perdón (cf. *Tertio Millennio adveniente* 35). Pero sería injusto no reconocer que la acción de los misioneros ha avanzado gracias a su profunda inserción en los modos de vida de los destinatarios de la evangelización. La ambigüedad de la historia ha sido superada, de modo especial a lo largo del siglo XX, por una progresiva toma de conciencia de la necesidad de la inculturación, pues de este modo no sólo se respeta el valor positivo de las diversas culturas sino que además permitirá expresar de modo patente la catolicidad de la Iglesia. Esta preocupación se ha hecho más consciente en los intentos o proyectos de defender en la actualidad las culturas amenazadas de grupos étnicos aislados o minoritarios.

No podemos detenernos en este punto porque constituye un valor sincera y ampliamente asumido, que debe ser mantenido y conservado de cara al futuro. Lo que pretendemos es mostrar que esa perspectiva ha quedado desbordada por una problemática más radical y más amplia, cuya novedad debe ser puesta de relieve respecto a este nivel que estamos comentando. *Christifideles Laici* 44 (apelando a *Gaudium et Spes* 53) presenta la cultura como uno de los campos privilegiados de la acción evangelizadora de los laicos. Y a este respecto presenta la cultura como “el bien común de cada pueblo, la expresión de su dignidad, libertad y creatividad, el testimonio de su camino histórico” y recuerda que sólo por medio de la cultura la fe cristiana se hace histórica y creadora de cultura.

Esta tarea es fundamental e irrenunciable, como hemos dicho, pero ello no debe hacer olvidar el hecho de que está surgiendo (o, más precisamente, avanzando e imponiéndose) una cultura con pretensiones de universalidad tales que dejan en la penumbra la particularidad de las diversas culturas. Para que se vea de modo más claro lo que pretendemos decir y la novedad que tratamos de destacar basta mencionar un presupuesto que, a nuestro juicio, se encuentra en los planteamientos indicados: hay que inculturar la fe en otras culturas, desde la convicción (no expresada pero activa de modo implícito) según la cual la fe se encuentra ya inserta en una cultura determinada (la occidental, de tradición greco-romana); con ésta existen dificultades en la actualidad, sobre todo cuando ha adquirido la figura de la modernidad, pero respecto a ella hay que realizar asimismo un esfuerzo de inculturación equiparable al que se realiza (o se ha venido realizando) con otras culturas no occidentales (si bien desde la certeza de un parentesco que no se podría romper). La hipótesis de la que arrancamos y que pretendemos presentar como tema de reflexión y de discusión es que ese razonamiento no es válido debido a que ha quedado superado por la evolución de las circunstancias.

La observación que acabamos de hacer nos permite adentrarnos en el segundo de los niveles que hemos de mencionar. Dada la necesidad de realizar un diálogo

eficaz y fecundo con la cultura, que en tantas ocasiones se convierte en un espacio descristianizado, hay que prestar una atención especial a los laicos que trabajan en el ámbito de la cultura. Hay algunos campos de la actual realidad cultural que son especialmente significativos por su repercusión y que por ello deben ser considerados como espacios para una acción evangelizadora renovada y creativa. En consecuencia hay que estimular y acompañar a quienes trabajan en situaciones carentes prácticamente de presencia eclesial.

Este nivel debe ser tenido de modo especial en nuestra actual situación histórica, y por ello volveremos a mencionarlo al final de nuestra exposición. No obstante debe ser contemplado desde una perspectiva más amplia. Sería insuficiente ese modo de entender el diálogo fe-cultura, desde nuestra hipótesis, en la medida en que se viera tan sólo como un caso especial dentro de la evangelización de las culturas. Debe tenerse en cuenta sobre todo la configuración de una nueva cultura que se afirma al margen de la inspiración cristiana, que tiene pretensiones universales, y que por ello no sólo exige la presencia de laicos evangelizadores sino que sitúa a las comunidades cristianas en un estado de misión, en el sentido que iremos desarrollando. Desde una nueva conciencia de “estado de misión” es desde donde se podrá responder a la situación misionera que plantea la cultura actual.

De este modo llegamos al tercer nivel, en el que se mueve nuestra hipótesis. La cultura actual no es un sector ni un areópago, es el horizonte y el marco: no es un sector parcial que deba ser evangelizado, es la universalidad que impregna y penetra la inteligencia y la sensibilidad de los hombres y mujeres del siglo XXI. Constituye por ello el areópago en el que se ha de desarrollar toda la misión de la Iglesia.

Esa cultura a la que nos referimos es como el sol que todo lo ilumina y lo envuelve, respecto al cual se sitúan y se posicionan la diversidad de las culturas parciales y concretas. Ciertamente toda cultura dominante crea márgenes y exclusiones, incluso opositores y contradictores. Los marginados, sin embargo, quedan definidos como tales respecto a la cultura dominante. Quienes se oponen a ella, en gran medida se definen igualmente como alternativa polémica. Más aún: es la misma cultura dominante la que establece y crea las condiciones y la infraestructura para que las culturas particulares alcancen eco y repercusión. Esta implicación dialéctica se constata desde experiencias más concretas y cotidianas: la presencia de una coca-cola y de unos vaqueros, la introducción del ordenador o del teléfono móvil, la repercusión de una competición deportiva o de una canción de moda no pueden ser considerados como elementos aislados o aislables, sino que funcionan de hecho como nudos de una red con tentáculos múltiples, como ondas que se expanden de modo invisible y que de algún modo envuelven y conectan a las particularidades marginales o contradictoras.

De este modo comprendemos el sentido de lo que puede ser una cultura con pretensiones de universalidad y de catolicidad, respecto a la cual hay que entender y plantear la misión de la Iglesia de cara al futuro. Si la cultura fuera algo simple-

mente importante pero parcial o sectorial, habría que atender pastoralmente a quienes experimenten sus efectos o, además, habría que formar especialmente a quienes se comprometen con tareas de evangelización de la cultura. Si la cultura, de modo más radical, aspira a configurar de modo global un tipo de hombre y de sociedad a nivel planetario, entonces es el modo mismo de la presencia de la Iglesia la que debe ser comprendida desde su raíz como “misión *ad gentes*”. Esta es la perspectiva que deseamos desplegar para captar sus desafíos y sus implicaciones.

2. LA TOMA DE CONCIENCIA ECLESIAL

Paulatinamente esta nueva situación va siendo integrada en las reflexiones y en los proyectos pastorales de las diversas iglesias. Las iglesias latinoamericanas vienen hablando de modo repetido de la “cultura emergente” o de las “macrotendencias culturales” que introducen una problemática nueva y más amplia respecto al modo de entender la inculturación en diversos contextos étnicos y sociales. En la misma Europa, a pesar de un mayor contacto con la modernidad, se toma conciencia de la novedad de la situación. Un ejemplo claro lo ofrece el *Convegno ecclesiale* realizado en Italia en noviembre de 1995 bajo el título “El evangelio de la caridad para una nueva sociedad en Italia”. La nota pastoral publicada por la Conferencia Episcopal Italiana el año siguiente a raíz del Congreso afirma claramente que “ha llegado el tiempo de un nuevo encuentro entre la fe y la cultura” (n. 9). La “novedad” había sido expresada de un modo más directo en la jornada conclusiva del Congreso por parte de uno de los cinco ámbitos que habían centrado las reflexiones, precisamente el referido a “Cultura y comunicación social”. La primera de sus proposiciones afirmaba “Para el encuentro entre evangelio y cultura hoy ‘es tiempo de misión’”. La cuestión que se plantea en un Congreso de Misiones es precisamente el sentido exacto que hay que dar a las características de esa misión: ¿qué tiene que ver, y hasta qué punto puede ser equiparada, con la “misión *ad gentes*”?

Más allá de las instancias locales, de los Romanos Pontífices han procedido los estímulos más significativos y sugerentes. Dado el carácter universal de su ministerio pastoral deben ser tenidos especialmente en cuenta. No podemos detenernos en un seguimiento exacto de sus intervenciones, pero resulta necesario e iluminador recoger sus tomas de postura más relevantes, que han tenido lugar –es importante subrayarlo– en documentos de carácter estrictamente misionero. Por eso queda justificada la afirmación de que, tanto en el caso de Pablo VI como en el de Juan Pablo II, sus documentos de carácter misionero constituyen las cimas de sus magisterios.

En 1975 publicó Pablo VI la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, como resultado de las deliberaciones del sínodo de los obispos de 1974 dedicado a la evangelización en el mundo contemporáneo. En el capítulo segundo, dedicado al

tema “¿Qué es evangelizar?”, tras señalar la complejidad de la acción evangelizadora precisamente porque aspira a renovar desde dentro a la misma humanidad, introduce una de las afirmaciones más repetidas del documento y de todo el magisterio del Papa: “La ruptura entre evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo” (n. 20). En el n. 19 introduce por ello una apertura en la acción evangelizadora que apunta más allá de una comprensión estrictamente geográfica: “Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y de transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”.

Esta ampliación de la evangelización más allá de los ámbitos estrictamente geográficos (como era habitual en las conceptualizaciones tradicionales) fue considerado por algunos como una relativización de la misión *ad gentes*. El conjunto de la exhortación no permite tal conclusión. Los juicios críticos reflejan sin embargo la sensación de inseguridad que produce una transición semejante: la cultura en toda su amplitud debe ser tenida en cuenta de modo prioritario cuando se habla de evangelización universal, pues la evangelización (en cuanto es universal) no puede producirse más que en el seno del drama de esa separación entre fe y cultura. Esta reflexión papal sin embargo, a nuestro juicio, toma nota de una situación que ya no puede identificarse sin más con la situación actual. Para poner en evidencia lo que consideramos el rostro peculiar de nuestra tarea actual podemos aludir a una doble precisión de EN que ha quedado desbordada por la evolución del proceso histórico; a) se habla de un drama actual “como lo fue también en otras épocas”; creemos sin embargo que en nuestra época la fuerza y las pretensiones de la cultura son más conscientes y más universales; b) “hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas”; la alusión a la pluralidad de las culturas parece no tener suficientemente en cuenta la fuerza de una cultura que se considera y se afirma como universal.

En 1990, como celebración de la aprobación del decreto *Ad Gentes*, publicó Juan Pablo II la encíclica *Redemptoris Missio* sobre la permanente validez del mandato misionero. En dos lugares repite una afirmación que no puede resultar más que sorprendente tras dos milenios de acción misionera y tras el indudable éxito de la difusión del evangelio: “Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos” (n.1). Esta constatación, que suena como un aldabonazo, se constituye de este modo en el pórtico (y hasta en la clave de lectura) de toda la reflexión papal. Más adelante repite la misma constatación: “Los confines de la tierra a los que debe llegar el Evangelio se alejan cada vez más... la misión *ad gentes* está todavía en los comienzos” (n. 40).

Juan Pablo II toma nota del trastocamiento real de situaciones que han alterado y cambiado sustancialmente el ejercicio de la acción misionera y por ello reclama la necesidad de replantear la misión *ad gentes* implicando en ella todo el fervor y todo el compromiso de la Iglesia. La novedad de la situación (y la superación por ello de una concepción unilateralmente geográfica de la misión) no debe desactivar la prioridad y la urgencia de la actividad misionera. No se pueden, repite Juan Pablo II, equiparar situaciones y circunstancias distintas entre sí, por lo que hay que seguir valorando la necesidad eclesiológica de la misión *ad gentes*. Esta se debe mantener aunque al criterio geográfico se añadan criterios de carácter cultural, social y antropológico.

Si se conjugan el aspecto geográfico y el antropológico podemos comprender la interpelación que procede del aldabonazo lanzado por el Papa. La misión se encuentra en sus comienzos desde un doble punto de vista: a) desde el punto de vista cuantitativo porque el número de cristianos sigue aumentado incluso en porcentaje, por lo que hay que señalar a Asia y África como destinos prioritarios de la acción misionera; b) desde el punto de vista cualitativo señala la existencia de fenómenos culturales y de areópagos modernos que van desarrollándose y creciendo en importancia y en influencia pero que carecen del fermento evangélico. En la medida, por tanto, en que esta dinámica cultural se consolide y actúe de modo prepotente o se considere victoriosa en el conjunto de la humanidad se podrá hablar sin duda alguna de un espacio nuevo para la misión de la Iglesia, de un espacio no cristiano que envuelve las mentes y los corazones de la humanidad entera.

En *Novo Millennio Ineunte* el mismo Juan Pablo II introduce otro elemento que apunta en la dirección que tratamos de señalar: “Ha pasado ya, incluso en los países de antigua evangelización, la situación de una ‘sociedad cristiana’, la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza” (n. 40). El modo de afrontar el nuevo contexto evangelizador es denominado en dos ocasiones como “acción misionera” (nn. 40 y 41).

Dos son los aspectos que, dentro de nuestro razonamiento, merecen ser destacados: a) se alude a la “globalización” para referirse a lo que antes denominábamos “aspecto cualitativo” de la nueva situación; la globalización adquiere un nivel superior a aquel en el que se mueven los pueblos y las culturas particulares, pues pretende ser una realidad omnienglobante, respecto a la cual se han de situar esos pueblos y culturas concretos; b) se reconoce la existencia de una distancia nueva entre la fe eclesial y aquella cultura en la que se creía situada desde un pasado secular, por lo que no se puede partir del supuesto de que son “otras” las culturas que deben ser evangelizadas. La confluencia de ambos factores es lo que legitima el reconocimiento de que las comunidades eclesiales progresivamente se van si-

tuando en estado de misión no sólo respecto al entorno humano inmediato sino respecto a una cultura dominante que afecta tanto a ese entorno inmediato como al conjunto de la humanidad a nivel planetario. La referencia a Pentecostés (n. 40) sirve como referencia teológica que nos permitirá captar la clave teológica que ilumina el nuevo desafío misionero de la Iglesia.

Esta novedad queda iluminada en su peculiaridad respecto a las circunstancias de la convocatoria del Vaticano II, lo que nos permite captar la evolución del este proceso histórico en el que nos encontramos. El Concilio, que se entendió como pastoral y evangelizador, afrontó dos temas que inicialmente pudieron entenderse como distintos pero que, sin embargo, a la luz de la evolución de las circunstancias, han confluído en una problemática común. Ese punto de confluencia corrobora el proceso que hemos ido delineando y delimitan con mayor precisión el “drama” de la separación entre fe y cultura.

Por un lado el Vaticano II revalorizó teológica y eclesiológicamente la misión *ad gentes*, repatriéndola en la misión de la Iglesia, aunque salvaguardando su carácter específico. Por otro lado el Concilio intentó una relación dialogante con el mundo, especialmente con el mundo moderno: existía la voluntad de reconciliación con el contexto cultural en el que vivía la mayor parte de la Iglesia y que había ido adoptando posiciones de carácter claramente anticristiano (esa cultura desde la que se podía intentar la evangelización de las otras culturas, según señalábamos antes).

La reconciliación sin embargo no se produjo en la medida esperada. La teología realizó un gran esfuerzo para facilitar el acercamiento y la comprensión. A pesar de todo la distancia ha ido creciendo. Este proceso histórico ha hecho que quede superada la problemática de la relación Iglesia-mundo tal como se ha planteado durante los últimos decenios. Y a la vez ha ido exigiendo que la misión forme parte cada vez con mayor intensidad de la definición de la Iglesia. Por ello la verdadera cuestión del momento presente no es ni el valor teológico de las misiones ni la relación con el mundo moderno, sino el sentido de la misión de la Iglesia en una realidad cultural que se afirma al margen de los valores cristianos e incluso al margen de la herencia cristiana (en aquellos países en los que la Iglesia ha constituido uno de los factores esenciales de su identidad histórica y nacional). Lo que está en juego es el destino del cristianismo y de su aportación a la civilización mundial. Es por ello necesario acercarnos, aunque sea de modo sumario, a la peculiaridad de esa cultura cuya catolicidad se afirma como concurrente frente a una catolicidad religiosa de inspiración cristiana.

3. UNA CULTURA UNIVERSAL Y PLANETARIA

El carácter universal de la nueva cultura constituye una novedad en la historia de la humanidad fundamentalmente por dos razones: por su fuerza y seducción

por un lado y por otro su amplitud tanto cuantitativa como cualitativa (es decir, porque accede a todos los países del mundo y porque penetra de un modo que no es estrictamente físico). Ello repercute directamente en el modo de concebir la acción evangelizadora. Y ello no debe ser considerado de modo negativo desde su raíz. Al contrario: la humanidad no es una especie más que en la medida en que tiene una historia. Los aspectos negativos que señalaremos constituyen su aspecto anticristiano. Pero ello no permite negar la ocasión que abre a la evangelización de la Iglesia. Pero antes de señalar los rasgos más característicos de esa cultura, y para que se muestre de un modo más directo su repercusión en el ámbito cristiano, hay que señalar dos factores que han descolocado a la Iglesia desde el punto de vista socio-cultural: su distancia respecto al mundo occidental y la reconfiguración del panorama religioso de la humanidad.

Como hemos indicado, la Iglesia ha contado (consciente o inconscientemente) con una segura radicación en la cultura europeo-occidental por sus raíces greco-latinas teñidas de cristianismo. Pero esa vinculación, ya lo hemos indicado, se ha ido cuarteando. La descristianización, la secularización, la increencia, la secularización, han ido creciendo imparablemente. Ello ha conducido a una situación en la cual Europa no asume de modo espontáneo y natural sus raíces cristianas. La democracia griega y la razón moderna parecen aportar una mayor solidez a la memoria europea, como lo muestra el proyecto de constitución para la Unión Europea. Esto va unido a la posibilidad de integrar en la nueva comunidad política a países como Turquía o Israel, lo que posteriormente se podría extender a otros países de Norte de África. A ello hay que añadir el desdibujamiento de la especificidad cristiana de algunos partidos políticos que tan eficazmente contribuyeron a la integración europea. No se trata en este momento de entrar en detalles o de valorar los argumentos esbozados. Pretendemos simplemente constatar un hecho: la progresiva distancia entre la Iglesia y el suelo cultural en el que había penetrado con mayor claridad y desde el cual se había producido la evangelización de otros continentes y culturas.

Por otro lado se ha ido produciendo una reconfiguración del panorama religioso de la humanidad, lo cual acentúa esa sensación de distancia y de extrañamiento. El diálogo entre las religiones, la presencia en suelo europeo de creyentes de otras religiones, las actividades misioneras de religiones orientales en contexto occidental, la emergencia de fuertes corrientes paganas o neopaganas que se presentan como alternativa tanto a la religión tradicional como a la racionalidad moderna... va debilitando el carácter mayoritario de la religión cristiana. En algunos países occidentales aparece el cristianismo como minoría mayoritaria ante la afirmación más expresa e identitaria de otras corrientes religiosas (especialmente el Islam). Si el suelo nutricional pierde consistencia y solidez, queda la Iglesia por ello colocada de un modo nuevo ante la cultura dominante que la envuelve (y que en cierta medida le aportaba seguridad).

La cultura actual la ven algunos como una época que se cierra, como un proyecto de civilización que se clausura porque ha perdido su ilusión. La razón moderna e ilustrada ha mostrado su impotencia, ha hecho ver que no era más que un delirio, y por ello ha ido dejando paso a formas de existencia llamadas “post-modernas” que se recluyen en el instante y en lo inmediato, en la fruición y en la apariencia. Pero a la vez puede ser catalogada también como época fronteriza, como un período que se abre, como una época histórica que se encuentra en sus inicios y que –al margen de fundamentos y de presupuestos– va imponiendo una conciencia real de universalidad: los pueblos todos, por encima de sus diferencias y de sus distancias geográficas, se encuentran insertos en un proyecto común de civilización. La “aldea global” va siendo una realidad, una experiencia sin alternativa y sin concurrentes (porque el resto de los proyectos han mostrado una fragilidad irremediable: tanto las religiones positivas como el sistema comunista).

“Globalización” es el símbolo de la nueva experiencia histórica y colectiva. Es ya un hecho que afecta los modos de comportamientos de las personas y que se va desplegando como un proyecto en el seno del cual hay que plantear todos los planes y todas las perspectivas de futuro. La razón moderna, científica y técnica, ha perdido el aliento de los orígenes, pero ha ido generando una serie de medios y de recursos que facilitan la vida de los hombres y va integrando a todas las colectividades en una dinámica compartida. La conciencia de aceleración del desarrollo se expresa en la sensación de encontrarse más allá de las situaciones históricas conocidas: la humanidad se adentra en una época post-moderna, post-industrial, post-cristiana, post-metafísica, post-laboral, post-histórica. La capacidad integradora de los nuevos dinamismos va creando una interdependencia progresiva, que parece hacer inviable todo proyecto de independencia. Por eso la amenaza de un “pensamiento único” ha pasado a formar parte de las denuncias ideológicas, pero sigue afirmándose como un espacio fuera del cual no hay futuro, progreso, desarrollo, en definitiva salvación.

Como infraestructura de la globalización podemos señalar fundamentalmente tres coordenadas, que son los ejes en torno a los cuales gira la nueva cultura universal: la instantaneidad de las comunicaciones y de la información, el liberalismo económico y –desde nuestro punto de vista el más decisivo– la constitución de un nuevo tipo de hombre.

Las nuevas posibilidades de información y de comunicación hacen que la instantaneidad y la ubicuidad sean una experiencia real. Los medios tecnológicos crean un espacio común –virtual pero real– que engloba a todos los hombres porque llega a la vez a todos ellos. Los modelos antiguos de organización y de relaciones (estados, mercados, áreas ideológicas) quedan superadas por la deslocalización que relativiza por ello las peculiaridades y las particularidades. Se ha ido creando un “tercer entorno” (tras el entorno natural, de carácter rural y agrícola, y el entorno urbano en el que ha vivido la humanidad) caracterizado ya no por la producción

de bienes (que hay que dar por supuesta) sino por la ilimitada oferta multimedia con posibilidades interactivas. Se ha ido creando un nuevo espacio humano, el espacio en el que las personas concretas expresan sus esperanzas y angustias, satisfacen sus deseos y crean sus necesidades. El problema radica en que la capacidad de seducción del entorno (o de quienes dominan ese entorno) puede penetrar hasta los más recónditos santuarios de la libertad del ser humano.

Como causa y efecto a la vez, los criterios y las exigencias de la economía alcanzan un predominio inatacable. Las nuevas comunicaciones facilitan la movilidad de los mercados. Pero a la vez son las fuerzas financieras las que pueden alimentar y sostener (y por ello determinar) la infraestructura de la nueva civilización. La globalización puede ser nada más que una máscara del liberalismo descarnado. Los Estados se descubren impotentes para encauzar de modo solidario las reivindicaciones del beneficio y de la productividad. La economía post-nacional conduce así a una economía post-política, carente por ello de controles y de censuras. Las repercusiones en la exclusión de los más desfavorecidos brotan espontáneamente de un “evangelio de la competitividad” ante el que tienen que doblegarse todos los planteamientos políticos.

Esta doble coordenada no puede dejar de repercutir en la configuración del ser humano. No se puede dejar de reconocer que la posibilidad de la comunicación y de crear un espacio común de encuentro entre toda la familia humana responde a las expectativas del ser humano. No se debe por ello condenar de modo genérico la globalización, sin precisar previamente sus contenidos. Lo que aquí nos interesa destacar sin embargo es la lógica de una cultura que, si no es controlada y regulada, está en condiciones de reconfigurar la psicología y la tipología humana. Algunos científicos han llegado a hablar de una mutación biológica como no se ha conocido desde hace muchos siglos. Efectivamente se puede crear una psicología colectiva incapaz de articular la unidad y las diferencias, se puede caer en un darwinismo social que eluda la responsabilidad de la solidaridad, se puede provocar una fragmentación del hombre que le incapacite para la crítica y la resistencia, se puede llegar a una manipulación tal de los símbolos que banalice la necesidad de la búsqueda de sentido, la alteración sico-sensorial puede generar un alejamiento de la realidad y una indiferencia sustancial ante la identidad antropológica, la remoción de la cuestión del sentido puede abrir el camino hacia la animalización o la naturalización de la persona... La confluencia singular entre las ciencias informáticas, la neurociencia, las ciencias biológicas, la cibernética, conduce a una progresiva reducción de la diferencia entre hombre y mundo natural, entre hombre y mundo artificial.

Esta es la cultura cuya universalidad parece inatacable por la carencia de alternativas. No es una cultura entre otras que deba ser evangelizada. Es el escenario de las culturas plurales, y por tanto de la misión de la Iglesia, en una época precisamente en la que ha ido experimentando su distancia respecto al suelo nutricional de

su cultura tradicional y en la que se ha ido debilitando la estructura social en la que se apoyaba. No puede por ello dejar de determinar su modo de desarrollar la misión universal, la cual enlaza con lo que tradicionalmente se ha entendido como misión *ad gentes*.

4. LA FANTASÍA DE LA MEMORIA

La historia de la Iglesia, que ha de ser considerada como la historia de su misión universal, muestra ejemplos que pueden servir de punto de referencia para la actualidad. Observando nuestro presente, puede producirse entre los cristianos una sensación de desbordamiento por la desmesura de los desafíos y por la incertidumbre de la encrucijada. La historia de la Iglesia deja ver sin embargo la existencia de encrucijadas análogas que han sido transitadas con éxito. De esa memoria ha de brotar la fantasía que muestre posibilidades, iniciativas, modelos, sugerencias, y sobre todo confianza y autoestima por la tarea evangelizadora llevada adelante en circunstancias preñadas de incertidumbre.

Es particularmente significativa la actitud adoptada por los (llamados) Padres Apologistas en el siglo II. La lectura de sus obras ofrece un patético acento de modernidad debido a la analogía indudable entre aquel período de crisis y de transición y el escenario de nuestro presente.

Encarnan una experiencia novedosa en la historia de la Iglesia. Esta, aún joven pero alimentada de la frescura de los orígenes, empieza a desplegarse en el seno de una cultura dominante y englobante de las regiones entonces conocidas. Era, como la nuestra, una cultura dominadora, pero en crisis de fundamentos que trataba de ser compensada por medio de un sincretismo que aportara sentido y esperanza. Aquella cultura se mostraba indiferente ante el hecho cristiano, que no pasaba de ser una magnitud aparentemente irrelevante. Y sin embargo algunos cristianos se dirigen a la opinión pública y a los poderosos de la época para defender la fe cristiana de difamaciones y de sospechas y para ofrecer una propuesta distinta y alternativa. Entre aquellos hombres había posturas distintas acerca de la valoración de la cultura helenista, adoptaban tonos y acentos contrapuestos, pero se encontraban sin embargo unidos y movidos por la misma convicción, por la conciencia de ofrecer una novedad capaz de curar las heridas de aquella civilización.

En aquella iniciativa por salir a la palestra y por convertirse en protagonistas del escenario social y cultural se daba un hecho trágico: no eran considerados dignos del diálogo por parte de sus destinatarios, no encuentran una respuesta que condujera a un encuentro abierto y directo entre ambas partes. Lo decisivo sin embargo conserva todo su valor: la voluntad de hacerse presentes con la conciencia y la responsabilidad de asumir la problemática de la época desde el ardor de una fe hondamente experimentada. Por eso, aún en su modestia desde el punto de vista

de la historia de la cultura, fueron capaces de desbrozar los caminos del futuro y de ir facilitando un progresivo protagonismo cultural de la Iglesia. Este esfuerzo no debe ser ni absolutizado ni considerado como un hecho aislado. Iba acompañado por el testimonio concreto de las comunidades cristianas y de los creyentes individuales. Sobre esta base y con este apoyo, la labor de los apologistas puede ser considerada como una acción misionera en el campo de la cultura. Y de este modo aportaron una contribución irrenunciable para lo que habría de ser el futuro de la Iglesia y del cristianismo (y, por tanto, del mundo entero).

Al margen de la actitud paradigmática de los apologistas es conveniente recordar tres encrucijadas históricas de enorme transcendencia, porque significaban un cambio de civilización, en las que los cristianos supieron estar a la altura de las circunstancias situándose en lo que en aquel momento era las autopistas o las vías de comunicación sobre las cuales se iba a ir edificando un mundo nuevo. Tal vez no fueron conscientes de lo que estaba en juego desde el punto de vista de los cambios culturales, pero se dejaron interpelar por unos cambios y unas alteraciones novedosas, respecto a las cuales la fe cristiana no podía mostrarse indiferente o distante.

En primer lugar se puede señalar la opción evangelizadora de san Pablo, que optó conscientemente por una presencia en el seno de las grandes metrópolis donde se estaba incubando el tráfago de ideas y de experiencias. Por eso supo captar el significado de la lengua común y de las vías de comunicación. Es sintomático un hecho que no puede quedar en la penumbra: en su paso a Europa no instauró la Iglesia directamente en el puerto en el que había desembarcado, sino que avanzó unos kilómetros tierra adentro para evangelizar en Filipos. No podía ser casual en su decisión el hecho de que por Filipos avanzaba la calzada que conducía a Roma y que por ello se prestaba como punto de encuentro, de apertura, de comunicación con una civilización que desbordaba a los primeros cristianos.

Un segundo momento ejemplar lo constituye el declive del Imperio Romano, acentuado por la irrupción de pueblos (llamados “bárbaros”) procedentes de más allá de las fronteras imperiales y portadores de una cultura claramente distinta de la generada por el mundo greco-romano. Este encuentro de dos mundos pudo dar origen a una civilización distinta (el mundo medieval) gracias a la acción de la Iglesia, que facilitó una fusión que hiciera posible un futuro que heredara, en la medida de lo posible, la herencia del pasado y las aportaciones de los recién llegados. La conversión de Clodoveo es un síntoma de la acción de muchos obispos que potenciaron la integración y la interpenetración de la tradición romana y de la novedad bárbara. El esfuerzo incansable de tantos monjes y obispos itinerantes, que fueron cristianizando las diversas regiones de una Europa entonces en germen, es testimonio de un tipo de evangelización que crea cultura desde la cultura de los destinatarios y desde las concretas circunstancias históricas.

En la misma línea puede entenderse la respuesta misionera en el momento de la expansión de los horizontes geográficos y de las grandes iniciativas de navega-

ción que se produjeron en los inicios de la edad moderna. También en esa encrucijada, de cambio de cultura y de génesis de una nueva civilización, hubo misioneros que supieron escuchar la llamada a la evangelización. Dentro de incertidumbres y de perplejidades ante lo desconocido, con las consiguientes dificultades para dominar las circunstancias o para planificar los procesos, en el seno por tanto de las ambigüedades históricas, la acción misionera se convirtió en generadora de cultura, en protagonista de una nueva civilización, de un mundo nuevo.

La cultura no es simplemente aquello que se realiza en los laboratorios y en las bibliotecas sino en las encrucijadas por las que avanza el futuro. En ellas confluyen quienes piensan y quienes actúan, quienes adoptan un compromiso más directamente intelectual y quienes van creando instituciones que hagan posible la novedad. La historia de la Iglesia, en momentos decisivos, ha sabido reaccionar precisamente mediante el ejercicio novedoso y arriesgado de la misión (que en los casos mencionados puede denominarse directamente misión *ad gentes*). De la memoria histórica puede proceder por tanto una gran dosis de fantasía para la tarea del presente.

5.- LA MISIÓN *AD GENTES* EN EL ÁMBITO DE LA CULTURA

El análisis de la situación actual y la memoria del compromiso misionero de la Iglesia ofrecen claves hermenéuticas para redescubrir la profunda implicación entre misión e Iglesia, para vivirla como ocasión de gracia y para marcar el horizonte de los caminos a recurrir en el ejercicio de su misión universal.

Ante todo las comunidades eclesiales deben asumir una distancia respecto a las raíces tradicionales que la haga sentirse como peregrina, y por ello como llamada y enviada. En la actual encrucijada histórica la idea de una misión universal debe penetrar toda la autoconciencia eclesial y la proyección pastoral. En consecuencia resulta necesario por tanto que la pastoral sea pensada y articulada desde la misión y para la misión. La percepción de la distancia permite captar el sentido y la urgencia del envío, de la misión.

Ello lleva consigo poner en primer plano la razón de ser de la Iglesia y la catolicidad que de ahí se deriva: Pascua y Pentecostés (el misterio pascual, el sello de la nueva alianza) desvelan el sentido de la universalidad de la Iglesia, y el núcleo de lo que la Iglesia –y sólo ella– puede aportar al desarrollo de una civilización humana global. Esta conciencia de singularidad resulta necesaria para que quede clara la originalidad de la aportación cristiana que sirva de discernimiento en las ambigüedades de los actuales procesos de globalización. Estas perspectivas deben formar parte de la catequesis y de la formación del pueblo cristiano a fin de que se reencuentren con gozo en el actual estado de misión, pues ello permitirá valorar de un modo más genuino lo que los cristianos aportan al mundo.

Para ello la Iglesia actual cuenta con un recurso también único e incomparable: es, en virtud de la historia misionera, una Iglesia mundial, es decir, una comunión de iglesias, las cuales se encuentran presentes en todo el mundo, en los cinco continentes. La Iglesia cuenta por ello con una experiencia de “globalización” que posee raíces sacramentales (especialmente la eucaristía) y que por ello realmente está en condiciones de superar las divisiones entre los seres humanos creando auténticos espacios de fraternidad y de comunión. Pentecostés, de este modo, no es simplemente un acontecimiento del pasado, ni siquiera un evento que se celebra sacramentalmente, sino una experiencia de vida capaz de regenerar una civilización expuesta de modo incontrolado a los dinamismos tecnológicos y económicos. De este modo puede ir creando un estilo cultural que genere atracción y seducción a quienes lo contemplan desde fuera.

Hay que evitar el prejuicio de que vivimos un tiempo “desafortunado” para la fe y, a la vez, superar el complejo de inferioridad ante una civilización tan compleja y tan poderosa. El creyente está en condiciones de captar también las fragilidades y las insuficiencias del componente no-cristiano de esa cultura, y por ello debe mostrar la dignidad y el orgullo de la propia fe (y de la revelación de la que vive) para aportar sentido, esperanza y alegría a las víctimas de un mecanismo tan poderoso. Dada la magnitud de los aspectos no-cristianos la presencia cristiana, por el mero hecho de existir, representa una interpelación misionera (que por ello debe asumir la indiferencia, la persecución y hasta el martirio).

La analogía con los apologistas nos permite enuclear los elementos ideológicos que el testimonio cristiano debe proclamar, apoyándose en *la verdad* que ha sido revelada y en la verdad que procede de la misma razón. Esta verdad debe dirigirse tanto a la inteligencia de las personas para convertirla como al deseo que las mueve para evangelizarlo. La cultura en realidad sólo merece el rango de humana cuando se apoya en una razón que vive de la verdad. Y esta verdad en la actualidad exige defender fundamentalmente dos convicciones:

1.- La existencia de un Dios personal capaz de establecer una relación con los hombres. Dios por tanto no puede quedar reducido ni a los ídolos que crean los deseos humanos ni a la estructura racional de la naturaleza ni a la fluencia de las energías vitales. Dios por otro lado rompe y quiebra la autosuficiencia de una ciencia que se reduce a los límites de lo inmanente. La experiencia del Dios vivo y personal, frente a la increencia y frente al paganismo sincretista, se convertirá cada vez más en el *anuncio inicial y primero* que la Iglesia levanta frente a una civilización que aspira a encontrar la salvación en las posibilidades mundanas (una manifestación radical de la búsqueda de auto-redención).

2.- Consiguientemente la dignidad de la persona humana, como imagen de Dios y redimida por Cristo, que recibe un nombre propio (único e irrepetible), que constituye su dignidad frente a todos los intentos de reducir al ser humano a un elemento más (o a un conjunto de elementos) de la realidad material. La defensa

de la persona en su dignidad inviolable se ha de manifestar de modo más profético y provocador precisamente respecto a los más débiles y necesitados, respecto a los crucificados. La fe en el Crucificado, que hace ver que la cruz es el rostro más humano de Dios, se ha de convertir por ello en la alternativa más clamorosa frente a una globalización que encuentra su justificación y legitimación más satisfactorias en la carencia de la religión o en la reivindicación del paganismo. La globalización de la solidaridad, tan reclamada por el Papa actual, puede ser otro camino para dar origen a instituciones, usos costumbres, sin las cuales no se crea cultura ni se alcanza universalidad.

En este campo la teología y la filosofía adquieren una relevancia extraordinaria para acompañar a la comunidad cristiana en su inserción en la nueva cultura y para crear los conceptos que permitan entenderla y crear los conceptos y los símbolos adecuados para ellos. Unas palabras de Lilia Cavan permiten concretar esta aportación: está surgiendo el deseo de rehacer el sendero que lleva a la palabra revelada. Hay que reencontrar la gracia creadora de las palabras clave que expresan valores. No olvidemos que sólo se alcanza el nivel de la universalidad cuando se encuentra una traducción en instituciones, en pautas de comportamiento, en símbolos, en conceptos.

De este doble eje podrán derivar aplicaciones más concretas que no podemos explicitar en este lugar, pues hemos pretendido ante todo destacar la novedad cristiana como alternativa cultural frente a una civilización que puede quedar presa de factores no cristianos (o anticristianos). Si la noción de persona (tanto en el caso de Dios como del ser humano) ha sido la gran aportación de la revelación a las ideas y al pensamiento humano, en la actualidad se convierte en la gran aportación y en el centro del testimonio cristiano.

Desde estos presupuestos la Iglesia comunión de iglesias, solidaria por tanto con todas las razas y los pueblos, puede contribuir eficazmente a la reconciliación de las heridas y enfrentamientos entre pueblos y países. La fe cristiana vivida como Iglesia no puede caer víctima de las divisiones de los hombres. A la luz de Pentecostés éste ha de ser el camino de la Iglesia. La Iglesia no puede caer en la guerra de las culturas y de las civilizaciones en cuanto lucha y enfrentamiento entre religiones (como si las culturas y las civilizaciones quedaran definidas por su carácter religioso). La fe cristiana no puede dar origen a una religión étnica. Desde un punto de vista ahí radica una de las debilidades de la Iglesia, que no puede defenderse apelando a identidades nacionalistas o raciales. Pero allí está a la vez su fortaleza y su originalidad. Por eso el desarrollo concreto de esta fuerza ha de convertirse en un testimonio misionero porque se manifiesta y se realiza a nivel mundial.

Todo ello debe ir acompañado por la vida concreta de las comunidades eclesiales. Ello debe producirse, a nuestro juicio, a un doble nivel. Por un lado levantando su mirada para contemplar el horizonte de Pentecostés, sintiéndose por ello responsables del destino del mundo y actuando localmente pero con perspectiva uni-

versal. Por otro lado alentando y potenciando las iniciativas de quienes actúan en los lugares concretos en los que se toman las decisiones, en los organismos internacionales, y donde se generan y elaboran las ideas y las imágenes de las que va a vivir el conjunto de la población mundial. No olvidemos que estos “lugares” o “grupos humanos” no están impregnados por valores evangélicos y que por ello constituyen auténticos espacio de misión. Por ello las comunidades eclesiales no deben abandonar a quienes se arriesgan en tales espacios humanos, sino que deben acompañarlos con su apoyo, con su oración y con su discernimiento. Y a la vez deben sentir la necesidad de generar asociaciones o movimientos especializados de cristianos que posean el carisma de evangelizar los nuevos areópagos. Esos son objeto de atención más directa en otra de las comunicaciones y por ello no tenemos que mencionarlos en este momento. Pero sí resulta lógico, desde nuestro tema, mostrar la relevancia eclesiológica y misionológica de tales actividades e iniciativas. Las comunidades eclesiales deben aprender a discernir las fronteras, barreras u orillas que en cada momento deben ser rebasadas hacia el mundo no cristiano (y que no siempre deben ser entendidas en sentido geográfico). Si ese discernimiento es comunitario entonces se asumirá como tarea propia la responsabilidad del “envío” y de la “salida” que afrontan por su carisma algunos creyentes particulares.

En su bula de convocatoria del Jubileo del año 2000, cuya celebración el Papa la entendía como ocasión para renovar el compromiso evangelizador de toda la Iglesia, invitaba a los cristianos a vivir la nueva responsabilidad histórica como experiencia de gracia y de misión. Esa gracia y esa misión se debe experimentar de modo especial en el campo de la cultura que está creando una nueva civilización.

LA FE, LA CULTURA Y EL HOMBRE

D^a Ysabel de ANDIA Y ELIO

Centre National de la Recherche Scientifique. París

INTRODUCCIÓN: LA CULTURA

1. DEFINICIÓN DE CULTURA

¿Qué es la cultura? El primer sentido de la palabra *cultura*, en latín, deriva del verbo *colere*, cultivar, honrar: es la cultura del campo¹; pero el segundo, que se encuentra ya en autores cristianos como Lactancio², es el de *cultus*, culto tributado a Dios o a los dioses. Esta ambigüedad de sentidos de la palabra, que tiene tanto un sentido agrícola como un sentido cultural, plantea en seguida el tema de la cultura como algo que es a la vez un ejercicio en vistas a la fructificación de la tierra o del espíritu y un acto intelectual que, misteriosamente, tiene algo que ver con la religión de la ciudad.

El hombre cultivado, que en griego se opone al bárbaro³, es el que tiene «letras»⁴. Antonio el Grande, en la *Vita Antonii* es llamado «*agrammatos*» (V.A. 72), lo que no significa que no supiera leer o hablar en copto, sino que no había aprendido las «bellas letras», es decir, la cultura grecolatina. El ciclo de la *paideia* antigua⁵,

¹ Cipriano (siglo III), *Ep* 55, 28 ; Lactancio (s. IV), *De mortibus persecutorum* 7 ; Salviano (s. V), *De gubernatione Dei* 7, 2, 8. La metáfora agrícola se remonta a Cicerón, cf. *Tusculanes* II, 13.

² En sentido peyorativo, cf. Lactancio, *Divinarum institutionum* 2, 16, 9 ; Minucio Félix (siglos II-III.), *Octavius*, 23, 12: «*cultura vana*»; Tertuliano (s. III), *Apologeticus* 16 : «*culturas impias exercere*». En sentido no peyorativo, cf. Lactancio, *Institution* 5, 7, 12 : «*adorationem et culturam (latreian)*».

³ Cf. A. Momigliano, *Sagesses barbares. Les limites de l'hellénisation*, París, 1979.

⁴ Walter Benjamin, el amigo de Hannah Arendt, insiste todavía en la lengua, en su libro *L'homme, le langage et la culture*, París, 1971.

⁵ Cf. W. Jaeger, *Paideia, la formation de l'homme grec*, trad. fçse, París, 1964 ; H.-I. Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1958; Id., *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité tardive*, t. 1, *Le monde grec* ; t. 2, *Le monde latin*, París, 1981 (rééd.).

transmitido en el mundo medieval por los monasterios⁶, instituye la supremacía de la «cultura clásica»⁷ en Europa hasta el Renacimiento. La Iglesia ha transmitido y ha defendido las letras clásicas; y el humanismo es una creación de la Iglesia. Pero cuando el humanismo se ha vuelto contra la Iglesia, se ha hundido y ha llevado a que la Iglesia se oponga a la cultura moderna.

Se puede derivar la noción moderna de cultura⁸ de los pedagogos del Renacimiento que lanzaron un nuevo discurso sobre la infancia y la adolescencia comparando a los padres, y sobre todo a los preceptores, con los jardineros, pero, según Paul Tillich, «la emergencia» de la cultura se produjo en la «era de los romanticismos»⁹.

En el siglo XIX, en el mundo germánico, el término *Kultur* está relacionado con la oposición de la «cultura protestante» (*Kulturprotestantismus*), defendida por los políticos de la *Kulturkampf*¹⁰, a la «cultura católica». En el mundo anglosajón, E.B. Tylor, en *Primitive Culture* (1871) da a la cultura un sentido universal al considerar que es tanto de los griegos como de los bárbaros.

En el siglo XX, el «culturalismo americano»¹¹ (R. Benedict¹², R. Linton, A. Kardiner¹³, M. Mead) establece una relación entre la cultura y el comportamiento. Hay «*patterns*» culturales (Benedict). La cultura es una especie de matriz familiar, social, religiosa, en la que la personalidad se desarrolla. La cultura se define entonces como la totalidad de la experiencia humana acumulada y socialmente transmi-

⁶ J. Leclercq, o.s.b., *L'amour des lettres et le désir de Dieu*, Paris, 1957.

⁷ B. Pouderon, *Foi chrétienne et culture classique*, coll. Les Pères dans la foi, Brepols, 1998. Pouderon presenta una serie de textos de autores cristianos hasta la época de Carlomagno.

⁸ «Culture», *Encyclopédie Philosophique universelle*, publié sous la direction d'André Jacob, II. *Les notions philosophiques*, t. 1., PUF, Paris, p. 529-537 et J.P. Zarader (éd.), *Le vocabulaire des philosophes*, III. *Philosophie moderne* (XIX^e siècle), Paris; IV. *Philosophie contemporaine* (XX^e siècle), artículos «Civilisation» et «Culture» y M.J. Lasky, «Banalisation du concept de culture», *Commentaire* 102 (2003) 367-377, a propósito del mundo germánico y angloamericano.

⁹ Cf. M. Desplants, «La notion moderne de culture. Son émergence à l'ère des romantismes et ses enjeux par Paul Tillich», in *Religion et culture. Colloque du Centenaire Paul Tillich. Université de Laval-Québec 1986 (18-22 août)*, Univ. Laval- éd. du Cerf, Paris, 1987, 225 ss. Cf. P. Tillich, *Theology of culture*, Oxford, 1959 y *La dimension religieuse de la culture. Écrits du premier enseignement*, Cerf-Labor et fides. Presses de l'Université Laval, 1990, colección de artículos entre los que se encuentra la conferencia «Sur l'idée d'une théologie de la culture», pronunciada a la sociedad kantiana de Berlín, el 16 de abril de 1919, traducida por N. Gandin, pp. 29-48.

¹⁰ Cf. Ernst Troeltsch, *Kulturprotestantismus. Die Bedeutung des Protestantismus für die Entstehung der modernen Welt*, München-Berlin, 1911. Cf. J. Reimer, «Paul Tillich's Theology of culture. An ambivalence toward nineteenth-century 'culture protestantismus'», in : *Religion et culture, op. cit.*, pp. 243-254.

¹¹ Cf. Artículos «Culturalisme» (Marc Abélès), «Sociologie de la culture» (J.-P. Martignon), «Culture et civilisation» (P. Kaufman), in: *Encyclopaedia Universalis*, t. 6, Paris, 1989, p. 945-958.

¹² R. Benedict, *Échantillons de civilisation*, Paris, Gallimard, 1950.

¹³ A. Kardiner, *L'individu sans sa société*, Paris, Gallimard, 1969.

tida. Contra Freud, que opone la cultura individual a una cultura represiva representada por el subconsciente, Malinovski¹⁴ asocia los tres elementos «naturaleza, individuo y cultura». La cultura prolonga la naturaleza transformándola. Pero poco a poco la frontera entre naturaleza y cultura se fue difuminando y la noción de naturaleza recibirá críticas de la filosofía y de la sociología modernas¹⁵.

Es aquí donde se sitúa no sólo la disputa entre los Antiguos y los Modernos, sino también el rechazo por el mundo moderno de un lenguaje de la Iglesia que se refiere a la naturaleza humana tanto en el mundo del derecho como en el de la biología. Y es que la oposición no se plantea respecto al tema de la fe, relegada al campo de las opiniones personales respetables o contestadas, sino respecto al de la cultura y de la verdad. La única cuestión que se plantea al hombre moderno es: «¿qué es el hombre?». Su propia imagen está encerrada en una multitud de respuestas siempre revisables, como las piedras en el mosaico del rey, con las que –como dice Ireneo de Lyon–, los gnósticos dibujan un perro (cf. *AH* I, 8, 1). Hemos vuelto, no a los tiempos de los paganos, en los que se perdieron la inocencia y la piedad (*eusebeia* – *pietas*), sino al de los gnósticos que infectan el cristianismo¹⁶.

«La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestra época», escribió Pablo VI en la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (n. 20)¹⁷. La Iglesia ha de afrontar «el desafío de las culturas»¹⁸.

¹⁴ B. Malinovski, *Une théorie scientifique de la culture*, Paris, Maspero, 1968.

¹⁵ S. Moscovici, *Essais sur l'histoire humaine de la nature*, Paris, 1968 ; E. Morin, *Le paradigme perdu : la nature humaine*, Paris, 1973 ; C. Lévi-Strauss, « Culture et nature. La condition humaine à la lumière de l'anthropologie », *Commentaire* 15 (1981) 365-372.

¹⁶ Cf. Ruyer, *La gnose de Princeton*, Paris 1974 y M.-J. Le Guillou, *Le mystère du Père. Foi des apôtres, gnose actuelle*, Paris, 1973.

¹⁷ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 20. «Probablemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces –la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes* (n.53), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios. El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes son respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. *La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas*. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada».

¹⁸ Cf. Paul Poupard, *L'Église au défi des cultures. Inculturation et évangélisation*, Paris 1989; Id., *Christianisme et culture en Europe : Conseil pontifical de la culture (28-31 octobre 1991)*, Mame, Paris 1992 ; *Foi et cultures : au tournant du nouveau millénaire*, Chambray-les-Tours 2001. Cf. también A. Caquot et P. Canivet (éd.), *Religion et culture. Colloques 1985 et 1986*, Beauchesne, Paris 1982.

2. TESTIMONIO: CONVERSIÓN DE LA CULTURA MODERNA A LA CULTURA CRISTIANA

Ante la cultura moderna, como ante la cultura clásica¹⁹, la conversión es necesaria.

Quisiera ofrecer aquí mi testimonio personal que refleja un período de la historia de la cultura: Francia en torno al año 1968²⁰, fecha que muchos historiadores consideran un hito en la historia de la cultura europea.

Cuando comencé mis estudios de filosofía en la Sorbona, yo procedía de una familia y de un colegio católicos y quedé profundamente impactada por el descubrimiento de los «filósofos de la sospecha»: Freud, Marx y Nietzsche. Mis profesores fueron Pierre Aubenque²¹, Paul Ricoeur, Emmanuel Levinas, de los que los dos últimos era creyentes eminentes. Frecuenté los círculos heideggerianos antes de marchar a Freiburg-im-Brisgau para seguir el seminario de Eugen Fink y Martin Heidegger sobre Heráclito. Heidegger enfrentaba la «interrogación» de la filosofía a la «positividad» de la fe y enseñaba que la historia de la metafísica acababa en el nihilismo.

Yo era incapaz de responder directamente a la crítica de la razón y de la metafísica, pero, en el desgarramiento que yo vivía entre la fe y la razón, Dios me concedió la gracia de no abandonar la fe, ya que ésta era ante todo una relación con Cristo, quien seguía permaneciendo para mí como una persona viva. Hay un momento extremo en el que, escogiéndolo a Cristo, *Camino, Verdad y Vida* (Jn 14, 6), haces frente a las acusaciones contra el cristianismo, un momento en el que el espíritu «obedece» a la doctrina de la Iglesia, aún cuando la cultura en la que vive le es contraria. Esto acontece en lo secreto de la conciencia y es un acto de humildad: la humildad o *la obediencia de la razón que se somete a la fe* y que, en esta sumisión, es iluminada y elevada al conocimiento de «las verdades de la fe» que la superan.

En este acto de humildad, la conciencia reconoce la humildad del mismo Cristo.

Es el recorrido de Agustín en las *Confesiones*²². Después de haberse entusiasmado con los *Libri Platoniorum* (cf. *Conf.* VII, IX, 13-14), donde «leyó» el *Prólogo*

¹⁹ J.Cl. Fredouille, *Tertullien et la conversion de la culture antique*, Paris 1972.

²⁰ 1964 es una fecha importante para los demógrafos: corresponde, en Europa, al fin del «baby boom» y a la generalización de la TV. Las costumbres de los actores se convierten en la norma. Tras el siglo XVIII, la *Aufklärung* y la Revolución francesa en 1789, la referencia al Cristianismo deja de ser «común», pero aún sus costumbres siguen siendo comunes. En 1968, se produce una contestación a la moral «común», introduciéndose una transformación en la familia, la educación, la salud. Las normas son elaboradas por grupos, como los homosexuales, que reclaman la igualdad de derechos con todos.

²¹ Son los tres profesores que tuve en mi tribunal de tesis en filosofía: Ysabel de Andia, *Heidegger et l'eschatologie*, Lille 1976.

²² J.M. Le Blond, *Les conversions de saint Augustin*, coll. Théologie n°17, Paris 1947 ; P. Courcelle, *Recherches sur les Confessions de saint Augustin*, Paris 1968.

de san Juan, Agustín reconoció que estaba «hinchado de ciencia» y que no había sido humilde, por lo que «no podía tener a Jesús humilde por mi Dios» (*Conf.* VII, XVIII, 24). Es por la humildad de Cristo y no por las reflexiones sobre el Logos de los neoplatónicos, que Agustín se ha convertido.

Vengo del Congreso Patrístico de Oxford, donde el Arzobispo de Canterbury nos ha ofrecido una hermosa conferencia sobre «*La humildad de Cristo según san Agustín*».

No creo que se puedan hacer rebajas a esta «conversión del espíritu». He oído decir a muchos cristianos –también religiosos– que se podía «bautizar» a Hegel o la filosofía moderna, como santo Tomás «bautizó» a Aristóteles, pero este concordismo fácil impide plantear hasta el final la cuestión de la verdad. La evangelización de la cultura moderna no se ha hecho en profundidad porque muchos de los que la han querido evangelizar han sido «superficiales».

Anclada en la fe, he tomado el camino inverso de la «*fides quaerens intellectum*». La relación entre la *fides* y la *ratio*, tal como la desarrolla santo Tomás de Aquino, restaura la razón o el intelecto en su capacidad de pensar el primer principio, que se llama Dios.

Porque no se trata sólo de conversión, sino también de «restauración» o, por emplear una imagen moderna, de «curación» del espíritu que estaba herido en su capacidad de conocer la verdad. Es ahora cuando la fe sana la razón. Bien lo ha comprendido Juan Pablo II en su Encíclica *Fides et Ratio*.

El otro peligro de la cultura moderna es la acumulación o la «capitalización de conocimientos» sin principio ni orden. O la búsqueda de la verdad traza el camino, o deja de ser una verdad «viva», una verdad conducida por el Espíritu. Misteriosamente es el Espíritu el que me ha conducido de la filosofía a la teología, y del mundo moderno a la Antigüedad cristiana. Así, la *Kehre* («retorno») a los orígenes, de la que habla Heidegger, se ha producido.

Decidí entonces estudiar teología y marché a Roma para hacer el doctorado sobre Ireneo de Lyon²³ con el Padre Antonio Orbe, s.j., en la Gregoriana. Descubrí Roma y otra «cultura», la cultura cristiana. La experiencia de la catolicidad de la Iglesia, en Roma, hace salir de los problemas nacionales en los que es fácil encajarse. A su vez, el estudio de la Antigüedad cristiana da el sentido del lenguaje de la Iglesia que permanece cerrado a los que no tienen mucho de cultura cristiana. Porque ahora, después de dos mil años de cristianismo, se ha de reavivar la cultura cristiana para acceder a la fe de la que ella es portadora, de lo contrario el mundo que nos rodea resulta indescifrable y el lenguaje de la Iglesia inaudible.

²³ Y. de Andia, *Homo vivens. Incorruptibilité et divinisation de l'homme chez Irénée de Lyon*, Études Augustiniennes, Paris 1976.

II. LA CULTURA Y LA FE

1. LA CULTURA NACE DE LA FE

¿Cuál ha sido y cuál es la relación de la Iglesia con la cultura? La matriz del lenguaje y de la cultura de la Iglesia es la Biblia, la Palabra de Dios a partir de la cual el hombre puede hablar de Dios. Las traducciones de la Biblia hebrea a la Biblia griega (Setenta) y luego a la Biblia latina (Vulgata), y más tarde a las lenguas europeas, como la *King's James version* o la Biblia de Lutero, han formado el lenguaje de la Iglesia. He encontrado en internet un «BibleGateway» y «Gospelcom.net» y he comprobado que se puede consultar la Biblia «on line» en casi todas las lenguas habladas. «Vatican.va.org» ofrece todos los documentos de la Santa Sede.

La segunda fuente de la cultura de la Iglesia es la Liturgia y todas las artes relacionadas con ella: la arquitectura, la música y la pintura. El esplendor de obras creadas por la Iglesia y para la Iglesia forma parte de su patrimonio artístico, pero también del patrimonio artístico europeo e internacional. Uno de los mejores caminos para la evangelización en Europa no es otro que la explicación de estas obras, cuyo sentido no siempre comprenden nuestros contemporáneos. Así, la Escuela del Louvre ha tenido que crear un curso de Biblia para que los estudiantes puedan comprender el arte sagrado y muchos jóvenes estudiantes católicos entregan un tiempo de sus vacaciones para vivir juntos una vida de oración, recibir una formación y guiar la visita de un lugar santo, iglesia o monasterio. Juan Pablo II, en su *Carta a los artistas*, anima a los artistas cristianos a traducir su fe en formas nuevas de arte sagrado.

Una de las crisis actuales en la Iglesia es la de la Liturgia. No se trata de «animar» la liturgia con cantos acompañados de guitarras²⁴, sino de comprender y de vivir lo que se está celebrando. Esta «explicación de la divina liturgia» había sido ofrecida en las *Catequesis bautismales* o *mistagógicas*. Nuestros contemporáneos han perdido el sentido del misterio, como también el del símbolo. Lo cual es menos verdadero en la Liturgia ortodoxa, que brilla por su belleza.

La tercera fuente de la cultura y de la inculturación es la catequesis y la predicación. Volveremos sobre ellas.

En esta historia de la cultura cristiana se inscribe la reflexión del Concilio Vaticano II sobre la fe y la cultura. La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo, titulada *Gaudium et Spes*, ha consagrado todo un capítulo (el segundo) a la cultura, que se define como humanización de la naturaleza:

²⁴ La cultura moderna ha entrado en los cantos que retoman los slogans de 1968: «solidaridad», «amor», «compartir», etc.

«Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallen unidas estrechísimamente. Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano» (GS 53).

Gaudium et Spes no duda en decir que «somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia» (GS 55). Participando en la vida social con el trabajo, el hombre «cumple personalmente el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos (cf. Gn 1, 28), de someter la tierra y perfeccionar la creación, y al mismo tiempo se perfecciona a sí mismo» (GS 57).

Ciertamente el progreso de las ciencias y de la técnica puede conducir al «agnosticismo» y a la autosuficiencia del hombre, pero se han de reconocer los «valores positivos» de la cultura moderna. «La Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna» (GS 58, §3), sino que «renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído» (GS 58, §4) y así contribuye a la obra civilizadora.

La esperanza del Concilio Vaticano II no ha muerto, pero asistimos a nuevas tentaciones contra la cultura cristiana que es necesario discernir. Porque el cristianismo discierne en los valores del mundo lo que puede asumir y lo que debe rechazar. Esto es verdad para todo cristiano en el mundo donde vive, también en el mundo de la cultura. Las tentaciones más sutiles de la cultura religiosa son la tentación de la secularización, es decir, la reducción de lo espiritual a cultural –se admira una obra de arte rechazando el mensaje del que es vehículo, el arte sacro deriva en puro espectáculo donde el espectador no se involucra con lo que se le representa –, o la tentación de la *New Age*²⁵: lo espiritual (de lo que muchos están

²⁵ Representan la *New Age* : M. Peck Scott, *The Road Less Traveled. A New Psychology of Love, Traditional Values and Spiritual Growth*, New York 1978; P.M., Mische, *Toward a global spirituality*, Global Education Associates, New York 1988; M. Introvigne, *New Age & Next Age*, Piemme, Casale Moferrato 2000. Punto de vista católico: Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, *Jesús, portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la New Age*, Ciudad del Vaticano 2003; J.M. Verlinde, *Le christianisme au défi des nouvelles religiosités*, Paris 2002; Id., «Les racines cachées du Nouvel Âge», *NRT* 125, 3 (2003) 353-373.

sedientos) es privado de toda referencia a la Iglesia y se hace de dominio privado, puramente individual. El «retorno de lo religioso»²⁶ no es ya necesariamente un retorno a la Iglesia, sino la difusión de nuevas formas de religiosidad centradas en el propio yo. Es una «cultura narcisista»²⁷. Los Norteamericanos hablan de «*me-culture*».

La cultura no es más que la imagen del hombre que la produce y de la época en la que vive. Es en el corazón del hombre, que se abre o se cierra a lo que se representa, donde se juega la relación de la fe o de la increencia con la cultura. No se puede hablar de la relación entre la fe y la cultura más que en relación al hombre.

2. LA CULTURA Y EL HOMBRE

La cultura es inseparable de la antropología. Ya lo había afirmado la escuela americana, tal como hemos recordado al inicio. Pero ésta se interesaba sobre todo en sus comportamientos, en los *patterns*. Desearía reflexionar ahora sobre la relación de las diferentes facultades del hombre (memoria, imaginación, inteligencia y voluntad, o libertad) con la cultura.

a) La memoria. La historia. *Las raíces cristianas de Europa*

La memoria es memoria del pasado. Sitúa al hombre en la historia de la humanidad y en su historia personal. La memoria del origen permite al hombre definir su identidad: ha nacido de tal padre y tal madre, en tal religión y en tal país, en tal época. La memoria, como san Agustín muestra en las *Confesiones*, abre al misterio del Padre. ¿De quién somos hijos? Hijos de Dios, creador, e hijos de tal padre y de tal madre. El misterio de «Dios Padre todopoderoso» se evoca poco en la teología y en la predicación actuales.

La imagen del padre se ha visto oscurecida en nuestra cultura europea después de Freud. Los lazos de filiación entre nuestros antepasados y nuestra generación ya no se reconocen. Las nociones de filiación y de tradición están en crisis. La exaltación o el entusiasmo de la juventud se dá por cualquier cosa: es portadora del porvenir, pero de un porvenir que no tiene pasado. La historia se reinterpreta de manera exclusivamente política: se hace empezar todo en Francia con la Revolución francesa y la referencia a la *Aufklärung* en el prólogo a la Constitución europea marca la voluntad de escoger este momento de la historia y esta forma de racionalidad como «origen» de Europa.

²⁶ P. Poupard, «Le retour du religieux», in : *L'Église et les cultures d'aujourd'hui*, pp. 79-83.

²⁷ C. Lasch, *The Cultural Narcissist in age of diminishing*, traducido en francés: *La culture du narcissisme, La vie américaine à un âge de déclin des espérances*, Paris 1979.

En este contexto se sitúan las intervenciones de Juan Pablo II para la *purificación de la memoria* de los pueblos, y el reconocimiento de las *raíces cristianas de Europa*. El reconocimiento de las faltas y el perdón son necesarios para que los pueblos o las personas puedan asumir su pasado sin que sea una traba para el futuro. La gracia de Dios atraviesa la historia, que no es sólo, como dice Macbeth, un «ruido de furias y de guerras», el «tumulto de los pueblos», que evoca el Salmo 2, 1, sino la construcción del Reino, ya presente en la tierra gracias a la Iglesia.

El empeño de Juan Pablo II por la referencia a las *raíces cristianas de Europa*, en el *Prólogo de la Constitución europea* es un empeño por la identidad misma de Europa, que se ha formado gracias a Roma y al Cristianismo. Es la tesis brillantemente defendida por el filósofo francés Rémi Brague en su libro: *Europa, camino romano*²⁸. Juan Pablo II va más lejos del mundo latino y propone a los santos Cirilo y Metodio²⁹, junto a san Benito, como patronos de Europa. Todo el continente europeo, heredero del Sacro Imperio germánico y del Imperio bizantino, está llamado a reunirse en la memoria de su origen, que se llama Roma, la Nueva Roma o la tercera Roma.

Este empeño es también una cuestión de justicia: los mismos nombres de san Benito, Cirilo y Metodio evocan la obra civilizadora que la Iglesia ha realizado, extendiendo su misión ahí donde los ejércitos romanos no habían penetrado. Los pueblos bárbaros han llegado a la civilización por el bautismo que han recibido de la Iglesia, que les ha transmitido a su vez su cultura, la Biblia y los Padres de la Iglesia, y la cultura grecorromana. La tierra «inculta» ha sido roturada por los monjes.

El rechazo de la historia en su objetividad es un rasgo de la cultura moderna que tiende a borrar la realidad, que ya no se impone por sí misma, sino que se construye o «deconstruye» (según la palabra clave de la filosofía de Derrida).

La imagen virtual ha reemplazado la imagen real y el hombre no es ya el espectador del «libro» del mundo ante su pantalla, sino ante una imagen construida. La pantalla «hace pantalla» entre él y el mundo. Estamos en el mundo de la «técnica» y no de la metafísica.

b) La inteligencia. La verdad. *Fides et Ratio*

Lo propio de la inteligencia es conocer el ser. Lo que parece una evidencia para Aristóteles no lo es ya para los modernos. La verdad no es más «*adaequatio rei et intellectus*», es únicamente lo que es científicamente verificable. No existe ya la «verdad universal» como tampoco hay consenso sobre la idea de una «naturaleza humana».

²⁸ R. Brague, *Europe, la voie romaine*, Paris 1999.

²⁹ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Slavorum Apostoli* (2 junio de 1985).

Toda afirmación, aún si está acompañada de una «prueba» o de una justificación racional, la apología, es aceptada como una opinión y la nueva formulación del escepticismo es, según el título de una obra de teatro, *A cada uno su verdad*. Frente a esta multiplicidad de opiniones, la actitud que se exige es la tolerancia, que es elevada a rango de virtud suprema porque permite la vida social y política. Tocqueville³⁰ ha mostrado que la democracia americana se fundaba en la dispersión de las religiones y en la tolerancia de unas respecto a otras.

Desde entonces ya no existe lo absoluto, porque la tolerancia tolera todo menos la pretensión de absoluto. Los mismos cristianos pueden afirmar lo que creen ante una opinión pública contraria y la frase del Eclesiastés: *Hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar* (Qo 3, 7) se convierte en máxima para todos. En una Europa que ya no es cristiana, la persecución de los cristianos está presente, aunque no se dé con la violencia de los países no cristianos.

Frente a este oscurecimiento de la inteligencia y esta negación de la verdad, Juan Pablo II ha dado a la Iglesia dos Encíclicas mayores: *Splendor veritatis* y *Fides et ratio*.

La *ratio* tiene su autonomía respecto de la fe y la cuestión de la verdad es una cuestión universal que no está relacionada directamente con la fe, pero en la situación actual, es la fe la que sana la razón. El estudio de saberes verdaderos comporta la búsqueda de la fe de la inteligencia y forma las inteligencias, que pueden entonces plantearse la cuestión de la fe.

Todavía hay personas eminentes en las disciplinas clásicas, pero la inteligencia ya no está orientada a la fe y la fe ya no está orientada a la inteligencia. La filosofía dominante es el positivismo de Auguste Comte, como el Padre Henri de Lubac ha visto bien en su libro *El drama del humanismo ateo*³¹.

No obstante, lo que es igualmente preocupante es la desintelectualización de la fe debida a un anti-intelectualismo de origen protestante y a una expresión meramente emocional de la fe.

c) La libertad y el amor

Una cultura se define también por la manera en que institucionaliza y representa la relación entre el hombre y la mujer. Ahora bien, en el siglo XX, en el

³⁰ Tocqueville, *La démocratie en Amérique*, 1831. Desde la época de Madison, se piensa que la democracia no se puede mantener más que a condición de que se mantenga la dispersión de las religiones. El primer artículo de la Constitución americana, dice que el gobierno federal no dará nunca leyes en materia religiosa. Hasta ahora la unidad se da en las costumbres. América es un país de prohibiciones.

³¹ H. de Lubac, *Le drame de l'humanisme athée*, Paris 1945. En nuestros días, la historia tiende a reemplazar a la filosofía y los filósofos son antes “manipuladores de conceptos” que “buscadores de sabiduría”.

mundo occidental, destacan muchos acontecimientos: la promoción de la mujer en el mundo del trabajo (debido a dos guerras mundiales en las que han debido reemplazar a los hombres) la democratización de la enseñanza y la liberalización de las costumbres. La mujer ha salido del espacio privado que los alemanes definían por las tres K: «*Kindern, Küche und Kirche*» y ha ocupado su lugar en la sociedad civil. Las reivindicaciones del feminismo, sobre todo en los países protestantes, germánicos, escandinavos o anglosajones, han conducido a la igualdad de los derechos de la mujer y del hombre.

Pero en el mundo moderno occidental, se asiste también a una erotización de la cultura. La relación entre el hombre y la mujer se reduce a la relación sexual. El lenguaje sobre el amor ha reemplazado la «pasión amorosa» por el «sexo» y es el sexo lo que también ha pintado en sus últimos cuadros tanto Picasso como las escenas eróticas del cine o de las novelas modernas.

La mujer reclama el uso de su cuerpo, sin referencia a una ley moral: «Mi cuerpo es mío». Se siente libre de dar la vida o de abortar y el aborto se ha despenalizado.

La imagen de la mujer se ha quebrado. Ya no es reconocida por Adán como «la madre de los vivientes» (Gn 3, 20), ya no es la viña fecunda, rica en frutos. Ya no se define por su relación a la maternidad y la virginidad ya no se considera un valor (ni siquiera en la vida religiosa, donde lo único que merece reconocimiento como testimonio es la vida de comunidad).

Ante esta «cultura de la muerte», Juan Pablo II no cesa de invocar el mandamiento divino: la vida y la muerte no pertenecen más que a Dios, el aborto es un crimen.

Frente a esta disolución de la pareja formada por el hombre y la mujer, que ya no se compromete en favor de la vida y que ya no se concibe como unidad (siempre el mundo de lo efímero y de lo múltiple, del presente sin el mañana, y de la repetición de uniones que no forman nunca una unidad), Juan Pablo II, al inicio de su pontificado ha escrito unas bellas *Catequesis sobre el amor humano*, donde analiza desde un punto de vista fenomenológico la relación del hombre y de la mujer. Mientras los Padres de la Iglesia privilegiaron, en sus *Comentarios al Génesis*, los dos versículos sobre la creación del hombre que Dios creó «a su imagen y semejanza» (Gn 1, 26) a partir de un poco de barro (cf. Gn 2, 7), el Papa parte de la creación de la mujer en *Génesis* 3, para definir la persona humana como «intersubjetividad» y, finalmente, como amor. Ya *Gaudium et Spes* había afirmado que el hombre no se puede encontrar más que dándose (n. 13), abriendo el camino a una «civilización del amor».

Por otro lado, Juan Pablo II subraya la relación de la Iglesia y de la Virgen María, Madre e icono glorioso de la Iglesia. La Iglesia como «Esposa» es una imagen femenina, y tanto el matrimonio como la virginidad consagrada se fundan en la re-

lación esponsal de Cristo y de su Iglesia. La Iglesia, como María, es la vez virgen y madre, y María, madre de Jesús y de la Iglesia, es el último «refugio de los pecadores». Por eso, misteriosamente sigue siendo muy amada, como puerto de amor, de paz y de silencio.

Estas tres facultades de la memoria, de la inteligencia y del amor, constitutivas del alma humana, remiten, según la analogía agustiniana, a la Trinidad de las Personas divinas –el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo que es Amor– a imagen de la cual el hombre ha sido creado. Una cultura cristiana, que está animada por la Fe en la Trinidad, es una cultura donde, en el «recuerdo de Dios», la inteligencia está iluminada por la luz del Verbo y la voluntad por la gracia del Espíritu Santo. Bajo esta perspectiva trinitaria del hombre es donde se puede hablar de un «humanismo cristiano».

Queda un último punto que consiste en el tema de nuestro Congreso, a saber, la Cultura y la Evangelización.

III. CULTURA Y EVANGELIZACIÓN

1. LOS NUEVOS AREÓPAGOS DE LA CULTURA

Redemptoris missio, delimitando los «ámbitos de la *missio ad gentes*» (n. 37), empieza distinguiendo los «territorios» de la misión:

«... no parece justo equiparar la situación de un pueblo que no ha conocido nunca a Jesucristo con la de otro que lo ha conocido, lo ha aceptado y después lo ha reclamado, aunque haya seguido viviendo en una cultura que ha asimilado en gran parte los principios y valores evangélicos. Con respecto a la fe, son dos situaciones sustancialmente distintas» (*RMi* 37).

Estas dos situaciones son las de una cultura pre y post cristiana.

A continuación la Exhortación apostólica define las «áreas culturales o areópagos modernos»: los medios de comunicación, «el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo los de las minorías, la promoción de la mujer y del niño, la salvaguardia de la creación», y, en fin, la cultura.

a) Los medios de comunicación

«Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino

que conviene integrar el mensaje mismo en esta «nueva cultura» creada por la comunicación moderna. Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos» (37).

Ciertamente, la aparición de la radio y de la Televisión, en el siglo XX, y sobre todo la extensión de la «red» (*web*) de internet, representa un giro en la comunicación y en la transmisión del saber, como la invención de la imprenta por Gutenberg (1450)³², y la Iglesia debe estar presente en estos nuevos modos de comunicación.

Pero la información se da «a granel», –como en un supermercado donde se encuentra de todo sin que importe qué– y «en directo»: es el «flash de la información» del diario televisivo de la tarde, y la imagen se ofrece «en boucle», como la repetición incesante de la caída de las torres de Manhattan en la CNN. Faltan el tiempo de la memoria y el de la reflexión. Estamos invadidos de imágenes de todo tipo, publicidad y guerras, deportes y política, sin llegar a pasar de la imagen al pensamiento. La misma imagen es un cartel, pero ya no es un icono y el arte sacro abstracto se hace iconoclasta³³.

Esta misma ausencia de pensamiento se produce en el «cortar y pegar» de la informática: se recibe información sin buscar formación.

Desearía añadir que la posesión de medios de cultura, como internet, no deberían excluir a los pobres de la cultura. El padre Wresinski, fundador del movimiento por el «Cuarto Mundo», comprendió bien, al crear sus «bibliotecas de la calle», que los pobres debían tener acceso a la cultura, pues ésta forma parte de la humanización del hombre.

b) La cultura

La cultura, si es humana, pasa por los hombres, los profesores, los «maestros». Cada generación busca sus «maestros para pensar».

Estoy impactada por la escasa relevancia que se concede a la Universidad en la mayor parte de textos sobre la cultura que he leído, y eso que la Universidad sigue siendo el gran lugar de transmisión del saber. Hay un cierto malestar en la Iglesia porque la Universidad se aleje de ella, como una reivindicación de autonomía de la Universidad respecto de toda autoridad confesional. Pero existe también una sepa-

³² Cf. McLuhan, *The Galaxy of Gutenberg*, 1962. (Una información: El texto digitalizado de toda la novela de *Don Quijote*, I, caps. 1 al 10 está disponible, en formato txt y htm, en el web del Proyecto Gutenberg).

³³ Cf. A. Besançon, *L'image interdite. Une histoire intellectuelle de l'iconoclasme*, Paris 1994.

ración entre la Universidad y los medios de comunicación que no existía en tiempos en que los intelectuales estaban más comprometidos con la política.

Ha habido y hay toda una serie de entrevistas, en *Le Figaro*, respondiendo a esta pregunta: ¿a dónde han ido los intelectuales cristianos? ¿quiénes son? ¿dónde están? ¿hay todavía un pensamiento católico? Los medios de comunicación casi no les hacen publicidad y la Iglesia se interesa más por los jóvenes que por sus profesores. Existe una soledad real del intelectual cristiano, soledad que forma parte de la ascesis y de la gratuidad del trabajo intelectual.

No obstante, siguiendo *Redemptoris Missio*, existen otros círculos y areópagos, como los organismos internacionales:

«Hay que recordar, además, el vastísimo areópago de la cultura, de la investigación científica, de las relaciones internacionales que favorecen el diálogo y conducen a nuevos proyectos de vida. Conviene estar atentos y comprometidos con estas instancias modernas. Los hombres se sienten como navegantes en el mar tempestuoso de la vida, llamados siempre a una mayor unidad y solidaridad: las soluciones a los problemas existenciales deben ser estudiadas, discutidas y experimentadas con la colaboración de todos. Por esto los organismos y encuentros internacionales se demuestran cada vez más importantes en muchos sectores de la vida humana, desde la cultura a la política, desde la economía a la investigación. Los cristianos, que viven y trabajan en esta dimensión internacional, deben recordar siempre su deber de dar testimonio del Evangelio» (n. 37).

La Exhortación Postsinodal *Ecclesia in Europa* (2003) insiste, por su parte, con cierta nota de pesimismo, en la necesidad de evangelizar la cultura:

«Asistimos al nacimiento de una *nueva cultura*, influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una *cultura de muerte*» (n.9).

El diagnóstico responde a nuestro propio análisis y marca la evolución de la situación de la cultura europea en cuarenta años: desde el Concilio (1963) a nuestros días (2003), el Exhortación no evita hablar de *cultura de muerte*.

Frente a tal diagnóstico, la prioridad es la transmisión de la fe mediante la catequesis y la teología, que se debe hacer «uniendo siempre investigación científica

y oración, poniéndose en diálogo atento con la cultura contemporánea, adhiriendo fielmente al Magisterio y colaborando con él en espíritu de comunión» (n. 52).

La teología debe mantener un «diálogo atento» no solamente con la «cultura contemporánea», sino también con las religiones (cf. n. 55) y en primer lugar con el Judaísmo (cf. n. 56) y el Islam (n. 57). ¿España no debería ser uno de los lugares más destacados de este diálogo?

Pero antes de hablar del diálogo de las religiones, es necesario volver a la inculturación, que es la transmisión de la fe cristiana en una cultura particular, lo cual ocurre sobre todo en el caso de culturas no cristianas.

2. LA INCULTURACIÓN

La Exhortación post-sinodal *Ecclesia in África* consagra un capítulo (el tercero) a la inculturación³⁴.

«... *la inculturación*, es decir, el proceso mediante el cual la catequesis «se encarna» en las diferentes culturas. La inculturación comprende una doble dimensión: por una parte, una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y, por otra, la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas. El Sínodo considera la inculturación como una prioridad y una urgencia en la vida de las Iglesias particulares» (n. 59).

Existe una gran distancia entre sacar a la luz las *semina Verbi*³⁵, puntos de espera de la *praeparatio evangelica*, y la *treditio* de verdades y de valores de la Iglesia en un mundo, cristiano o no, en perpetuo cambio.

No todas las culturas son iguales ante la revelación³⁶: el Nuevo Testamento se ha escrito en griego y, desde entonces, los cristianos han debido aprender griego para leer el Evangelio en su lengua original. Inversamente, la traducción de la Palabra de

³⁴ E.-J. Pénoukou, «Inculturation», *Dictionnaire de théologie critique*, Paris 1998, 565-568 ; Id., *Églises d'Afrique. Propositions pour l'avenir*, Paris 1984; Y. Congar, *Diversités et communion*, Paris 1982. C. Geffré, «Mission et inculturation», *Spiritus* 109 (1987) 406-427; A. Peelman, *L'inculturation, l'Église et les cultures*, Paris 1988; M. Sales, «Le christianisme, la culture et les cultures», in : *Le corps de l'Église*, Paris 1989, 145-179.

³⁵ Para la noción de «*Semina Verbi*», cf. el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad Gentes* (AG), cap. II, nn. 11-15; cf. también *Gaudium et Spes* (GS), Prólogo, 3, §2 ; y Parte I^a, cap. 1, n. 18, §1; Exhortación Postsinodal *Ecclesia in África*, 67.

³⁶ E. Husserl, en su obra *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (1936), piensa que la superioridad de la cultura griega se debe al hecho de que se funda en el *logos*, la razón. El mundo griego se ha entregado ha establecer la razón filosófica «en un movimiento infinito donde la razón pasa de lo latente a lo patente» y «esto se percibe por primera vez en el mundo griego»; lo cual, como entelequía, se incluye en la cualidad del hombre como tal.

Dios a las lenguas vernáculas exige un estudio lingüístico que permita acceder a esas culturas y las universalice: María de la Encarnación ha escrito un *Diccionario de la lengua algonquin* y Charles de Foucauld, un *Diccionario de la lengua tuareg*.

Otro lugar de inculturación es la Catequesis. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), difundido en el mundo católico, ha transmitido a los jóvenes países cristianos, la cultura de la Iglesia, junto con los Padres griegos y latinos, que son igualmente para ellos los «Padres en la fe». La inculturación del Evangelio en las culturas particulares da a estas culturas la dimensión de la catolicidad: se inscriben en la *traditio apostolica* y, por medio de ella, acceden a la *catholicitas*.

3. EL DIÁLOGO DE LAS RELIGIONES Y LAS CULTURAS

El diálogo con las religiones no cristianas no se lleva a cabo sólo en los países no cristianos, sino en la misma Europa. Esta situación es debida a la emigración de personas procedentes de países pobres hacia los países ricos, y a la mundialización del comercio.

«Entre los grandes cambios del mundo contemporáneo, las migraciones han producido un fenómeno nuevo: los no cristianos llegan en gran número a los países de antigua cristiandad, creando nuevas ocasiones de comunicación e intercambios culturales, lo cual exige a la Iglesia la acogida, el diálogo, la ayuda y, en una palabra, la fraternidad...» (*RMi* 37).

Ya no se puede seguir ignorando al extranjero porque está en nuestra puerta, llama a la puerta de la Iglesia, y esta situación nueva abre nuevas vías para la evangelización.

Pero para que haya «diálogo»³⁷, deben cumplirse dos condiciones que ya Platón había advertido: la ausencia de violencia y la búsqueda de la verdad. Faltando una de éstas, no habrá diálogo pleno o será un diálogo de charlatanes. Ahora bien, muchos cristianos de nuestros días, que se sienten atraídos por las religiones no cristianas, no tienen una idea exacta ni de la religión con la cual emprenden un diálogo, ni, sobre todo, de su propia religión. Hay más de curiosidad y de búsqueda de la verdad que de toma de conciencia de su propia identidad y de la alteridad del otro. Lo cual conduce al relativismo («Todas las religiones valen lo mismo») y al abandono del anuncio del evangelio bajo pretexto de proselitismo («respetad su religión y no pretendáis imponer la vuestra»).

³⁷ Cf. P. Cottier, «Dialogue et vérité», *Nova et vetera* 75 (2000/2) 9-25.

Contrariamente a la tesis de Samuel Huntington, según la cual *el choque de las civilizaciones*³⁸ es la fuente de los conflictos en «el nuevo orden mundial», la Iglesia pretende instaurar un diálogo entre las civilizaciones y las culturas, como muestra la visita del Papa Juan Pablo II a la Mezquita de los Omeya, ubicada donde se encontraba la antigua basílica cristiana dedicada a san Juan Bautista, y su oración en el muro de las lamentaciones, en Jerusalén.

CONCLUSIÓN

La cultura cristiana que el Papa desea promover es una cultura del amor³⁹ y de la vida, frente a *Eros* y *Thanatos*, una cultura de la paz⁴⁰, contra la idea de que las guerras son inevitables para arreglar los conflictos, una cultura del diálogo.

Juan Pablo II ha ido a la sede de la UNESCO, en París, el 2 de junio de 1980 (mil novecientos ochenta), para gritar: «Sí, el futuro del hombre depende de la cultura. Sí, la paz del mundo depende de la primacía del espíritu. Sí, el futuro pacífico de la humanidad depende del amor». Esta cultura para el hombre es una cultura con Dios, mientras que la cultura sin Dios es una cultura contra el hombre, como afirmó Henri de Lubac en su libro *El drama del humanismo ateo*:

«No es verdad que el hombre, aunque a veces parece decirlo, pueda organizar la tierra sin Dios. Lo que es verdad es que, sin Dios, a fin de cuentas, no puede organizar más que lo que destruye al hombre. El humanismo excluyente de Dios es un humanismo inhumano»⁴¹.

La cultura verdaderamente humana restablece al hombre en su integridad, como dijo el Papa en su discurso a la UNESCO:

«Hay una dimensión fundamental, que es capaz de invertir hasta en sus fundamentos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y es capaz de liberar la existencia humana individual y colectiva de las amenazas que pesan sobre

³⁸ S.P. Huntington, «Clash of civilizations and the remaking of World Order», *Foreign Affairs* 72 (1993) 22-49; trad. francesa: *Le choc des civilisations*, éd. O. Jacob, Paris 2002. Samuel Huntington sostiene la tesis de que la nueva organización del mundo no es ya ideológica, política o económica, sino cultural y civilizadora. Las zonas de conflicto son las zonas de encuentro entre estas diferentes civilizaciones. Actualmente sólo existe un «choque», el del Islam con su entorno: cristianismo o hinduismo.

³⁹ Cf. P. Poupard, «Pour une culture de l'amour miséricordieux», *Conférence au Congrès international de Collevanzenza* (Perugia) pour le premier anniversaire de la publication de l'Encyclique de Jean-Paul II *Dives in misericordia*, in *L'Église au défi des cultures*, 95-106.

⁴⁰ Cf. P. Poupard, «Pour une culture de la paix», *Discours pour la réception du Doctorat Honoris Causa*, Université de Louvain-la-Neuve, le 5 février 1986, in : *L'Église au défi des cultures*, 85-95.

⁴¹ H. de Lubac, *Le drame de l'humanisme athée*, 12.

ella⁴². Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre en su integridad... Para crear la cultura... es necesario afirmar al hombre por sí mismo, y no por cualquier otro motivo o razón: únicamente por sí mismo!»

(Traducido del original en francés)

⁴² George Wenger en su libro *Jean-Paul II, Témoin de l'espérance*, (traduction française), Paris 1999, muestra desde diferentes ángulos la «prioridad de la cultura» que el Papa afirma en diferentes situaciones políticas, como en la lucha de los polacos católicos contra el poder comunista (*Homilía en la canonización de la reina Jadwidga*, patrona de la cultura, que ha fundado la Universidad que lleva el nombre de su dinastía, y *Discours pour le 600^e anniversaire de la Faculté théologique de l'Université Jagellon*, en junio de 1997).

RESPUESTA MISIONERA A LAS NUEVAS SITUACIONES DE POBREZA Y MARGINACIÓN

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. **Juan José OMELLA OMELLA**
Obispo de Barbastro-Monzón

PUNTO DE PARTIDA: LA MISIÓN DE LA IGLESIA

La Encíclica “Redemptoris Missio”, al final del capítulo introductorio, deja patente en qué consiste la misión de la Iglesia: “*anunciar a Cristo a todos los pueblos*”¹. Y ese anuncio, fruto de un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, el Hijo de Dios, se hace a través de las tres grandes actividades de la Iglesia: la proclamación de la Palabra (*martyría*), la celebración de los Sacramentos (*leitourgía*) y la caridad (*diakonía*). Y estas acciones son inseparables. El Papa, en la “Redemptoris Missio”, habla de la “*unidad fundamental de la misma misión*”². De ahí que sea impensable creer que realizando una de esas acciones ya se está evangelizando; sería un craso error. Todo anuncio de la salvación debe estar encaminado a ser celebrado en los sacramentos y a ser vivido en el amor solidario con los pobres; y todo compromiso a favor del desarrollo debe brotar del amor salvador de Cristo y debe sentirse llamado a testimoniar el rostro amoroso del Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Si todo esto no queda claro, mi intervención puede parecer incompleta y podría distorsionar el concepto global de la misión, según la preciosa Encíclica “Redemptoris Missio”. Quedando esto claro, paso a hablar del ámbito social de la misión “ad gentes” a la luz de la “Redemptoris Missio”, 37b, mundos y fenómenos sociales nuevos: las megalópolis y las migraciones. Pero, quiero advertir que, dado el poco tiempo de que se me concede, iré a la raíz de esos fenómenos sociales, que no es

¹ RMi 3.

² RMi 23.

otro que la pobreza y el deseo profundo de salir de ella. Y, quiero advertir también que, la mirada con la que voy a acercarme a nuestra sociedad y, en especial, al Tercer Mundo, no puede ser hecha sino “*con ojos de fe y corazón agradecido*”³ y, ciertamente, con “*una mirada llena de amor*”⁴. En los países del Tercer Mundo, los pobres y marginados quieren salir de esa situación de pobreza y para ello o acuden a las grandes ciudades o emigran a los países desarrollados, encontrándose muchas veces con una pobreza y marginación mucho mayor. ¿Cómo anunciar a Cristo en esas situaciones? ¿Cómo responder con valentía y generosidad al mandato del Señor: *Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*⁵?

EL HECHO DE LA POBREZA Y LA MARGINACIÓN

La pobreza y la marginación han existido siempre. El mundo era incomparablemente más pobre en el pasado y a través de la historia se han dado situaciones generalizadas e institucionalizadas de marginación. La novedad de la situación actual radica en que, en un mundo tan rico como el nuestro, exista una pobreza tan masiva y una marginación que afecta a media humanidad. Para evidenciar este hecho, nada más actual que el último informe del PNUD-2003⁶ sobre desarrollo humano, hecho público el 8 de julio. El informe considera las posibilidades de alcanzar los objetivos que la humanidad se fijó en la Cumbre del Milenio, que tuvo lugar el año 2000. En términos generales, dicho objetivo consistía en reducir la pobreza en el mundo a la mitad para el año 2015, concretándolo en ocho opciones específicas: erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

El informe señala lo conseguido hasta la fecha y las posibilidades, muy exiguas, de conseguir plenamente dichos objetivos, insistiendo en las condiciones para que dichas posibilidades se conviertan en realidad. Los objetivos del milenio han sido reafirmados repetidamente en sucesivas cumbres mundiales: en Johannesburgo en 2001, en la Cumbre de Monterrey sobre la financiación del desarrollo en 2002, y en la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, en Doha, en 2002. Estos compromisos de principio no han impedido que se vayan acumu-

³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005. Una Iglesia esperanzada. “iMar adentro!”* (Lc 5,4), Madrid 2002, 4.

⁴ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica “Ecclesia in Europa”*, Roma 2003, 3.

⁵ Mc 16,15.

⁶ PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. La sigla inglesa correspondiente es UNDP (United Nations Development Program).

lando los retrasos en su realización. He aquí, como botón de muestra, algunos datos del informe:

- 54 países son hoy más pobres de lo que eran en 1990.
- En 21 países se ha acrecentado, proporcionalmente, la población que sufre hambre endémica.
- Si África, que es el continente más pobre, continúa su desarrollo al ritmo actual tendrá que esperar hasta el año 2129 para que todos accedan a la enseñanza primaria, hasta el año 2149 para dividir por dos la pobreza extrema y hasta el año 2165 para reducir en dos tercios la mortalidad infantil.
- Los países más pobres no podrán conseguir los objetivos a menos que se den ciertas condiciones, en principio posibles, pero en la práctica irrealizables.
- Si la pobreza es masiva, en la misma medida lo es la marginación:
- Está marginado un tercio de la humanidad que intenta sobrevivir con dos dólares por día y por persona, en un mundo en donde se da una acumulación de la riqueza sin precedentes.
- Están ciertamente marginados los más de 1.000 millones de seres humanos que viven en extrema pobreza y los 800 millones de personas que padecen hambre endémica.
- Son víctimas de marginación los innumerables niños que mueren antes de cumplir cinco años, cuyo número ha aumentado en 14 países desde que la cumbre del milenio se comprometió a reducirlo.
- También son víctimas de la marginación las 500.000 mujeres que mueren cada año en el mundo durante el embarazo o en el parto.
- Están marginados la inmensa mayoría de los 39 millones de seres humanos enfermos de SIDA, los 2 millones anuales de víctimas de la tuberculosis y el millón de personas que mueren de paludismo por no tener acceso a los medicamentos apropiados.
- Finalmente hay que clasificar entre los excluidos a los 10 millones de niños que mueren al año (30.000 por día) de enfermedades que hubieran podido evitarse.

La lista podría continuarse y, aunque he llamado vuestra atención sobre la pobreza y la marginación que sufren las personas en los países del Sur, por ser su número tan enorme y sus condiciones tan extremadas, no podemos olvidar la pobreza y la marginación a que se ven sometidas tantísimas personas en nuestro propio mundo, en los países desarrollados⁷.

⁷ Cf JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica "Ecclesia in Europa"*, Roma 2003, 86-89.

A pesar de las promesas hechas y reiteradas, la Comunidad Internacional sigue sin procurarse la financiación indispensable para que dichas promesas se hagan realidad. El informe del PNUD-2003 afirma categóricamente que, a los aproximadamente 50.000 millones de dólares anuales en que se cifra la ayuda pública mundial, habría que añadir un mínimo de otros 50.000 millones de dólares anuales. Pero los países ricos sólo se comprometieron en la cumbre de Monterrey a aumentar las ayudas públicas en 16.000 millones de dólares para el año 2006.

No hay dinero para el desarrollo y, sin embargo:

- Se votan por unanimidad gigantescos presupuestos militares para las guerras que los países ricos hemos protagonizado en estos últimos tiempos.
- El comercio de armamento en el mundo rondó un billón de dólares en 1999 y el consumo de tabaco se cifra en 204.000 millones de dólares al año.
- Los países de la OCDE concedieron subsidios agrarios, en 2001, por un total de 311.000 millones de dólares, frente a la ayuda pública total de 52.000 millones de dólares en el mismo periodo.
- Según el mencionado informe del PNUD, las subvenciones anuales de los países ricos a la agricultura son superiores al PIB total de África Subsahariana (301.000 millones de dólares).
- Los subsidios anuales de la Unión Europea a los productos lácticos son de 913 dólares por año y por vaca, mientras que su ayuda a África Subsahariana es de 8 dólares por persona y por año.
- Japón subvenciona cada vaca con 2.700 dólares por año mientras que su ayuda a cada habitante de África Subsahariana, en el mismo periodo de tiempo, sólo alcanza 1,47 dólares
- Los EE UU subvencionan el cultivo de algodón con 10,7 millones de dólares por día mientras que su ayuda diaria a África es de 3,1 millones de dólares por día.

Nota: para que nos hagamos una idea de la situación económica de estos países recordaré que el ingreso anual medio en África Subsahariana es de 490 dólares.

DIOS NO EXCLUYE A NADIE

Ante el hecho de la pobreza y la exclusión masiva hay que dejar bien establecido que éstas no son queridas por Dios, mucho menos son obra de Dios. Frente al concepto de un Dios intervencionista y arbitrario, en el sentido de que podría, si quisiera, eliminar los males del mundo, hemos de situarnos en la perspectiva de un Dios exquisitamente respetuoso de la autonomía de las realidades mundanas que, si por una parte muestran la consistencia de su propia realidad, por otra parte manifiestan sus límites: *“Un mundo en evolución no puede realizarse sin choques ni ca-*

*tástrofes; una vida limitada no puede escapar al conflicto, al dolor y a la muerte; una libertad finita no puede excluir la situación de límite, del fallo y de la culpa*⁸. Dada su decisión de crear, Dios no puede evitar estas consecuencias en la criatura sin contradecirse. El hecho de la exclusión y de la pobreza se debe, sobre todo, al fallo y a la culpa que una libertad finita, humana, hace posible.

La decisión de crear, por parte de Dios, es un acto de amor infinito. El amor creador y redentor de Dios incluye a todo y a todos y tiene como única frontera la realización de la creación y de la humanidad hasta su plenitud. La redención impulsa a todo ser humano hacia la consumación de todas sus posibilidades, es decir hacia la santidad. El amor de Dios no tiene límites: no excluye a nadie ni puede ser contrarrestado por condicionamiento alguno; tiende a superar los obstáculos que le oponen resistencia (egoísmo, codicia, orgullo, injusticia y la violencia que a todo esto acompaña) aunque todavía diste mucho de lograr su cumplimiento. El amor ilimitado de Dios se hace activo en todo el proceso creador y en la historia de la humanidad; está presente en la vida de cada ser humano, sin excepción, intentando vivificarla y fecundarla. Dios no excluye a nadie ni se da en él el tipo de elección que supondría dejar fuera de su predilección a un solo ser humano; cuanto menos a una parte tan enorme de la humanidad. Por el contrario, como nos muestra Jesús, el amor de predilección del Padre tiene como principal objeto a los pobres y marginados.

LA EXCLUSIÓN Y LA POBREZA SON OBRA NUESTRA

Según Fukuda-Parr, autor principal del informe del PNUD-2003, la pobreza humana no es en absoluto inevitable. “La historia nos muestra que es posible superarlas: en las últimas tres décadas la esperanza de vida en los países pobres aumentó en 8 años y el analfabetismo se redujo a la mitad”. Sin embargo se da un notable retroceso en el desarrollo humano de alguno de los países más pobres.

Mucho más severo es el juicio emitido por Jean Ziegler sobre la responsabilidad que tenemos con referencia al hambre en el mundo. Este relator de la ONU para el derecho a la alimentación calificó la situación alimentaria mundial de “*genocidio silencioso*”, “*crimen contra la humanidad*”, porque el mundo nunca ha sido tan rico y podría alimentar a la humanidad cómodamente. Sin embargo, a causa del hambre, siguen muriendo diariamente 100.000 personas en el mundo. Ziegler concluye diciendo: “*No se trata ni de fatalidad ni de ley superior o decreto de Dios, es un asesinato. Para cada víctima del hambre hay un asesino. Nos enfrentamos a una masacre deliberada, cotidiana, que ocurre en una especie de normalidad gélida*”.

⁸ A. TORRES QUEIRUGA, *Un Dios para hoy, Aquí y ahora*, Sal Terrae, Santander 1997, 13.

RESPUESTA MISIONERA DE LA IGLESIA

La respuesta misionera de la Iglesia ante esta situación de exclusión masiva debe ser la expresión de un dinamismo que arranca desde el Misterio Absoluto del amor de Dios Trinidad, intra-relacional, eterno e inefable, que quiso comunicarse a la humanidad por propia iniciativa y gracia, a través de numerosos caminos (creación, conservación en la existencia, providencia), pero ante todo, de manera especial, por el envío de su Hijo bien amado Jesucristo y de su Espíritu, por el que nos hace hijos de adopción⁹.

La Iglesia toma conciencia de su naturaleza misionera en una doble experiencia espiritual. La primera, que es fundamental y base de todo lo demás, es el encuentro en la fe con Jesús de Nazaret, confesado Cristo. Consecuencia de este encuentro, de esta fe, es el amor sincero y profundo hacia todos los hombres y todo su universo.

La conciencia misionera de la Iglesia se apoya también en el mandato misionero, es decir, en la conciencia que tiene la Iglesia de ser enviada por el Resucitado para proclamar el evangelio y establecer el Reino de Dios

Jesús vino a establecer el Reino de Dios, un Reino fundado en la experiencia personal que los humanos hacemos en Jesucristo del Dios-Amor y que comporta una hermandad inclusiva de todos y de todo. Su realización en plenitud es trascendente, pero actúa ya, aquí y desde ahora, para mejorar la vida de cada ser humano a través de la fraternidad sin fronteras. Es aquí donde la Iglesia lleva a cabo su misión –una misión urgente– intentando derribar las barreras de exclusión.

Toda acción para mejorar la condición humana, para humanizar la creación, es una toma de posición en favor del Reino, aunque las razones conscientes que motiven nuestro empeño no estén explícitamente orientadas hacia Dios. En este sentido, las acciones de personas de buena voluntad y de organizaciones no confesionales constituyen un compromiso por el Reino.

Hay, sin embargo, una manera específica en la que el cristiano, personal y comunitariamente, manifiesta y realiza el Reino de Dios. En la experiencia que el cristiano tiene de Jesús, del Dios de Jesús, percibe a Dios como *“Abba”*¹⁰ (término entrañable para designar al Padre) y así lo manifiesta. Esta paternidad universal de Dios funda una hermandad que va mucho más allá de la solidaridad basada en el hecho de participar de la misma humanidad. La hermandad cristiana se apoya en la conciencia de participar de la misma vida de Dios que Jesús quiere que tengamos en abundancia¹¹: para eso ha venido; esa es la voluntad del Padre. Una vida llamada a la plenitud de la perfección: *“Sed perfectos como el Padre”*¹². Nuestra fraternidad cristiana es fruto del amor con el que el Padre nos ama, fruto del Espíritu

⁹ Cf Gal 4,4-6.

¹⁰ Rm 8,15.

¹¹ Jn 10,10.

¹² Mt 5,48.

derramado en nuestros corazones. La conciencia que tenemos de ese amor nos empuja a amar a los demás sin excepción. El compromiso del cristiano en favor del otro no hace omisión de nadie, lo mismo que el amor del Padre no excluye a nadie: *“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre del cielo que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos”*¹³.

El amor del Padre actúa en nosotros y, a través de nosotros, en todo ser humano y en la creación entera, ya aquí y ahora. Este amor infinito, sin medida, no se agota en el aquí y ahora de nuestra existencia humana sino que salta hasta la vida eterna. Este amor extremado de Dios abre perspectivas de trascendencia a quienes se angustian encerrados en las barreras que imponen el tiempo y el espacio. La toma de conciencia del carácter trascendente del destino humano es común a todas, o casi todas, las religiones. Pero la trascendencia cristiana tiene también un carácter específico. Se funda en una percepción especial de Dios como amor incondicional, el Abba de Jesús que, en su Hijo, nos da vida eterna y nos llama a ser perfectos como el Padre.

Aunque el cristiano tenga una percepción específica de la fraternidad humana y de la realización plena y trascendente de su ser, el compromiso en favor del hombre es un terreno privilegiado de encuentro y de colaboración con cuantos se empeñan por mejorar la suerte del hombre y con cuantas religiones y culturas dan un sentido trascendente a la vida humana y a las aspiraciones del hombre. Es además un encuentro real, en la verdad de un compromiso de vida, más auténtico que el diálogo sobre conceptos y creencias. El diálogo reconoce la dignidad de los seres humanos y puede estar abierto a una perspectiva de trascendencia, sin empeñarse en transformar este orden mundial, cuyas estructuras marginan a una parte tan enorme de la humanidad. El vigente orden mundial acrecienta la riqueza pero la concentra, cada vez más, entre las manos de un número más reducido de personas. Es misión urgente de la Iglesia hacer tomar conciencia a los cristianos (y a través de ellos a la comunidad humana) de la necesidad de corregir este orden de exclusión, que es un orden de pecado en cuanto, por intereses creados, por codicia y egoísmo, excluye a millones de seres humanos de su derecho a una vida digna, justificando además dicha exclusión.

UNIVERSALIDAD DEL ÁMBITO SOCIAL DE LA MISIÓN

A pesar de su limitación, el ámbito social de la misión, como los diferentes ámbitos sectoriales: territorial, cultural... se entronca en la universalidad de la misión de la Iglesia, ya que es la expresión del amor de Dios por el ser humano concreto, con el fin de mejorar su vida, ya desde ahora. De este modo, hace posible la espe-

¹³ Mt 5,43-45.

ranza en un más allá que, de no empeñarse por el bienestar del hombre ya desde ahora, sería un sarcasmo imperdonable. Cada ámbito de compromiso refleja la universalidad sin perder su singularidad. Todos no podemos hacerlo todo. Se dan multiplicidad de carismas¹⁴. Ni siquiera la Iglesia está capacitada para hacerlo todo. Lo propio de la Iglesia es hacer, en favor del ser humano, aquello que no hacen la sociedad, los gobiernos u otras entidades. En tiempos pasados la Iglesia cuidó a los enfermos cuando no había hospitales; se ocupó de la enseñanza, sobre todo de enseñar a los pobres, cuando no había escuelas o cuando los humildes no tenían cabida en las escuelas existentes.

Cabe preguntarse si, hoy en día, se dan áreas de las que nadie se ocupe seriamente y con eficacia. Si consideramos las situaciones de pobreza y de exclusión que padece un tercio de la humanidad podríamos estar ante una de dichas áreas. Es verdad que la comunidad internacional se ocupa de ellas repetidamente y promete remediarlas. También es verdad que dichas promesas son retóricas y generalmente quedan incumplidas. La Iglesia española, a través de instituciones como Cáritas, Manos Unidas, congregaciones religiosas, parroquias y ONGs que se afirman cristianas, ha llevado y sigue llevando a cabo una tarea de asistencia, de cooperación al desarrollo y de sensibilización de las comunidades cristianas y de la sociedad. Ante la enormidad del problema que nos ocupa y ante la ineficacia en la búsqueda de soluciones, la Iglesia debe comprometerse decididamente. Aquí se encuentra ante un área específica de su misión. La Iglesia debe despertar la conciencia de la comunidad internacional y las conciencias personales, comenzando por los mismos cristianos. La Iglesia debe comprometerse en elucidar con sinceridad las causas radicales de estas situaciones de empobrecimiento y de exclusión. Debe llamar la atención, sensibilizar, ejercer su función profética denunciando las injusticias y los egoísmos escondidos bajo capa de tantas “buenas razones”.

Para llevar a cabo su misión en este terreno, la Iglesia va a encontrar, sin duda, dificultades sutiles y pertinaces, ya que muchos cristianos, ante la realidad de la pobreza, solemos mirar hacia otra parte o nos cuesta dejar esa pequeña o gran parcela de poder y de riqueza en la que nos hemos instalado cómodamente. Quienes nos beneficiamos de unos determinados privilegios tenemos tendencia a ignorar las terribles consecuencias que pueden tener para otros. En este caso, para tantísimos otros. Por eso la misión misma de la Iglesia la llama a su propia conversión.

EL ANUNCIO

Cuando el cristiano se compromete por el hombre desde su fe, como cristiano, está ya anunciando, aun sin palabras, a Jesús, al Padre, al Espíritu del amor, el Es-

¹⁴ Cf 1Cor 12,4 ss.

píritu de Jesús. El anuncio del Reino, que hace tanto con su palabra como con su vida, es el fluir gozoso de la ofrenda de amor que recibe de Dios y que él transmite a los demás. El gozo de sentirse amado por Dios, tan sin medida, que el cristiano experimenta en su encuentro con Jesús, lo empuja a transmitir dicha ofrenda de amor, sin imponerla, sin exigencias, ya que Dios no impone. Dios ofrece y el cristiano transmite esta ofrenda gozosa de amor sin condiciones, de vida en plenitud.

El anuncio se hace más con el ejemplo que con la palabra¹⁵. La palabra puede estar vacía y con frecuencia lo está. Nunca está hueca la opción real en favor del ser humano concreto. Por eso nuestro anuncio es con frecuencia acción silenciosa, concreta, respetuosa, siempre esperanzada y por eso esperanzadora. Aunque silencioso, un empeño real suele ser elocuente, porque sorprende cuando toma posición contra corriente, en favor de valores evangélicos a los que el mundo está des acostumbrado. Insisto, éste es un terreno privilegiado de encuentro en el que, más allá de la palabra y del concepto, el cristiano conecta con cualquier ser humano desde sus diversos contextos religiosos y culturales, en su empeño por mejorar la vida del hombre.

Qué clara y bellamente lo expresa el Papa Juan Pablo II, en la Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”: *“que los pobres se sientan, en cada comunidad cristiana, como en ‘su casa’. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a acabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el peligro de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras”*¹⁶.

Pero deseo subrayar que los creyentes debemos ser lúcidos en todo lo que concierne a la actividad evangelizadora, también en el ámbito social. Toda acción a favor de los hermanos arranca del misterio de amor trinitario de nuestro Dios, y tiene al encuentro de todas las personas y de toda la creación con Cristo, principio y fin de la historia, y único salvador universal.

En esta sociedad occidental, en la que está devaluado el hecho religioso, podemos sentir la tentación de ocultar nuestras verdaderas motivaciones religiosas, por miedo a parecer fundamentalistas, intransigentes o retrógrados. Este es el peligro que acecha a muchas de las ONGs que se denominan cristianas. No podemos caer en una actitud vergonzante de nuestra fe. Siendo respetuosos con todos, no podemos ni debemos ocultar que nuestro compromiso brota con fuerza de la fe en un Dios que se ha hecho hermano de todos y que comparte la misma condición humana, menos en el pecado.

¹⁵ PABLO VI, *Exhortación Apostólica “Evangelii Nuntiandi”*, Roma 1975, 41.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”*, Roma 2001, 50.

Si sucumbiéramos a esa tentación dejaríamos de ser *sal de la tierra y luz del mundo*¹⁷, tal como nos lo pide el Señor. No podemos perder de vista que es Dios quien hace posible en el cristiano la caridad hacia el prójimo y, al mismo tiempo, es Él su objetivo último. Y no podemos perder de vista que *“en el trabajo con organizaciones no católicas, nuestras instituciones pueden aprender y al mismo tiempo dar un testimonio de lo que motiva, verdaderamente, nuestro actuar a favor del hombre, de los pobres”*¹⁸.

MISIÓN DE RECONCILIACIÓN

La misión de la Iglesia en el ámbito social no se agota en el empeño por superar la pobreza y la exclusión. Es también su misión reconciliar a los seres humanos enfrentados por el logro de intereses contrapuestos que conduce a actos y estructuras de injusticia, que humilla provocando odios y rebeldía que, a su vez, engendran violencia. En nuestro mundo se están dando signos evidentes de rebelión por parte de los pobres y de los humillados.

Como consecuencia de la concentración de la riqueza, el número de pobres y excluidos sigue aumentando hasta el punto de que ya constituyen casi la mitad de la humanidad. En su inmensa mayoría, aunque no exclusivamente, están localizados en el hemisferio sur. Los conflictos armados, el hambre, la enfermedad y toda clase de miserias empujan a los más decididos de entre ellos a emigrar hacia el Norte, en búsqueda de una vida mejor. También las riquezas del Norte ejercen sobre ellos una gran atracción. Lo que comienza como movimiento migratorio en búsqueda de mejores condiciones de vida, adquiere dimensiones globales y va tomando el cariz de una auténtica rebelión. El número de personas que emigran por desesperación rebasará con creces las cuotas que occidente tiene fijadas o fijará en el futuro. Esas personas están totalmente decididas a venir, lo queramos o no. Los inmigrantes sin papeles seguirán viviendo entre nosotros y su número irá en aumento. Al no poder trabajar tendrán que buscarse medios de subsistencia a la desesperada, con el riesgo de que aumente la delincuencia, la violencia, la inseguridad y toda clase de actividades ilegales. Todo esto irá provocando un mayor rechazo del inmigrante por parte de la población local, y muy en especial del emigrante sin permiso de trabajo. Sabiéndose rechazados por la sociedad, los inmigrantes se mantendrán en guetos, haciendo imposible la educación para la convivencia, en un contexto intercultural, tanto de la población autóctona como de los desplazados. En la Unión Europea cunde la alarma ante el fenómeno de la inmigración con carácter global, porque empieza a percibir, aunque de manera confusa, que se trata de una auténtica rebelión de los pobres contra el mundo de los ricos.

¹⁷ Mt 5,13-14.

¹⁸ Mons. Paul J. CORDES: Palabra 472 (2003/Julio) 77.

La doctrina de la Iglesia establece con claridad que los bienes creados son para todos y todo ser humano tiene el derecho de usar de los bienes indispensables para tener una vida digna. A este principio están sometidos todos los demás incluyendo el derecho a la propiedad privada y el del comercio libre¹⁹. Todo ser humano tiene derecho a emigrar a donde crea que puede encontrar un espacio vital mínimo: “entre los derechos de la persona humana debe contarse también el de que pueda lícitamente cualquiera emigrar a la nación donde espere que podrá atender mejor a sí mismo y a su familia”²⁰. A este derecho a emigrar corresponde un deber de acogida²¹. Las palabras de Juan Pablo II a este respecto son clarificadoras: “Apenas hay una señal más eficaz para medir la verdadera estatura democrática de una nación moderna que ver su comportamiento con los inmigrantes”²². Sin embargo las políticas de la Unión Europea, de cara a la inmigración, se endurecen hasta el punto de que van introduciendo en sus leyes penales el delito de inmigración clandestina. El fenómeno de la inmigración global quizás sea sólo el primer síntoma de esa rebelión global que se nos viene encima, pero ya están apareciendo nuevas formas de rebelión.

Los movimientos denominados antiglobalización, y sobre todo aquéllos que se declaran en favor de una globalización social, se inscriben en este contexto aunque sus propuestas no sean siempre razonadas y sensatas.

La proliferación de las mafias, con las múltiples formas ilegales de enriquecimiento que llevan consigo, podría ser otro de los mencionados síntomas de rebelión. Es la reacción violenta de quienes, desde la marginación, intentan obtener rápidamente riqueza, poder y éxito social. Sea como fuese, el presente orden económico mundial ofrece al crimen organizado nuevas oportunidades y un campo de acción ilimitado. La debilitación de los Estados, el poder creciente de las multinacionales y la opacidad de los mercados financieros con sus posibilidades de blanqueo de dinero, con sus paraísos fiscales, etc. les proporciona medios y oportunidades de gran utilidad y envergadura. También se los proporciona al terrorismo.

Los fundamentalismos y el terrorismo, que con frecuencia generan, son otras formas de rebelión contra la pobreza, la marginación y la opresión. El mismo presidente norteamericano George W. Bush reconoció en la cumbre de Monterrey sobre la financiación del desarrollo que, aunque la pobreza no hace el terrorismo, “la pobreza persistente y la opresión pueden conducir a la desesperación”, que es terreno abonado para el terrorismo. Los principales movimientos fundamentalistas del

¹⁹ PIO XII, *La Solennità. Radiomensaje en el 50 aniversario de la “Rerum Novarum”*, Roma 1941, 13.

²⁰ JUAN XX III, *Encíclica “Pacem in Terris”*, Roma 1963, 106.

²¹ Desde: *León XIII* (“*Rerum Novarum*”, 1899) a nuestros días, pasando por *Pío XII* (“*Exul Familia*”), *Juan XXIII* (“*Mater et Magistra*” y “*Pacem in Terris*”), *Vaticano II* (“*Gaudium et Spes*”), *Pablo VI* (“*Pastoralis Migratorum Cura*”) y *Juan Pablo II*, la doctrina de la Iglesia sobre migración es constante y se hace cada vez más explícita.

²² JUAN PABLO II, *Discurso en Guadalupe* (4 de noviembre de 1982).

mundo islámico reaccionan contra lo que ellos consideran opresión por parte de occidente y manifiestan una voluntad decidida de librarse de la cultura e influencia occidental. Toman posición en favor de los pobres y oprimidos y se proponen suprimir la injusticia. Para ellos, si bien el reparto de los bienes de la tierra depende de la voluntad de Dios, aunque admiten la propiedad privada, insisten en que Dios quiere que cada cual disponga de un mínimo vital. La pobreza, la marginación, la humillación y, en definitiva, la desesperanza están en el origen de casi todas las reacciones violentas. La lucha contra la opresión y contra la injusticia es teóricamente central en todos los movimientos de liberación, incluso en aquellos que utilizan el terror como medio de lucha. Cuando la población vive en la miseria y, sobre todo, cuando la población no tiene futuro, fácilmente se embarca en cualquier aventura que le prometa un mañana mejor, sea ésta la emigración, las mafias o el fundamentalismo, incluso con violencia.

En todas estas situaciones que engendran odios y violencia es misión de la Iglesia promover la reconciliación, yendo hasta las raíces de la injusticia y de la arrogancia que crean rechazo y rebeldía.

LOS POBRES Y EXCLUIDOS SON HOY EL SERVIDOR SUFRIENTE

En nuestro mundo es el poder, sobre todo el poder económico, el que convoca y controla, el que “salva”. Sin embargo en la Escritura es el Servidor Sufriente quien convoca y resplandece como “luz de las naciones”. Hoy son las víctimas, los cientos y miles de millones de pobres, de hambrientos, de humillados y de marginados, quienes se convierten en “luz de las naciones” por su sola existencia. De su propia realidad crucificada proviene una luz que denuncia y desenmascara la mentira de este orden mundial. Tenemos que aceptar la verdad de los pobres y no oprimirla con la injusticia; es la única manera de que las víctimas puedan movernos a la conversión. Mentir sobre los responsables de la pobreza y de la exclusión, o bien encubrirlos, es negar la realidad misma de las cosas.

En este sentido podemos decir, por ejemplo, que África no existe. Las atrocidades que allí se suceden, de las que somos responsables, tienen un eco mediático ínfimo comparado con el que tienen los problemas que atañen a Occidente. Poner el sufrimiento de las víctimas en el centro del orden mundial lleva a la verdad y se convierte en invitación a la misericordia, en exigencia de justicia. Crea así un dinamismo que incluye a todo y a todos en un proceso realmente humanizante, en la construcción del Reino de Dios. El Siervo sufriente, que son hoy esos innumerables pobres, hambrientos y excluidos, verdaderos iconos del Crucificado, llaman a la Iglesia y al mundo a la verdad: a reconocer el pecado de un sistema que causa tanta exclusión, y a vivir un verdadero empeño en superarla.

¿Seremos capaces de dirigir nuestra mirada, nuestras manos y nuestro corazón hacia esos pobres? El libro de los Hechos de los Apóstoles narra la visión que tuvo San Pablo en Tróada: un macedonio le suplicaba que pasase el mar y les ayudase²³, San Pablo se puso en camino, convencido de que era el mismo Dios quien le llamaba para evangelizarles. ¿Cerraremos nuestros oídos nosotros, cristianos del siglo XXI, al clamor de esos hermanos nuestros que gritan con fuerza: venid a salvarnos? ¿Dejaremos de ayudarles y de mostrarles, a través de nuestro compromiso solidario, el amor que Dios les tiene en Jesucristo, el único salvador de los hombres?

²³ Hch 16, 8-10.

